

# EL ESPIRITU SANTO

---

Eduard Schweizer

SGUEME



BIBLIOTECA DE ESTUDIOS BIBLICOS

41

# EL ESPIRITU SANTO

EDUARD SCHWEIZER

EDICIONES SIGUEME - SALAMANCA - 1984

## CONTENIDO

|  |    |
|--|----|
| I. ¿QUÉ ES EL ESPÍRITU SANTO? ... ..   | 9  |
| 1. La situación en el mundo occidental ... ..  | 11 |
| 2. El Espíritu santo en el ministerio eclesial .. ..   | 12 |
| 3. El Espíritu santo en la sagrada Escritura ... ..  | 13 |
| 4. El Espíritu santo en el interior del hombre ... ..  | 15 |
| 5. ¿Qué significa esto? ... ..   | 18 |
| II. EL TESTIMONIO DEL ANTIGUO TESTAMENTO . . . . .   | 21 |
| 1. La singularidad del Espíritu de Dios ... ..   | 23 |
| 2. El Espíritu santo en la creación . . . . .  | 28 |
| 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento ... ..                                       | 33 |
| 4. El Espíritu santo en la plenitud futura .. ..   | 38 |
| III. EL JUDAÍSMO EN LA ÉPOCA ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO<br>TESTAMENTO ... ..                  | 43 |
| 1. El Espíritu santo como el extraño: el problema de la<br>experiencia profética ... ..        | 46 |
| 2. El Espíritu santo en la creación: el problema de la presencia<br>de Dios en el mundo ... .. | 52 |
| 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento: el problema<br>del espíritu humano ... ..   | 54 |
| 4. El Espíritu santo en la plenitud futura: el problema de la<br>resurrección .. ..            | 59 |
| 5. ¿Qué significa todo esto? . . . . .   | 61 |

Título original: *Heiliger Geist*  
Tradujo: Faustino Martínez Goñi  
© Kreuz Verlag, Stuttgart 1978  
© Ediciones Sígueme, S. A., 1984  
Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)  
ISBN: 84-301-0953-6  
Depósito legal: S. 835-1984  
Printed in Spain  
Industrias Gráficas Visedo  
Hortaleza, 1. Teléfono 24 70 01  
37001 Salamanca, 1984

|   |     |
|---|-----|
| IV. EL ESPÍRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO . . . . .            | 65  |
| 1. El Espíritu santo como el extraño ... ..                       | 67  |
| 2. El Espíritu de Dios en la creación y en la nueva creación ...  | 89  |
| 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento de Dios . . . . | 96  |
| 4. El Espíritu santo en la plenitud futura . . . . .              | 134 |
| 5. Las respuestas neotestamentarias a las preguntas sin respuesta | 143 |
| V. ¿QUÉ ES, POR TANTO, EL ESPÍRITU SANTO? . . . . .               | 151 |
| 1. Los diversos acentos en el nuevo testamento ... ..             | 153 |
| 2. Las notas distintivas del Espíritu santo . . . . .             | 154 |
| <i>Índice general</i> . . . . .                                   | 165 |

## PERO... ¿QUE ES EL ESPIRITU SANTO?

### 1. *La situación en el mundo occidental*

Todavía en el siglo XVII se podía cantar piadosa, ingenua y alegremente acerca del Espíritu santo: «Haz, Espíritu santo, que podamos vivir en santidad, sé el vigor de nuestro espíritu, de forma que sigamos siendo conscientes de la vanidad del placer de la carne...»<sup>1</sup>. Según eso, ¿es que el Espíritu no es otra cosa sino lo opuesto a lo corporal, a lo natural-sensible, y, sobre todo, a lo sexual; en resumen, al «placer de la carne»? Así se siguió pensando más o menos también en el siglo XVIII, cuando se huía de las bajas regiones de lo cotidiano, donde se debía trabajar, sudar y sufrir, hacia las elevadas campiñas del Espíritu, donde, en un mundo ideal, se podía uno ocupar de todo lo que era bello y bueno, al menos si uno era lo suficientemente rico para disponer de tiempo libre para ello. Frente a esta concepción, en el umbral del siglo XIX, Hegel vio al Espíritu de Dios sobre todo en los grandes movimientos de la historia. Finalmente, siguiéndole a él, Carlos Marx protestó contra la idealización de un mundo «espiritual», superior y divino, y salió por los fueros de los hombres que viven y trabajan sobre esta tierra, donde él destacó precisamente la importancia histórica de los datos económico-materiales. Esta desconfianza hacia un Espíritu que, al parecer, tenía que ver bien poco con las cosas materiales, determina ampliamente hasta hoy la concepción marxista del mundo. Según eso, tal vez tenía su

En este libro faltan por completo las referencias puramente científicas; ellas pueden encontrarse en mi artículo publicado en G. Kittel - G. Friedrich (eds.), *Theologische Wörterbuch zum Neuen Testament* IV, Stuttgart 1933-1973, 387-410. Los libros judíos «apócrifos», que no se encuentran en la Biblia, pueden verse en la traducción alemana realizada por E. Kautzsch, *Die Apokryphen und Pseudepigraphen des Alten Testaments*, Tübingen 1900, y en P. Riessler, *Altjüdisches Schrifttum ausserhalb der Bibel*, Augsburg 1928; los escritos cristianos de la misma índole, en E. Hennecke, *Neutestamentliche Apokryphen* 2 (Tübingen 1924) o en I/II (Tübingen 1959 y 1964). Los escritos de la comunidad judía de monjes que vivió, especialmente en el siglo I antes de Cristo, en Qumrán pueden leerse, mejor que en ninguna otra parte, en J. Maier, *Die Texte vom Toten Meer* (München 1960) o en E. Lohse, *Die Texte aus Qumran* (Darmstadt 1971). Los libros del filósofo Filón de Alejandría, un contemporáneo un poco más viejo que Jesús, fueron editados por L. Cohn y J. Heinemann en una traducción alemana (*Die Werke Philos von Alexandria* I-VI, Breslau 1909-1938). Los libros de historia del final del siglo I después de Cristo escritos en Roma por Josefo (a = *Antigüedades*; b = *guerra de los judíos*) se hallan en parte traducidos por O. Michel y O. Bauernfeind (Darmstadt 1959-1969). Con la abreviatura Bill, nos referimos a H. L. Strack y P. Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch* I-V (München 1922-1956); con RGG, al *Lexikon Die Religion in Geschichte und Gegenwart* (Tübingen 1957-1965); con Taylor, a *Der Heilige Geist und sein Wirken in der Welt* (Düsseldorf 1977). Se hallan escritos de un modo científico: W. D. Hauschild, *Gottes Geist und der Mensch* (München 1972); W. Kasper - G. Sauter, *Kirche - Ort des Geistes* (Freiburg 1976); H. Mühlen, *El acontecimiento de Cristo como obra del Espíritu santo*, en *Mysterium salutis* 3/2, Madrid 1971, 529-560, y el libro resumen *Experiencia y teología del Espíritu santo*, editado por C. Heitmann y H. Mühlen, Salamanca 1978.

1. M. Schirmer, *Gesangbuch für die evangelisch-reformierte Kirche der Deutschen Schweiz*, 1891, 249, 7.

razón aquel escéptico que, en la época de los coches de postas, declaraba que él se entendía con Dios, el Padre y el Creador, y también con Jesús, el Hijo; pero que, respecto al Espíritu santo, sospechaba que ocurría con él lo que con el tercer caballo de postas, con el cual siempre se contaba como con un caballo de reserva, pero del que nunca se echaba mano y que era como si no existiera.

Pero dejad el mundo occidental y dirigíos, por ejemplo, a Africa. Entonces se descubre que precisamente allí el Espíritu santo es la cosa más natural y con la que más se cuenta. En su Espíritu, Dios vive en los corazones de los hombres, los mueve y los estimula, los llama a la acción o les comunica la paz y la tranquilidad. Porque ¿en qué otra parte si no en su Espíritu se haría Dios presente y experimentable? Así piensan unos hombres que tienen todavía una relación inmediata con Dios.

## 2. El Espíritu santo en el ministerio eclesial

La cuestión acerca de dónde habla el Espíritu santo y dónde no, se planteó ya en la comunidad cristiana más primitiva. Pablo destaca que toda la actuación del Espíritu puede comprobarse viendo si en la comunidad Jesús es considerado como Señor y si se va edificando dicha comunidad (1 Cor 12,3-7; 14,1-5). Para Juan el criterio es si la gente conoce que Cristo «se hizo carne», es decir, Jesús y toda su actuación en la tierra (1 Jn 4,1-6). Según Mt 7,21-23, lo que importa es si uno que está movido por el Espíritu vive toda su vida según la voluntad de Dios. Así, ya desde antiguo, hubo en este aspecto grandes dificultades. De todos modos una norma de la iglesia (¿escrita al final del siglo I en Siria?) señala que un profeta peregrinante que acepte la hospitalidad de una comunidad durante más de dos días, y que impulsado por el Espíritu pide una comida para sí e incluso dinero, debe ser arrojado como un falso profeta (Didajé 11, 5-6.9). Cómo se deba diferenciar entre *los verdaderos y falsos profetas*, es realmente un problema, y se comprende que la comunidad deseara pronto tener seguridad para establecer tal distinción. Así, a finales del siglo II, leemos en Ireneo que los obispos, al entrar en la cadena ininterrumpida de la *sucesión episcopal*, indudablemente recibieron el

carisma de la verdad<sup>2</sup>, y que, por tanto, podían decidir, dónde habla el Espíritu y dónde no. En el siglo III, declara en Roma un maestro de teología que al mismo tiempo era obispo, que el conocimiento de Dios depende del «Espíritu santo que se transmite en la iglesia, que primero recibieron los apóstoles y del que hicieron partícipes a los creyentes ortodoxos», y afirma asimismo que sus «sucesores» participaban de la misma gracia, el sacerdocio jerárquico y el ministerio de la enseñanza, y que así eran considerados como los guardianes de la iglesia<sup>3</sup>. En el gran concilio de Trento, en el que la iglesia católica se apartó de la Reforma, se establece: «Por la sagrada ordenación... se confiere la gracia» (DS 959). «... Los obispos que han sucedido a los apóstoles... están puestos por el Espíritu santo para regir la iglesia de Dios...» (DS 960). «... Si alguno dijere que por la sagrada ordenación no se da el Espíritu santo... sea anatema» (DS 964)<sup>4</sup>. Así, pues, ¿se garantiza únicamente el Espíritu santo a los clérigos de forma que sólo ellos pueden decidir si también el laico posee el genuino y verdadero Espíritu de Dios?

## 3. El Espíritu santo en la sagrada Escritura

Pero también por parte de los reformados se ha buscado una *garantía para la presencia del Espíritu santo*, para juzgar dónde está presente y dónde no. Se pensó que dicha garantía podía encontrarse *en la Biblia*. En la Confesión de Augsburgo (o *Confessio Augustana*), en la que, en el año 1530, la iglesia luterana presentó su fe al emperador y a su consejo, y en la que se ponía en primer plano como posible la unión con la iglesia católica, se halla una frase que dice que el Espíritu santo se transmite por la palabra y el sacramento (V). Así, pues, con ello se asocia su actuación al

2. IV 26,2 = K. Mirbt, *Quellen zur Geschichte des Papsttums und des römischen Katholizismus*, Tübingen 1924, n. 43. Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la iglesia*, 21.

3. Hipólito, *Herejes*, prólogo = Mirbt 62. A partir del siglo IV, se va abriendo paso la opinión de que la plena posesión del Espíritu sólo se otorga a aquel que vive plenamente de una manera ascética en el claustro, en el matrimonio o en el que niega su propia independencia: Hauschild 119-127.284-291.

4. Concilio de Trento, sesión 23, col. 3 y 4. Cf. DS 964.

servicio religioso. Calvino (1509-1564) añadió el «testimonio escondido o interior» del Espíritu santo, a través del cual «el mismo Espíritu, que habló por boca de los profetas (y, por tanto, en la Biblia), también debe penetrar en nuestros corazones», para que nos convenza de la fiel transmisión de la palabra de Dios<sup>5</sup>. En el año 1562, la iglesia reformada, en la segunda Confesión Helvética, aceptó la opinión de Calvino y destacó el papel del Espíritu santo, el cual «por medio de la predicación del evangelio y de la oración creyente», o en la recepción del sacramento, «permaneciendo invisible dentro del alma», nos otorga lo que la palabra y el sacramento pretenden darnos<sup>6</sup>. Pero muy pronto esto se reglamentó con mayor precisión. Ya Ursinus (1534-1583) opina que Dios «ilumina y rige, mediante su Espíritu santo, los pensamientos (del escritor bíblico) de forma que no le deja equivocarse en nada»; y Cocceius (1603-1669) formula: «Así como ellos no hablaron por propia voluntad, sino impulsados por el Espíritu santo, así también escribieron». Y de una manera muy clara establece Voetius (1589-1676) que la sagrada Escritura es auténtica en el sentido de su fiabilidad histórica: «una verdad sin error e inspirada por Dios, verdad que se extiende por todas y cada una de sus partes, de forma que su autor elaboró todas y cada una de sus proposiciones según su contenido y su forma no según su propio impulso y su propio arbitrio, sino bajo el dictado del Espíritu santo», lo cual se refiere incluso a los puntos masoréticos que se encuentran debajo de las letras hebreas del antiguo testamento. Esto se convierte en la única norma, a la cual debe ajustarse y según la cual deben medirse la verdadera y la falsa fe: «Nosotros no reconocemos a la iglesia como juez sino al Espíritu santo, el cual nos habla en la Escritura y nos da a conocer con toda claridad sus palabras», declara Ursinus. Por tanto, cualquier fe o increencia no puede entenderse sino como una actuación contra la conciencia y como oposición al Espíritu santo.

También en Heidegger (1633-1698) vemos contra qué frente se lucha aquí, a saber, contra «los entusiastas que tratan de vender

o exhibir como divino el movimiento irracional del corazón»<sup>7</sup>. Frases semejantes pueden encontrarse en teólogos luteranos de aquella época. Así, pues, ¿es que no se puede recibir, según esto, al Espíritu santo sino como «en conserva», es decir, en las frases de la Biblia, que fueron escritas hace siglos? O por lo menos: ¿se ve garantizado allí de tal manera que ninguna letra ni ningún punto está mal? ¿está el Espíritu santo, por decirlo así, encapsulado en la Biblia y todas sus manifestaciones tienen que adaptarse a lo que la Biblia dice?

#### 4. *El Espíritu santo en el interior del hombre*

Por parte católica, por tanto, se buscaba la garantía en el magisterio, y por parte evangélica, en la Biblia; en ambos casos, se pretendía controlar de tal manera el Espíritu santo, que el hombre, debido a su inserción en el oficio eclesiástico o debido a su formación en la interpretación de la Escritura, pudiera disponer de él. Sin embargo, se puede advertir una línea opuesta o todo esto a través de toda la historia de la iglesia. En una ordenación primitiva de la iglesia, leemos acerca de profetas itinerantes que hablan impulsados por el Espíritu y a los cuales no se podía en modo alguno criticar o interrumpir; esto sería un pecado imperdonable contra el Espíritu. A mitad del siglo II, apareció en Asia menor *Montano* y se consideraba como una encarnación del Espíritu santo prometido por Jesús. Le seguían profetas y profetisas, los cuales, en forma extática, anunciaban el próximo fin del mundo y el descenso de la Jerusalén celestial. Seguían una estricta conducta de vida, que prescribía el ayuno, consideraban los pecados mortales como imperdonables, no toleraban las segundas nupcias y calificaban la huida, incluso en caso de persecución, como no permitida. Este movimiento pronto se extendió por Italia, la Galia y el norte del Africa<sup>8</sup>. En el siglo III, leemos de hombres y mujeres que vivían juntos en la más estricta continencia sexual, que recorrían solos o en grupos el país, que visitaban a los enfer-

5. Institutio I 7,4. Cf., asimismo, sobre la doctrina católica, Mühlen 543s.

6. H. Bullinger, *Das zweite Helvetische Bekenntnis*, Zürich 1966, XVI (p. 72), XXI (p. 112).

7. H. Heppe, *Die Dogmatik der evangelisch-reformierten Kirche*, Neukirchen 1935, 18.24.33.23.

8. K. Aland, RGG IV, 1117-1118.

mos, arrojaban los demonios, convocaban a los hermanos y, confiando sólo en el Espíritu, anunciaban el evangelio sin grandes artes oratorias<sup>9</sup>. Más o menos en la misma época, se observa la aparición de uno de tales grupos, que se designan a sí mismos como «los pequeños», que se apartan de los demás hombres que dependen de sus posesiones o que se aferran en sus deseos a las creaturas terrenas, pero que también se apartan de la iglesia, en la que hay obispos y diáconos, que aspiran a puestos honoríficos. Ellos pueden recibir el Espíritu santo en toda su plenitud y ver lo que ningún otro puede ver y escuchar, lo que sólo pueden oír los moradores del cielo<sup>10</sup>. En el siglo XII, las enseñanzas de *Joaquim de Fiore* conmovieron a toda la iglesia. Afirmaba que, después de la edad veterotestamentaria del Padre y de la neotestamentaria del Hijo, ahora afloraba la edad monacal del Espíritu y que, con ello, se introducía un cambio decisivo en las edades del mundo<sup>11</sup>. *Thomas Müntzer* (1468?-1525) estudió sus escritos y se dejó convencer en Zwickau por profetas de que la iluminación interior es más importante que la Biblia y de que la experiencia propia de la cruz era más importante que la doctrina acerca de la justificación. El se tenía como un nuevo Juan el Bautista, que debía preparar el reino de Cristo, y que esperaba una nueva teocracia «en la que debían ser estrangulados los tiranos y los tipos de gordos mofletes»<sup>12</sup>. Asimismo, en la época de la Reforma, aparecieron en Münster *Jan Matthys* y *Jan Beuckelsson* y pretendían establecer allí el reino de Dios. Fueron suprimidos los domingos y los días festivos, se establecieron en la plaza de la catedral banquetes de amor en los que se decapitaba a los ciudadanos populares, se implantó la comunidad de bienes, y asimismo se introdujo la poligamia, para lo cual se quemaron todos los documentos y libros excepto la Biblia<sup>13</sup>. Mucho más pacífica fue la obra de *Valentin Weigels* (1533-1588), el cual apreciaba en mucho «el

libro interno o la palabra interna», y el «Cristo en nosotros» como «conocimiento desde el interior y no de fuera» y se distanció de la «iglesia amurallada»<sup>14</sup>. *Jacob Böhme*, que era zapatero en las cercanías de Görlitz, destacaba el renacimiento interior por el Espíritu e influyó intensamente en algunos grupos ingleses<sup>15</sup>. En época más reciente, hay que pensar en movimientos como los de los *mormones*, los cuales asimismo se dejaban llevar de visiones otorgadas por el Espíritu. En el 1827, el profeta Josef Smith afirmó haber descubierto las tablas de oro de Mormón, que habría grabado su hijo, el profeta Moroni 421 años después de Cristo. El mismo Smith habría podido traducir, en una visión, la escritura desconocida de tales tablas y encontrado en ellas la prehistoria de América: después de la torre de Babel (Gén 11), habría llegado a América —según esa historia— un primer grupo y un segundo el año 600 antes de Cristo; en la pascua de resurrección, se habría aparecido el Cristo resucitado también en América y habría designado doce discípulos. Entre los seguidores de Smith, fue introducida en 1843, por revelación del Espíritu, la poligamia y, luego, rechazada por una nueva revelación en 1890. También los mormones llevan una vida muy austera, que prohíbe el alcohol y el tabaco, e incluso a veces el café, el té y la carne. Esta austeridad es una cosa típica de ellos<sup>16</sup>. Pero mucho más importantes son los *grupos carismáticos* que se han constituido en los últimos años en todos los continentes. En medio de ellos afloran los dones del Espíritu: curaciones por medio de la oración, visiones proféticas, glosolalia. A veces viven en medio de una iglesia, cuyos miembros distintos de ellos carecen de esos dones; a veces constituyen una iglesia especial junto a la otra, cuyos derechos ellos no niegan; pero a veces también se hallan en oposición a la iglesia institucional, a la que consideran muerta, puesto que no comparte sus mismas experiencias. Así surge precisamente hoy la cuestión, que es de gran importancia, de cómo pueden encontrarse y beneficiarse entre sí los diversos grupos.

9. G. Kretschmar, *Ein Beitrag zur Frage nach der Ursprung frühchristlicher Askese*: Zeitschrift für Theologie und Kirche 61 (1964) 33-34.

10. *Petrusapokalypse von Nag. Hammadi*, en *Theologische Literaturverzeichnis* 99, 1974, 575-584.

11. H. Grundmann, RGG III, 799; Kasper, 198, el cual muestra su influjo a través del pietismo de Württemberg en las utopías marxistas.

12. G. Franz, RGG IV, 1183-1184.

13. W. Rahe, RGG IV, 1178.

14. W. Zeller, RGG IV, 1178.

15. H. Bornkamm, RGG I, 1340-1342.

16. O. Eggenberger, RGG IV, 1138-1141.

## 5. ¿Qué significa esto?

Este raro y extraño conglomerado de manifestaciones de vida totalmente distintas, en parte extraordinariamente ilustrativas y en parte también fuertemente chocantes, nos muestra aquí la historia de la iglesia y todas se refieren al Espíritu santo. Pero ¿dónde está él realmente? ¿se le puede situar en alguna parte, tal vez *en el oficio episcopal o en la sagrada Escritura*? ¿se le tiene a disposición o se puede disponer de él de forma que se pueda decidir sin duda alguna dónde está y dónde no, bien sea por haber recibido la ordenación por una consagración eclesial o bien por un estudio de la sagrada Escritura? ¿o es simplemente idéntico a todo lo que no puede captarse de modo racional, o *irrumpe con el poder de la naturaleza sobre el hombre* y le obliga a emprender nuevos y desconocidos caminos? Si para nosotros, el primer caso, es inquietante, porque los hombres hasta cierto punto tienen a Dios a su disposición y parece que están seguros de saber la respuesta sobre el Espíritu santo, en el segundo caso, sentimos intranquilidad ante esa amalgama entre el poder de Dios y unos deseos demasiado humanos, en los cuales nadie puede decir a ciencia cierta dónde está propiamente Dios y dónde se encuentran, por el contrario, impulsos muy humanos que actúan consciente o inconscientemente. Si se procede con toda cautela, tal vez se pueda mencionar algo que coincide con todas estas voces en realidad muy distintas. El Espíritu santo se halla evidentemente allí donde Dios se hace presente en nuestra tierra y en nuestra actualidad, cualquiera que sea el modo de manifestarse en cada caso particular. Pero incluso ahí es apremiante que nos informemos; pues precisamente nosotros necesitamos eso: la realidad de Dios, su presencia aquí y ahora.

En la ciencia teológica siempre se ha discutido sobre si hay que situarse junto a Dios con el propio pensamiento, para, partiendo de ahí, descender al hombre y a sus problemas, o si, por el contrario, hay que situarse junto al hombre y sus vivencias y, de sus cuestiones y preguntas, ascender a Dios. Así se ha contrapuesto una *«teología desde arriba»* a una *«teología desde abajo»*. Pero si se toma esto en serio, a saber, que Dios mora en nosotros en su Espíritu santo y actúa y gobierna en nosotros, entonces se debería descubrir precisamente la realidad de Dios, que como dueño

y Señor actúa sobre nosotros con incomparable poder en medio de nuestro vivir. Y si él es realmente Dios con quien nos topamos en nuestras experiencias, entonces la «teología desde abajo» que se establece junto a aquel que nos impulsa, nos importuna, y viene en nuestra ayuda, se convierte de repente en «teología desde arriba», puesto que en todo nos enfrenta con aquél que es mayor que nosotros y que nuestro mundo. Ya que él nos resulta *extraño*, se le debería poder *reconocer* precisamente en nuestro mundo —¡en su *creación!*— y así aprender a esperar en la *compleción o realización futura* de su obra. Sobre estos cuatro puntos pretendemos informarnos.

Naturalmente que nosotros, siempre que hablamos de nuestras experiencias, hablamos en imágenes. Todo el vivir humano, incluso el no religioso, se expresa en *lenguaje figurado o de imágenes*. Y sin duda hay en toda vida realidades observables. Por ejemplo, un enamoramiento puede manifestarse en una subida de la presión de la sangre, que se puede medir con exactitud, o en un temblor de manos, cuya amplitud se podría expresar en centímetros. Pero por medio de esos datos bien controlados no se habría dicho nada de lo que en fin de cuentas es ahí importante. De eso se puede hablar sólo en imágenes de tal manera que surja en el oyente un movimiento semejante o se acuerde de movimientos o emociones similares, tal como él las ha experimentado. Así más o menos hablamos nosotros de Dios cuando decimos que irrumpe en nuestra vida «desde arriba» o incluso «directamente desde arriba» o también «desde el cielo». Al hablar así, sabemos, nosotros naturalmente que no existe ningún cielo, que se halle geográficamente «arriba» sobre la tierra. Pero con eso pretendemos decir que nosotros, en nuestra vida terrena, hemos experimentado a aquél que está absolutamente por encima de nosotros (¡lo cual también es una imagen!). Con eso queremos hacer recordar al que nos escucha que él también ha experimentado algo parecido a esto. O al menos tratamos de rogarle que se imagine que un hombre puede experimentar algo que en realidad no es idéntico a su propio yo, pero que habla a ese yo, lo mueve, lo llama, le da fuerzas, le consuela... Si nosotros decimos *Dios*, decimos evidentemente algo más que eso. Decimos que ese «algo» es *un tú*, que él nos habla y que le debemos o podemos responder con nuestra alegría, con nuestro agradecimiento, con nuestra oración y con nuestra obediencia. Por

consiguiente, con ello decimos que la mejor imagen para expresar el encuentro de Dios con un hombre es la del encuentro con otros hombres, en el que el otro es para mí una ayuda decisiva. Ambas cosas son hoy apremiantes: que nosotros, en nuestra realidad terrena, aprendamos a experimentar aquella otra realidad de Dios, y que a la vez aprendamos a fiarnos gustosos de las imágenes en las que se nos presenta la realidad de Dios, plenamente conscientes, con todo, de que en esto no podemos aprehenderlo como ocurre en una fórmula matemática.

Así, pues, ¿no deberíamos interrogar a la misma Biblia a ver cómo experimentaron los testigos del antiguo y del nuevo testamento al Espíritu santo y cómo trataron de expresar estas experiencias en palabras, que están en gran parte cargadas de imágenes?

## II

### El testimonio del antiguo testamento

## EL TESTIMONIO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

1. *La singularidad del Espíritu de Dios**La palabra de Dios*

Israel experimentó la acción del Espíritu primero como *un poder inquietante e imprevisible* que intervenía en la vida corriente de cada día, del cual no se podía afirmar con seguridad si era propiamente bueno o malo, divino o demoníaco. Esto se refleja a través de toda la época veterotestamentaria tan intensamente que la expresión «Espíritu santo» apenas aparece (únicamente en Sal 51,18; Is 63,10-11). El libro 1 de Samuel 19,19-24 nos describe la experiencia con claridad. David, perseguido por Saúl se presenta a Samuel. Este, con toda su escuela de profetas, ha caído en éxtasis. Todos hablan, al parecer durante horas, impulsados por el Espíritu de Dios. Los mensajeros que le envía Saúl caen también bajo el influjo del Espíritu y se comportan como los demás. No regresan a Saúl, como se les había mandado, sino que se quedan allí. Como esto ocurre tres veces consecutivas, acude allí el mismo Saúl, para apresar a David o matarlo. Pero también él cae bajo el influjo del Espíritu, de modo que se quitó los vestidos y cayó agotado, hasta quedarse desnudo por tierra todo aquel día y toda la noche. Esta es una narración muy curiosa y lo que nos cuenta se parece a lo que vimos ya en los grupos extraños y discutibles de la historia de la iglesia. Por tanto, aquí se experimenta el Espíritu de Dios de tal manera que excluye todo pensar racional o todo el actuar normal, hasta tal punto que el hombre del que se ha apoderado el Espíritu no sabe ya lo que hace. Pero esto no es un

caso único. Ya 1 Sam 10,10 nos informa de una experiencia muy similar de Saúl, el cual se encuentra con un grupo de profetas y cae en éxtasis. O expresado en el idioma lleno de imágenes de Samuel: «El Espíritu de Yahvé se apoderará de ti, y profetizarás con ellos y te transformarás en otro hombre» (10,6). Pero, de un modo todavía más cargado de imágenes y más intuitivo, nos habla Núm 11,25-29 de cómo Dios desciende de una nube, y tomando del Espíritu que ya había sido dado a Moisés lo infundió sobre los setenta ancianos, de manera que se ven sometidos a una excitación profética y *no cesaban*. Incluso el Espíritu se apodera de dos de los más viejos que se habían quedado en el campamento. Igualmente, de una manera bien descriptiva se dice de Balaam que sobrevino sobre él un Espíritu de Dios y le «abrió sus ojos» de tal manera que podía ver proféticamente lo que pretendía Dios (Núm 24,2-3).

Que el Espíritu es la fuente de la palabra que el hombre puede entender como la propia palabra de Dios, se deduce de las experiencias de los *profetas posteriores*, sin que se destaque de un modo especial lo extraordinario. Igualmente, Oseas se designa a sí mismo como profeta o, lo que es equivalente, como el hombre del Espíritu; todo el pueblo le considera como un loco o un chiflado (Os 9,7). Sin embargo, en Miqueas la fuerza y el Espíritu de Dios en el profeta auténtico se distinguen claramente de las visiones y de los oráculos espectaculares y extraños de los videntes y de los adivinos (3,5-8). Así también se dice de José (Gén 41,38), lo mismo que de David (2 Sam 23,2), que el Espíritu de Dios está o habla en ellos y que les otorga la auténtica sabiduría, sin que se mencionen apariciones especialmente extrañas. Aquí no ocurre en modo alguno que el Espíritu de Dios elimine el pensamiento «normal» y racional del hombre de manera que realice aquellas cosas extrañas que ni él mismo entiende. Por el contrario, es el Espíritu el que da la sabiduría. Asimismo se espera que el Espíritu estará en el Mesías o el Siervo de Yahvé (Is 11,2; 42,1; 61,1). Incluso el Espíritu de Dios puede identificarse con el profeta (Neh 9,30). El problema acerca de quién es efectivamente el auténtico profeta movido por el Espíritu de Dios y cuál es el falso, que expone únicamente su propia iniciativa, se planteó, por tanto, ya entonces. Israel aprendió que *no es simplemente cualquier cosa rara o extraña* la que garantiza que el hombre no habla ya por sí

mismo, sino que Dios habla por medio de él. Tampoco cuando el hombre pierde el control sobre sí mismo y no sabe qué es lo que habla es prueba de que es Dios el que anuncia su mensaje por medio de sus palabras. Esto lo sabe ya el antiguo testamento. Ahora bien, si el modo de las apariciones o fenómenos no dice nada esencial, ¿dónde y cómo habrá que distinguir al verdadero del falso profeta? *Una sola* señal diferenciadora, que, sin embargo, es algo provisional, se encuentra con frecuencia: en todo hombre, surgen y afloran los propios deseos y sueños. Donde lo que se dice se asemeja a la propia manera de pensar y de desear, hay que desconfiar. Así, pues, es una característica del falso profeta que él anuncie lo que agrada a todos, mientras que el que se ve impulsado por el Espíritu de Dios debe, por lo regular, oponerse al pueblo y a sus deseos (así, de una manera especial, Jer 28,8-9).

### *El poder de Dios*

Otros relatos acentúan fuertemente *el poder de la experiencia de Dios*. Cuando el Espíritu de Dios viene sobre el profeta, le arrebató contra su voluntad llevándole tal vez a un monte o a un barranco donde puede sobrevenirle la muerte (1 Re 18,12; 2 Re 2,16; cf. Ez 3,12.14; 8, 3 y *passim*). En Sansón, el Espíritu empieza a moverle ya desde niño (Jue 13,25); por su poder, puede desgarrar un león y dar muerte a treinta enemigos (14,6.19), romper maromas y matar de una vez a mil hombres con la quijada de un asno (15,14-16). El profeta Eliseo puede dividir las aguas puesto que se le ha otorgado el Espíritu de Elías (2 Re 2,15).

El «asombro» ante tales hazañas que no se comprenden y que normalmente no se pueden explicar es tal que todo poder misterioso, inexplicable, se atribuye al Espíritu de Dios, incluido *el mal*. En Jue 9,23 y en 1 Sam 16,14; 18,10; 19,9, se habla con toda naturalidad de que Dios hizo llegar un mal espíritu sobre los ciudadanos de Siquem y especialmente sobre Saúl. En 1 Re 22,20-23, se nos informa, de un modo altamente expresivo, del consejo de Dios en el que se presenta un espíritu y se muestra dispuesto a ir y ser el espíritu de mentira en la boca de los falsos profetas, porque Dios había determinado perder a Israel.

Pero asimismo nos encontramos con experiencias semejantes de una poderosa intervención de Dios *sin fenómenos extraños que acompañen a esa ayuda*. De los jueces se dice que el Espíritu de Dios se derramó sobre ellos o que se apoderó de ellos, de forma que mantenían el derecho en Israel, tocaban la trompeta y lo lanzaban contra los enemigos (Jue 3,10; 6,34; 11,29). Algo semejante se dice de Saúl (1 Sam 11,6) y de David (16,13). También la dirección política de un pueblo, determinada por el Espíritu de Dios, especialmente en los tiempos calamitosos y de guerra, puede describirse como la experiencia del poder de Dios. Sin embargo, al menos en los primeros tiempos, el derecho, el culto o la sabiduría común no se remiten al Espíritu. El Espíritu, por lo regular, irrumpe de un modo insospechado e inesperado, y mueve e impulsa hacia lo extraordinario; no fundamenta un orden permanente.

### ¿Qué significa esto?

En estas experiencias, en parte altamente extrañas, se muestra en cualquier caso un hecho de un modo bien claro: *el Espíritu de Dios no es el espíritu del hombre o un aspecto del espíritu del hombre*. Se puede formular así: «El hombre tiene alma; el Espíritu le tiene a él»<sup>1</sup>. En el espíritu se experimenta la actuación de Dios en medio de una situación mundana, terrena y frecuentemente incluso política. Pero ¿dónde, si no, podría experimentar la el hombre? Sin embargo no se entiende como una experiencia propia, sino como una experiencia de algo externo, que no surge simplemente de la propia alma o del propio espíritu, sino de aquél que al principio desconcierta, pero que poco a poco se reconoce cada vez más conscientemente con el nombre de «Dios». Y que esto no es sólo una ilusión, naturalmente no se demuestra, así como tampoco se demuestra que la experiencia humana del amor no es sólo una ilusión. Pero la distinción entre Dios y su Espíritu, por una parte, y del hombre y de su espíritu por otra fue tan

1. J. Köberle, *Natur und Geist nach der Auffassung des Alten Testaments*, München 1901, 210. Para todo el capítulo, cf. H. H. Schmid, *Ekstatische und charismatische Geistwirkungen im AT*, en C. Heitmann - H. Mühlén (eds.), *Erfahrung und Theologie des Heiligen Geistes*, München 1974, 83-100.

importante para Israel que se narran las historias más curiosas sobre los que han sido poseídos por el espíritu, incluso en una época en que este tipo de fenómenos se habían hecho ya muy cuestionables o incluso se rechazaban.

Tal vez sea ésta *la diferencia más profunda con las religiones del Asia oriental*<sup>2</sup>. Dios, en el antiguo testamento, no es el último fundamento del mundo, que se descubre cuando nos damos cuenta que el hombre es una sola cosa con el universo, cuya vida y fuerza es Dios. Dios tampoco es simplemente el misterio más íntimo que se descubre meditando cuando uno se sumerge en las capas más profundas del alma. En la experiencia profético-veterotestamentaria, Dios sale al encuentro del hombre como el plenamente inesperado, cuya extrañeza y alteridad frente a todo lo humano es lo primero que el hombre descubre. Con todo, no se puede negar que, también en el Asia oriental, se habla de eso y que, a su vez, también para las personas piadosas del antiguo testamento Dios es como la causa o el fundamento primero de toda la creación; pero el énfasis, en cualquier caso, es completamente distinto, y esto tiene sus consecuencias en muchas particularidades. Así, pues, el Espíritu santo no tiene nada que ver con aquella excelsa vida ideal, que pretende elevarse por encima del mundo material; él está tan cercano al cuerpo como al alma, tanto en las funciones corporales del hombre como en las anímicas y espirituales. Israel utiliza para el Espíritu de Dios la misma palabra que se emplea para designar el viento o el torbellino. El Espíritu de Dios es tan corpóreo y tan concreto como un viento de tormenta que abate los árboles y se lleva los tejados y cuya acción se puede experimentar físicamente. Lo que Israel ha vivido y experimentado como el Espíritu de Dios, supera la oposición entre las condiciones materiales y los mundos ideales, entre cuerpo y espíritu o cuerpo y alma, y, por tanto, también trasciende las concepciones marxistas o burguesas del hombre y de su mundo. Por supuesto, que algo parece ser típico de este espíritu, a saber: nunca es el espíritu del conformismo, es decir, no es el espíritu que se amolda a todo y que siente angustia o miedo de incidir donde sea. Por el contrario, es el Espíritu que mantiene firme al hombre, en contra de todos sus contemporáneos.

2. Taylor, 76.

## 2. El Espíritu santo en la creación

### *El Espíritu santo en el viento de la tormenta*

Pero no podía permanecer ahí Israel. En las difíciles experiencias del destierro, en el que el pueblo vivió su propia impotencia, aprendió a confiar en el poder del Espíritu y a referir esto cada vez con mayor claridad a Dios. Si la presencia de Dios y su poder no se veían limitados a vivencias extraordinarias e incomprensibles o a acciones de fuerza, ¿no podría encontrarse *en toda la creación*? Sin duda que esto queda patente en los acontecimientos históricos singulares. Así se dice en el cántico de Moisés (Ex 15,8.10) (el cual evidentemente fue redactado mucho más tarde): «al soplo de tu ira amontonaste las aguas» («= al resoplido de tus narices...») de forma que Israel pudo pasar por el mar Rojo. Y nuevamente: «enviaste tu soplo y los cubrió el mar» (15,10) de forma que los enemigos quedaron anegados. Lo que aquí se tradujo por «soplo», es exactamente la misma palabra que se emplea para designar el «espíritu». De ese modo tan natural y concreto pensaba Israel del Espíritu de Dios, de forma que también lo reconocía en el viento solano (14,21), que durante toda la noche estuvo soplando con furia con el fin de hacer vadeable la parte poco profunda de aquel brazo de mar. De un modo semejante se dice en Gén 8,1: «E hizo pasar un viento (o espíritu) sobre la tierra y comenzaron a menguar las aguas (del diluvio)». Pero no sólo en esos acontecimientos singulares de los tiempos antiguos opera el Espíritu. El salmo 147,18 describe lo que ocurre cada primavera, cuando el deshielo hace correr las aguas: «Hace soplar viento (el espíritu) y manan las aguas». En el viento cálido de la primavera, el israelita ve la actuación de Dios y de su Espíritu que derrite el hielo y la nieve. Lo mismo dice Is 27,8 de los enemigos de Dios: «echándoles con un soplo impetuoso en día de viento solano».<sup>3</sup>

3. Ahí también la palabra designa simplemente el viento como imagen de la futilidad: los profetas (falsos) son puro flato, y no han tenido oráculo de Yahvé (Jer 5,13; cf. Job 16,3; Os 8,7; Miq 2,11; Ecl 1,17; 2,26).

### *El Espíritu de Dios como poder creador*

Esto vale sobre todo para Gén 1,2. *El primer capítulo de la Biblia* fue escrito muy tarde, en época muy posterior. Israel había descubierto la acción del Espíritu de Dios en las extrañas experiencias de los profetas, antes de que reflexionase expresamente sobre los sucesos raros o cotidianos de la naturaleza. Se puede preguntar si hay que traducir mejor «un poderoso viento se cernía sobre las aguas», para destacar lo fuerte y concreto de la expresión o «el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas», para poner de relieve la acción de Dios que sin duda ve aquí el narrador, o si se puede decir, siguiendo a M. Buber, «trueno de Dios», para reflejar los dos aspectos.

En cualquier caso, no se puede entender uno sin lo otro. Hay una actuación en la naturaleza que se puede medir y determinar como viento y tempestad; pero esta actuación se concibe como la actuación de Dios mismo, la cual no se puede, sin más, determinar o medir. Que Dios creó al mundo y al hombre, es algo admitido con toda naturalidad por Israel, lo mismo que por los pueblos vecinos. Precisamente por eso, no es objeto de ninguna profesión de fe. Pero la experiencia de Israel en su historia hace que se advierta la actuación de Dios, incluso allí donde no ocurre nada de extraordinario, como en el rocío de cada primavera o, como allí, donde no estuvo de testigo ningún hombre en la creación, al principio del mundo. El que ha comprendido esto, entiende que el primer capítulo de la Biblia *no* trate precisamente de ser *una descripción del origen del mundo*, tal como podría encontrarse en un *manual de biología*. Todo el capítulo es un *testimonio de fe* y pretende, por supuesto, en imágenes inteligibles, narrar lo que por naturaleza es totalmente invisible: a saber, la acción de Dios, que nosotros nunca podemos captar en nuestras definiciones, ya sean matemático-científicas, ya en proposiciones teológico-dogmáticas. Es el viento de Dios o el Espíritu de Dios el que subyace en el hacerse de la creación. El actúa en la separación de la luz y de las tinieblas, del día y de la noche, de lo seco y del mar. Por eso no está bien que el hombre borre las fronteras, que él llame luz a las tinieblas y tinieblas a la luz, bueno a lo malo y malo a lo bueno, que haga de la noche día por puro afán de trabajar, o se pase el día durmiendo por pura indolencia, que no tenga un fundamento

fijo bajo los pies o, por el contrario, condene lo misterioso y desconocido (como lo era el mar para los israelitas) o lo destierre de su vida. Lo que se ha dicho aquí en el principio de la Biblia, se amplía en los salmos a todo el universo. «Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca» (33,6).

### *El Espíritu santo como fuerza vital del hombre*

El desarrollo más importante tiene lugar cuando Israel comienza a describir conscientemente *toda la vida*, y, por tanto, también la humana como *expresión del Espíritu de Dios*. Así el Sal 104,29-30 habla de la cabra montés en las altas peñas, del joven león en el desierto, y de los extraños monstruos del mar: «Si tú escondes tu rostro, se conturban; si les quitas el hálito (el espíritu), expiran y vuelven al polvo. Si mandas tu aliento (tu espíritu), se recreían». Aquí se presenta al Espíritu de Dios de una manera sumamente vívida: Dios exhala su aliento, y su hálito penetra como la vida en sus creaturas; Dios respira de nuevo y les retira su hálito y entonces se mueren. Donde se habla del despertar a la vida, se habla del hálito o del Espíritu de Dios; mas cuando se trata de la muerte, se habla del hálito o espíritu suyo (de ellos) que se retira, pues Dios se ve asociado de un modo tan claro con la vida que en la muerte no se habla a gusto del Espíritu de Dios, si bien es él ciertamente el que penetró en sus criaturas y allí se convirtió en su espíritu. En Job 34,14-15, se utilizan dos palabras distintas: «Si él volviera a sí su soplo y retrajera a sí su aliento, expiraría a una toda carne y el hombre volvería al polvo». Especialmente respecto al hombre, se habla más bien del «aliento de vida», y, por tanto, de su fuerza vital que Dios le ha regalado. Esto también lo muestra Job en 27,3: «Mientras *en mí* quede un soplo de vida y el hálito *de Dios* aliente en mis narices...». Naturalmente, ambas cosas son lo mismo, pues el Espíritu de Dios está en «mis narices», pero sí el israelita trata de destacar y de alabar el origen que nos otorga la vida, entonces habla del «Espíritu» de Dios, y primero describirá cómo experimenta el hombre ese Espíritu de Dios en su vida y, luego, hablará de la «fuerza vital» del «hálito vital». Así en Gén 2,7, se narra cómo Dios soplo el «hálito

de la vida» en las narices del hombre, mientras que en 6,3, se habla del «espíritu» *de Dios* en el hombre; en 6,17, del «espíritu de vida» y en 7,22, se cambian ambas expresiones. Tal «espíritu de vida» puede encontrarse también en los animales (6,17; 7,15). Toda vida, incluso la fuerza vital humana puramente biológica, se entiende como el resultado del espíritu creador de Dios: «Oráculo. Palabra de Yahvé sobre Israel. Palabra de Yahvé que extiende los cielos, funda la tierra y que forma el aliento del hombre dentro de él» (Zac 12,1). Por tanto, la vida no es realmente una posesión del hombre, sino que sigue siendo propiedad de Dios, o mejor, actuación de Dios, efecto de Dios. Así Dios puede declarar: «No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días» (Gén 6,3).

### *¿Qué significa esto?*

Que *toda la vida es un regalo* y no nuestra propia obra, lo entendemos perfectamente. A veces nos ocurre que oímos un concierto y, de repente, no es ya únicamente un conglomerado de sonidos que suenan bien, sino que eso se convierte en música, que nos arroba, nos transforma y nos abre nuevas dimensiones. O nos vamos a dar un paseo y, de súbito, nos estremece aquello que nos circunda y nos transmite algo del misterio que trasciende lo que nosotros llegamos a comprender con nuestra inteligencia. Que el antiguo testamento no habla simplemente como con un encogimiento de hombros de un misterio inescrutable, sino que designa *al dador de esa vida como Dios* o como Señor, lo vemos y entendemos claramente, coincidamos o no con esa apreciación. Y, por supuesto, esto es un paso decisivo hacia delante, que tal vez no nos resulta fácil entender. ¿Es efectivamente divina esta vida? ¿no se da en ella todo lo más elevado y lo más bajo, lo sublime y lo rastroso, lo bueno y lo malo? Y si pensamos en nosotros mismos: lo que se mueve en nosotros mismos no es siempre algo divino, sino frecuentemente algo muy humano. ¿O sería más bien lo puramente biológico algo divino y se habría echado a perder por la voluntad humana o por sus impulsos o por su inteligencia? Pero la voluntad, los impulsos y la inteligencia son de la misma manera parte de la vida biológica, igual que la sensibilidad,

el instinto o los sentimientos. El antiguo testamento tropezó ya con la misma dificultad. Y esto impulsó a formar dos palabras distintas, que, sin embargo, significan lo mismo. *Se puede contemplar la vida desde dos lados*: que fue creada desde el principio y que se mantiene por la voluntad de Dios. Entonces habla el antiguo testamento del «Espíritu» (de Dios). Que la vida es lo que los hombres han hecho de ella y, entonces, el antiguo testamento habla de «fuerza vital». Ciertamente, que en ocasiones «mi espíritu» puede significar lo mismo, más o menos, que «mi alma» (Is 26,9; Job 7,11); pero por lo general, el espíritu se considera como un poder ante el cual el hombre sucumbe, por ejemplo, en los momentos de experiencias de emoción profundas.<sup>4</sup>

Esto lo demuestra asimismo una observación posterior. El israelita del antiguo testamento *no divide al hombre en una parte corporal y en otra espiritual*: él lo ve siempre como un todo. Naturalmente, que puede verlo desde muchos ángulos. Puede, por ejemplo, destacar que el hombre siempre se ve expuesto a la enfermedad y la muerte y entonces afirma: «el hombre es carne». O puede destacar que se halla abierto a la vida y a todas sus posibilidades, que puede decidirse por esto o aquello, que puede aceptar esto o aquello, y entonces dice: «el hombre es alma». Por eso, a menudo la expresión «mi carne» o también «mi alma» se halla simplemente en lugar de «yo»; sólo que quedan en primer plano, o bien la transitoriedad del hombre, en la que es una misma cosa con todas las creaturas o sus sensaciones vitales, o también, por ejemplo, sus sentimientos<sup>5</sup>. Pero nunca se encuentra la expresión «mi espíritu» en lugar de «yo». El israelita no puede sencillamente identificar el «espíritu» consigo mismo. Según eso, ¿es que el espíritu es algo superior y sublime en el hombre o tal vez es el mismo hombre visto desde una perspectiva superior y más ideal?

4. Ex 6,9; Núm 5,14; 1 Sam 1,15; Os 4,12; 5,4; Is 19,14.

5. El hombre se convierte, según Gén 2,7, en «alma viviente»; se puede hablar de «dieciséis almas» (Gén 46,18); en Gén 27,25, se lee: «Que yo coma, y mi alma te bendiga». Lo mismo se dice en Lev 13,18 literalmente: «Cuando una carne (= un hombre) tenga sobre sí, es decir, sobre su piel una úlcera...». Y en Ecl 4,5: «El necio se cruza de manos y come su carne»; 5,5: «No consentas que tu boca haga culpable a tu carne» = a ti mismo; cf., asimismo, Sal 16,9: «Por eso se alegra mi corazón y goza mi alma y mi carne descansa segura».

### 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento

#### *Espíritu y carne*

El antiguo testamento sabe que la vida que Dios nos regala puede ser también vivida lejos de Dios. Y, por supuesto, también puede el «espíritu» ser culpable de esto. En los pasajes mencionados en la nota cuatro encontramos también espíritus impacientes, celosos, fornicadores y falsos. Así, pues, se muestra aquí de una manera semejante lo que los profetas experimentaron. También en sus sentimientos experimentó y vivió Israel un poder incomprensible que a veces se apoderaba de él. Y esto lo atribuyó al espíritu, sin que ello significara equipararlo claramente con el Espíritu de Dios. Pero también Israel aprendió ahí a mirar a Dios no simplemente como un poder junto a los demás poderes. Incluso en lo que no comprendemos, actúa Dios: «El Señor hizo inflexible su espíritu y endureció su corazón» (Dt 2,30). Por supuesto, siempre se destaca con fuerza que ahí se trata de algo de lo que el hombre es culpable, y, por tanto, de un «alma (o espíritu) descarriada» (Is 29,24). Un hombre que no conserva el don de Dios o no lo aprecia ya como regalo de Dios se aparta de Dios.

Así, pues, en ningún caso es el espíritu del hombre visto como algo más elevado, más puro o más ideal, y la carne como si fuera algo así como la parte pecadora. «Toda carne» se ve vivificada por el «espíritu» (Gén 6,17; 7,15). *La «carne» nunca es en sí mala o pecadora*; es un don bueno de Dios, lo mismo que el espíritu. El malo y pecador es únicamente el hombre que se entrega y abandona a la carne en lugar de a Dios, es decir, el hombre que trata de construir su vida únicamente sobre aquello que puede ver y captar, y no cuenta con que el misterio de Dios se encuentra detrás de todo lo que es visible y comprensible. Pero en eso no tiene la culpa la carne, sino su «corazón» o incluso precisamente su espíritu «descarriado» o el espíritu «endurecido por Dios»<sup>6</sup>. Por eso el profeta puede formular: «Maldito

6. El «espíritu» puede estar lleno de tristeza (1 Re 21,5), ser «falso» (Sal 32,2) o «confundido» (Is 19,14). Los falsos profetas siguen «su espíritu» y «vaticinan lo que no han visto» (Ez 13,3). Job, en 20,3, habla asimismo del «espíritu que pretende saber más que Dios». En Núm 14,24 (el texto no es seguro) se dice de Caleb que tiene «otro espíritu distinto» del resto de pueblo al que Dios le ha dado la fe.

el hombre que en el hombre pone su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja de Yahvé su corazón» (Jer 17,5). Por eso en 2 Crón 32,8, se puede decir: «El (el rey de Asiria) tiene un brazo de carne, pero con nosotros está Yahvé nuestro Dios». Así piensa también Is 31,3: «El egipcio es un hombre, no es un dios, y sus caballos son carne, no son espíritu».

### *El don de la inteligencia*

Pero lo que ante nosotros aparece en primer lugar cuando hablamos del espíritu, la *idea de una especial facultad intelectual*, de una facultad de penetración y de conocimiento, en el antiguo testamento se encuentra *raras veces*. Job 32,8 entiende el espíritu de esta manera: «Pero está en el hombre una inspiración (espíritu), y es el soplo del Omnipotente el que le enseña». Diez versículos más abajo, se describe esto mismo de una manera gráfica: «Pues me siento lleno de palabras y me insta el espíritu que hay dentro de mí. He aquí que mi interior está como vino sin escape, que hace reventar los odres nuevos». El libro de Job pertenece a aquellos escritos que tratan de la sabiduría, la cual es accesible a todo hombre, siempre que él la busque con interés. En la primera frase se designa al «espíritu» como el soplo o «hálito del Omnipotente». Sin embargo, la segunda frase muestra cuán próximo se halla esto de la vivencia profética, en la que el Espíritu de Dios penetra en el hombre de una manera inesperada, sin pretenderlo y cayendo sobre él sin que él lo quiera y subyugándolo bajo su poder. También según Dt 34,9, Josué se ve henchido de «espíritu de sabiduría» porque Moisés le impone las manos y le entrega con ello el mismo espíritu que ha recibido de Dios. De Daniel se dice que ha sido repleto del espíritu santo de Dios, donde nuevamente no se menciona la inteligencia en el sentido que nosotros le damos, sino una facultad que Dios le otorga para poder interpretar los sueños y los signos divinos, pero también para regir y gobernar todo un imperio (Dan 4,5; 5,11; 6,4), así como se le había concedido anteriormente a José por parte del espíritu de Dios (Gén 41,38). También Mal 2,15 puede traducir «espíritu» por «razón o inteligencia»; pero de hecho se refiere a la fe que permanece fiel al Dios de Israel. En un pasaje escrito

posteriormente, aparece el «buen espíritu» de Dios como aquél que instruye a Israel; pero también ahí se habla de una conducción espiritual (¡por medio de profetas, v. 30!) por el desierto (Neh 9,20). También Is 63,14 sabe del espíritu de Dios, que ha conducido al descanso a Israel, aun cuando él siempre se subleva contra él y le aflige. Se puede mencionar aquí sobre todo a Moisés, aquel en cuyo interior Dios puso este su santo Espíritu (v. 10-11). Una desdichada alianza política contra la que lucha el profeta no se ha realizado «según el espíritu del Señor»; así, pues, se presupone que el espíritu de Dios juzga rectamente incluso en las decisiones políticas (Is 30,1). Pero nunca se alude sin más a la inteligencia, sino al «espíritu» que otorga el conocimiento de Dios o del camino determinado por él para el individuo o para el pueblo en su conjunto. Tampoco hay que olvidar esto en otros pasajes en los que el «espíritu» del hombre significa más o menos lo que nosotros entendemos por «razón» o inteligencia; así, por ejemplo, en Ex 31,3 y 35,31, donde Dios «llenó a Besalel del Espíritu de Dios, de sabiduría, de entendimiento y de saber toda clase de obras».

### *Espíritu y palabra*

Así, pues, es decisivo que el hombre camine racionalmente por la vida. Esto no tiene por qué significar lo mismo que caminar «religiosamente». Puede ocurrir que una vivencia cualquiera, probablemente «mundana» del todo, nos dé ánimos para buscarnos a nosotros mismos, para descubrir nuestros dones, pero también para huir del conformismo, el cual significa que, si uno se acomoda a lo que todos dicen y hacen, vive correctamente. Puede ocurrir que alguna experiencia, asimismo «mundana», nos convierta en «sabios», nos proporcione el sosiego, la apertura y la flexibilidad que puede hacer que surja una vida plena de sentido de un penoso trabajo o placer. Puede asimismo ocurrir que una vivencia extraordinaria, pero nuevamente en cuanto cabe totalmente «mundana», nos asombre de forma que, en vez de ver la confusión de cosas y sonidos, nos haga sentir algo del misterio de la vida. En todo esto, el antiguo testamento vería ya algo de lo que él denomina vida con Dios. Incluso esto es actuación del Espíritu de Dios. El puede

actuar en Besalel, al cual le capacita para tallar piedras y engastarlas y para tallar madera. Puede actuar en José y en Daniel, los cuales así gobiernan sabiamente un país. Puede actuar en el poeta del salmo 104, el cual muestra su asombro por las maravillas de la naturaleza y aprende a alabar a Dios por ellas.

Y, sin embargo, hay gran diferencia en que el hombre reconozca esto y que dé gracias a aquél que le regala tal vida o que no aprenda nunca a darlas. Es precisamente *el conocimiento de Dios* lo que su Espíritu trata de comunicarnos. Por eso, «*espíritu*» y «*palabra*» se hallan frecuentemente juntos: «Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca» (Sal 33,6). «Manda su palabra y las derrite, hace soplar viento (su Espíritu) y manan aguas» (147,18). «El Espíritu de Yahvé habla por mí, y su palabra está en mis labios» (2 Sam 23,2). «El Espíritu mío que está sobre ti y mis palabras que yo pongo en tu boca» (Is 59,21). Mientras que «Espíritu» designa de una manera más intensa el poder de Dios que todo lo supera y frecuentemente es incomprensible, «palabra» subraya el otro aspecto, a saber, que Dios pretende conducirnos al conocimiento y a confesar nuestra fe en él, haciéndonos ver claramente lo que él quiere y hace. Por eso Jeremías puede afirmar una vez, incluso de los falsos profetas, que ellos aparecen únicamente como «viento» (o ¡espíritu!) y que la «palabra de Dios» no está con ellos (5,13). Job entendió esto cuando hablaba una vez de las acciones creativas de Dios y del Espíritu de Dios que actúa allí, e inmediatamente después, continúa: «Cuán poca cosa hemos oído de él» (o, «qué suave o silenciosa es la palabra que percibimos nosotros») (26,13-14). Evidentemente, el autor del libro ya ha advertido el problema moderno: la actuación de Dios en la creación es sin duda poderosa y necesariamente tiene que provocar admiración, y, sin embargo, la «palabra», que muestra al mismo Creador de forma que nosotros aprendemos a pronunciar su nombre, se expresa en voz tan baja que muchos son incapaces de oír. Así, pues, el Espíritu logra totalmente su objetivo cuando también él se hace «palabra», en la cual el hombre aprende a atreverse no ya sólo a quedarse en un sentimiento indefinido y a reconocer el misterio, sino a exclamar: «Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste. ¡Admirables son tus obras!» (Sal 139,14).

*Así, pues, ¿qué significa esto?*

El problema con el que tuvo que debatirse Israel consiste en que *por una parte el Espíritu de Dios había que buscarlo en toda la creación y, por otra, en la experiencia profética irrumpía como un «poder extraño» sobre los hombres.* La respuesta que ya intentó dar el antiguo testamento consiste en que toda vida, con todos sus placeres y alegrías, es la creación buena del Espíritu de Dios, pero esto no significa que el hombre la reconozca como don de Dios. Pues si el hombre se lanza a toda la riqueza de la vida creada y olvida a aquél que le otorga todo eso, es decir, cuando sitúa la carne en el lugar que corresponde al Creador de toda carne, a Dios y a su Espíritu, entonces malogra su vida. Anda errante en la inmensidad para almacenar riquezas sobre riquezas, honores sobre honores, ansia de trabajar sobre ansia de trabajar, vivencia sexual sobre vivencia sexual y se olvida plenamente de que todo debe ser aceptado como bueno y voluntad de Dios. Entonces, Dios le retira su aliento y todo se viene abajo. Pero tal manera de pensar no la puede hallar el hombre partiendo de sí mismo. También ese modo de pensar es un don de Dios. Esto se manifiesta de una manera espectacular en la experiencia profética, donde el Espíritu de Dios obliga a entrar al hombre por un camino en el que nunca había pensado; pero esto ocurre sustancialmente de un modo idéntico siempre que el hombre acepta el don de la verdadera sabiduría, por ejemplo, para su trabajo, como en el caso de Besalel, pero también para su libertad y todos sus gustos. Por tanto, es decisivo —y esto Israel lo fue aprendiendo poco a poco— no ya si tal conocimiento viene a nosotros de un modo totalmente extraordinario; ni tampoco si es una vivencia específicamente religiosa o no lo es. Lo que es decisivo es *si el hombre «construye sobre la carne»,* es decir, si construye o edifica su vida sobre las cosas, sobre las que él dispone, sobre las cuentas de banco o sobre el poder en las finanzas o en la bomba atómica o en la erudición o en la elocuencia o en las facultades artísticas o en cualquier otra cosa por el estilo o si más bien construye sobre el «espíritu», esto es, si entiende su vida como un don, que él nunca puede conseguir a la fuerza, y, por ello, se encuentra abierto a su misterio y así también a aquél que se encuentra tras ese misterio y cuyo nombre precisamente nos trata de enseñar a pro-

nunciar el Espíritu. Esto es lo que probablemente formula con gran profundidad el Sal 139,7: «¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿a dónde huir de tu faz?». El que ora en este salmo aprendió, en su vida, a reconocer la faz o el rostro de Dios, que se vuelve a él, y entendió asimismo que, en él, se le hace contradictorio el Espíritu de Dios, el cual le proporciona una respuesta en su corazón: «Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste» (v. 14), y asimismo la oración: «Escudríñame, ¡oh Dios!, y examina mi corazón; pruébame y conoce mis inquietudes... Y mira si mi camino es torcido, y condúceme por las sendas de la eternidad» (v. 23-24).

#### 4. El Espíritu santo en la plenitud futura

##### *El Espíritu como creador de un mundo nuevo*

Son sobre todo los profetas mayores los que reconocieron que Dios y su Espíritu no se hallan atados al mundo que los hombres contemplan. Algo de esta dimensión aparece en el curioso capítulo primero de Ezequiel. Allí se habla de una visión que tuvo el profeta y que no puede expresar certeramente con palabras. En julio del año 593 antes de Cristo, se le apareció Dios y le llamó para ser su profeta. Lo que él vio era, más o menos, la aparición del Espíritu de Dios, que vino como un viento impetuoso del septentrión (1,4). En la nube que arrastraba consigo, se le aparecieron cuatro vivientes, que parecían hombres, pero con cuatro rostros y cuatro alas y, junto a ellas, cuatro ruedas, que podían moverse en todas las direcciones e incluso rodar por los aires, sin volverse. Dos veces asegura el profeta que estos seres y estas ruedas avanzaban precisamente como les impelía el Espíritu (1,12.20). Pero sobre ellos se apareció el mismo Dios en un esplendor deslumbrador. No se trata aquí de explicar en todos sus detalles esta visión o de explicarla psicológicamente. Pero es esencial que el antiguo testamento sabe que *existe un mundo inaccesible al hombre, en el que impera el Espíritu santo*. Todo el conjunto de estas pintorescas imágenes, propiamente indescriptibles e irrepresentables, expresa hasta qué punto el profeta se ve rebasado por la

visión de un mundo divino, que se remonta muy por encima de lo que el hombre puede ver o entender con su inteligencia. Se puede afirmar que se trata *de un mundo más allá del universo*, que todavía podemos investigar nosotros; pero esto no se puede entender de una manera geográfico-espacial. Ezequiel vive y experimenta este mundo de Dios en medio de su mundo terreno. Así, pues, se menciona una vida, un imperio de Dios, que nosotros no podemos ver y reconocer como ordinario. Al mismo tiempo el profeta observa: este mundo infinito, oculto y misterioso para nosotros, no es simplemente un caos, por muy caóticas que puedan parecer las imágenes que llegan a nuestra posibilidad de comprensión. En él existe un orden de Dios: su Espíritu determina lo que allí debe ocurrir.

Pero esto significa que el Espíritu tiene otras posibilidades de actuación distintas de lo que nosotros podemos concebir. Esto no se debe olvidar cuando se trata de comprender o representar *el futuro*. Si los profetas examinan el futuro, contemplan sobre todo el *juicio de Dios*, en el que Dios reivindicará los derechos que los hombres le escatiman. Y, de nuevo, es el Espíritu de Dios el que está actuando. Todavía se piensa ahí en una época dentro de la historia universal. Así Isaías espera que el Espíritu de Dios sobrevendrá sobre los enemigos de Israel como un viento arrebatador, como un torrente desbordado, que llega hasta el cuello y que, en su país totalmente desolado, se reunirán las fieras (Is 30,28; 34,16)<sup>7</sup>. Tal juicio puede sobrevenir también sobre el mismo Israel, si no se vuelve de nuevo a su Dios: Vendrá el solano, el viento de Yahvé (el «espíritu de Yahvé») y subirá del desierto y secará todo el país (Os 13, 15). Pero, a su vez, el mismo Espíritu puede hacer que el país se convierta en un paraíso —y en este caso, evidentemente, se piensa en un tiempo de salvación, en el cual todo se transformará, incluso las condiciones climáticas y geográficas—: «Hasta que sea derramado sobre vosotros el espíritu de lo alto, y el desierto se troque en vergel, y el vergel sea tenido por selva y el derecho more en el desierto, y la justicia en el vergel... el reposo y la seguridad para siempre» (Is 32,15-18).

7. Cf. Job 4,9: «Por el aliento de Dios perecen (los impíos), por el espíritu de su ira se desvanecen» («Bajo el aliento de Dios perecen, desaparecen al soplo de su nariz») [NC].

«Porque yo derramaré aguas sobre el (suelo) sediento, y arroyos sobre la (tierra) seca, y efundiré mi espíritu sobre la simiente, y mi bendición sobre sus retoños» (Is 44,3).

Así, pues, ¿qué es lo que prevalece, el juicio o la *bendición*? Joel 3 (2,28-32) se imagina el día del juicio venidero con el que sobrevendrá el fin de este mundo y de sus estructuras, «el día grande y terrible de Yahvé», en el que «el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre». Entonces, Dios derramará su Espíritu sobre todos, y el que invoque su nombre será salvado, pues la salvación vendrá sobre el monte Sión y en Jerusalén. Todavía con mayor claridad dice Is 4,4: Vendrá el Espíritu de Dios como un viento de tormenta sobre Jerusalén; pero de tal modo que él, como un torrente devastador, limpiará toda la suciedad y el pecado y dejará un pueblo limpio y santo, que podrá vivir en salvación y en paz.

#### *El Espíritu como creador de un hombre nuevo*

Con esto queda claro que el mundo nuevo, que pretende crear el Espíritu, se ve condicionado por la *transformación del hombre*. Ya el poeta del salmo 51 pedía: «Crea en mí, oh Dios, un corazón puro y renueva dentro de mí un espíritu recto... y no quites de mí tu santo espíritu» (v. 12-13). Este es evidentemente casi el único pasaje del antiguo testamento que espera, ya en el presente, que Dios conceda, a aquel que se vuelve a él, su Espíritu, no sólo para una situación especial de necesidad, sino de una manera permanente. En otros lugares, se espera esto para el futuro. En Núm 11,29, se nos narra que Moisés exclamó: «Ojalá que todo el pueblo de Yahvé (y no sólo los 70) profetizara y pusiese Yahvé sobre ellos su Espíritu». Pero esto es solamente un piadoso deseo; esto no ocurre todavía en la actualidad. Joel espera precisamente del magnífico futuro de Dios que todos, hijos e hijas, ancianos y jóvenes, siervos y siervas, profeticen un día, que hablen de tal manera como Dios les conceda. De forma semejante, Zacarías profetiza que Dios, al final de los tiempos, derramará un «espíritu de gracia y de oración» (12,10). De un modo clarísimo se manifiesta esta esperanza del futuro en Ezequiel. El profeta ve en un valle esqueletos humanos secos. Con un ruido bien perceptible llega el

Espíritu de Dios sobre ellos y les hace revivir de nuevo. Y no sólo se ven cubiertos con tendones, nervios, carne y piel, sino que el Espíritu de Dios los penetra de tal manera que recobran la vida y le reconocen como a su Señor (37,1-14). Esto es más que el simple hálito de vida que insufló Dios sobre el primer hombre (Gén 2,7)<sup>8</sup>. Esto es sin duda, para el profeta, imagen de la restauración de Israel en medio de su historia, y, sin embargo, es asimismo una visión de las insospechadas posibilidades que Dios muestra. Incluso puede abrir los «sepulcros» y sacar a los cadáveres de las sepulturas (v. 12). El Espíritu de Dios puede crear un mundo nuevo si se derrama sobre el pueblo y reconocen que él es su Señor (Ez 39,28-29). Así, pues, la renovación real del mundo no proviene de una transformación de las circunstancias exteriores, por ejemplo, en que los desiertos sean irrigados por las aguas. Lo realmente nuevo es que Dios arrojará todo mal y otorgará al hombre un nuevo corazón y un nuevo espíritu, su propio Espíritu de forma que «viva según sus mandamientos» (11,19-20; 36,25-27).

#### *¿Qué significa esto?*

El Espíritu santo se mostró vivo a los grandes profetas de Israel primero en las experiencias del pasado (por ejemplo, en su propia vocación). Pero, ¡cosa curiosa! Apenas comprendían que Dios, a través de su Espíritu, les había elegido para un destino especial, ya no se sentían satisfechos. El Espíritu de Dios actuó asimismo en la historia de todo el pueblo, secó el mar Rojo para que Israel pudiera pasar por él, aniquiló a los enemigos y condujo a su pueblo por todo el desierto. Pero una vez más, sucedió una cosa curiosa: el pueblo apenas llegó a comprender que el Espíritu de Dios le había preparado el camino, una vez más ya no se sentían satisfechos. «Pasad a Calné y ved; id desde allí a Jamat la grande, bajad a Gat de los filisteos (el enemigo principal de Israel); ¿son mejores que estos reinos?... ¿No hice yo subir a Israel de la tierra

8. Los sabios judíos refirieron ambos pasajes al regalo de la vida terrena y a la resurrección: Gén 14,8, ThW IX 663, 20. Cf. J. Horst, ThW IV 563, 31-40; E. Sjöberg VI 376, 19-28; 383, 12-13; G. Harder 552, 19-26.

de Egipto y a los filisteos de Caftor y a los arameos de Quir?» (Am 6,2; 9,7). Así, pues, Dios no sólo actúa en Israel y en su historia. *El quiere todo un mundo*. Actúa asimismo en los pueblos. Esto tiene su importancia para el futuro. Así, pues, no se puede vivir únicamente del pasado, aun cuando ahí se trate de un acontecimiento fundamental de Dios. No se puede mirar siempre hacia la propia conversión o a la propia vocación singular. El Espíritu de Dios quiere más. *Quiere penetrar con nosotros en el futuro*, e Israel debe aprender a vivir de este futuro de Dios. Por eso debe dejar que Dios transforme siempre de nuevo sus ideas sobre el Espíritu de Dios hasta que comprenda que el Espíritu de Dios pretende construir un mundo nuevo en el que dominen la justicia y la paz. Pero lo inquietante ahí es que los profetas tuvieron que constatar, una vez más, que este Espíritu de un mundo nuevo viene sobre los hombres como una tormenta de juicio y debe barrer todo lo que se encuentre en el camino. Ciertamente esto ha de ocurrir en todos, pero principalmente en aquellos a los que ha sido enviado el profeta. Solamente allí donde el hombre se abre a ese juicio y permite que se le otorgue un nuevo corazón y un nuevo espíritu, puede construir el Espíritu de Dios su mundo nuevo. Sin duda que él quiere algo más que un par de almas convertidas. Sin duda que él quiere construir un mundo nuevo. Pero esto sólo puede suceder si los hombres se entregan a este Espíritu y se dejan «dirigir» por su juicio; es como ajustar un reloj: se observa constantemente y se le pone a punto. Únicamente de hombres, sobre los cuales puede gobernar el Espíritu de Dios, surgirá la justicia y la paz. Así se abre el antiguo testamento al futuro de Dios. De esto hablará el nuevo testamento. Pero antes de tratar de esto, debemos hablar brevemente del período intertestamental.

### III

## El judaísmo en la época entre el antiguo y el nuevo testamento

## EL JUDAISMO EN LA EPOCA ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

### *El influjo del pensamiento griego*

Desde el 538 a.C. vive Israel bajo el imperio persa; desde el 332, bajo el imperio helenístico, esto es, primero griego, luego egipcio, luego sirio, y a partir del año 63, preferentemente bajo el imperio romano. Con esto se introducen nuevas concepciones del mundo y, especialmente, en el terreno religioso. El pensamiento (entonces) moderno no se ajustaba a las expresiones tradicionales de la fe. *¿Dónde cabe hacer nuevas formulaciones y dónde hay que aferrarse a lo antiguo?* ¿Qué es lo que constituye la forma externa, que se debería y se podría cambiar, y cuál es el contenido auténtico? Estas son cuestiones que se formulaban entonces de la misma manera que se formulan hoy.

De un modo totalmente distinto del hebreo o del arameo que se hablaba en tiempos de Jesús, el idioma griego distingue claramente entre viento, inteligencia humana y espíritu. «Espíritu», entre ellos, se halla fuertemente determinado científicamente como una especie de corriente de aire o de hálito, que se mueve y mueve a otros o a otras cosas. Dos teorías griegas influyeron de una manera especial en el judaísmo. La filosofía *estoica* concibe el universo como una totalidad unitaria y bien ordenada. Todo en ella está atravesado por el espíritu divino, el cual, como una especie de corriente eléctrica, lo llena todo; en pequeña medida las piedras y las plantas, en una medida más intensa, las bestias, y en una medida mucho más intensa, los hombres y especialmente su inteligencia. Pero el mismo espíritu actúa asimismo en las estructuras del universo, rige los derroteros de las estrellas y se ocupa de que el mundo no se descomponga y se disocie. Algo

totalmente distinto enseñó por su parte *Platón*, a saber, que el alma del hombre es divina y se halla atrapada en el cuerpo terreno como en un sepulcro, del cual se ve libre únicamente después de la muerte para ascender a su patria celestial. El habla ahí, por supuesto, no del «espíritu» sino del «alma». En el siglo I antes de Cristo, reaparecen de nuevo estas ideas y de ahí surge una curiosa teoría. En Delfos actuaba desde hacía mucho tiempo una sacerdotisa del oráculo. Su sabiduría especial se explica ahora científicamente: al sentarse la sacerdotisa sobre una ranura de la tierra, salían de allí vapores que penetraban por la vagina en el interior de la sacerdotisa. Estos vapores contenían un espíritu divino que se hallaba esencialmente emparentado con el alma del hombre y, por ello, producía una sabiduría especial divina, de forma que, hasta cierto punto, se podía decir que Dios tocaba el alma de la sacerdotisa como podía tocar una cítara o una flauta. También aquí el espíritu es, por tanto, una fuerza natural, una especie de materia de la que está también constituida el alma o que actúa en ella.

### 1. *El Espíritu santo como el extraño: el problema de la experiencia profética*

#### *La Escritura*

Tampoco en esta época olvida Israel que Dios le habló sobre todo a través de los profetas. Dios no era precisamente la cumbre más alta a la que podía ascender el pensamiento humano, en su esfuerzo incansable por alcanzar un conocimiento superior. Dios, por el contrario, era el inesperado y extraño, el que sin ceremonias de recepción entraba en el mundo de los hombres. Pero ¡qué peculiares eran, sin embargo, muchas de las cosas raras que entraban ahí en juego! ¿Dónde se situaba el límite frente a todos los posibles charlatanes, que, consciente o inconscientemente, sólo anunciaban sus propios sueños e ideas a voz en grito en el nombre de Dios? La teología oficial solucionó estas cuestiones reconociendo únicamente a los profetas cuyos escritos se hallaban en la Biblia: «Cuando murieron Ageo, Zacarías y Malaquías, los últimos pro-

fetas, desapareció el Espíritu santo de Israel», explica un rabino (Bill. I, 127); y ya el salmo 74,9 (tal vez escrito entre el 168 y el 165 antes de Cristo) certifica: «Ya no hay ningún profeta, ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo». En un escrito judío de finales del siglo I después de Cristo, se halla esta frase: «Los profetas se han echado a dormir» (Barsir 85,3). Afortunadamente la vida no se sostiene únicamente por las prudentes y precavidas frases de los teólogos. De hecho, en esta época apareció toda una serie de *profetas* que, en muchos aspectos, se parecen a los del antiguo Israel. El «maestro de la justicia», que fundó la comunidad judía de monjes de Qumrán en el mar Muerto, se apoya ciertamente en los profetas de la Escritura; pero todo lo que él hace es descubrir el significado de las profecías que el mismo profeta ni siquiera comprendía por aquel entonces (1QpHab 7,1-5). Esto, sin embargo, significa que sólo y primeramente al fundador de esta orden se le reveló por parte de Dios el sentido de las frases de los profetas. Josefo refiere que en este grupo existió una escuela de profetas propiamente dicha (a. 13,311s). También nos cuenta acerca de un grupo fariseo de profetas en la corte de Herodes (a. 17,43s) y de muchas figuras individuales que hacían milagros a la vista de todos y que congregaban frecuentemente a millares de hombres. Uno incluso debió haber gritado durante siete años y cinco meses su «ay de Jerusalén» (a. 20,97-98.169s; b. 6,300s; 7,437s). Tres son asimismo mencionados en los Hechos de los apóstoles (5,36-37; 21,38). Pero es evidente que el Espíritu santo no se deja canalizar de modo tan simple que se le reduzca a unas «conservas» aprobadas oficialmente. Por el contrario, lo que sucedió aquí es lo mismo que ocurrió en la historia de la iglesia cristiana: cuanto más fuertemente trataban de reglamentar los maestros oficiales al Espíritu santo y se esforzaban por introducirlo en sus sistemas, tanto más vigorosamente surgían aquellas extrañas figuras, que ciertamente no eran aceptadas y que precisamente por eso no se dejaban controlar por los otros y que les recordaran sus límites, los cuales, por lo tanto, fascinaban más a la gente.

### La inspiración

De un modo totalmente distinto trata Filón de plantear el problema. El vivía como contemporáneo de Jesús en Alejandría y, como filósofo, se halla bajo el influjo del pensamiento greco-científico mucho más que los hombres que habitaban en Palestina. El desarrolla una teoría original de la *experiencia profética* y sostiene que, al fin de cuentas, no se da ningún tipo de sabiduría efectiva sin tal experiencia. Las afirmaciones veterotestamentarias de que Dios reina en el cielo, mientras que el hombre vive en la tierra, y de que Dios se encuentra con los profetas como el extraño, las interpreta él a la luz de la filosofía platónica acerca de un mundo superior y divino y otro inferior, material, en el cual lo divino sólo puede vivir como en una cárcel. Así, pues, sólo puede llegarse a un conocimiento efectivo si se extingue todo conocimiento y sabiduría humanas. Mientras brilla la luz divina, lo humano pasa a segundo plano (*Herencia*, 265). Donde la razón se hunde, aparece el éxtasis o el arrobamiento producido por Dios en su lugar, y entonces otro (precisamente Dios) comienza a servirse de la boca y de la lengua de los profetas o de los sabios (*Sueños*, II, 252); y entonces el alma profetiza o anuncia cosas de las que nada se sabe (*Querubines*, 27; y de modo semejante, *Peregrinación*, 34-35; *Cambio de nombre*, 39). Incluso llega a describir tal vivencia: «Yo creía que me movía en una excitación divina del alma en las altas regiones; creía que peregrinaba con el sol y la luna y con todo el mundo celeste. Entonces miré desde el éter para abajo... y contemplé innumerables rostros de todas las cosas sobre la tierra y me sentí dichoso, con el poder del inmortal, de haber huido de la vida mortal. Entonces me remonté como con alas, recorrí el espacio del cielo y respiré el aire de la sabiduría» (*Leyes especiales*, III, 1s).

De la visión correcta de que el hombre debe saber acerca de sus límites, y, sobre todo, de que él puede huir de Dios y vivir en contra de su voluntad, se introdujo subrepticamente la concepción, completamente antijudía, de un mundo malo, que ahogaba todo lo divino. El Espíritu santo y el espíritu del hombre no se diferencian ya en que el espíritu humano puede rehusar la obediencia a Dios; se hallan sin más y de antemano encontrados. Este debe desaparecer si entra en juego aquél. En cambio, ahora es di-

vino todo lo que ocurre en «un mundo superior», sin que se formule la pregunta si tal vez tales vivencias no son en el fondo más que posibilidades humanas que tienen que ver mucho o poco con Dios, como cualesquiera otras experiencias. Por eso, el mismo Filón puede hablar también del espíritu divino del hombre. Como inteligencia puramente humana, él debe escuchar cuando habla Dios; pero, al mismo tiempo, hay en el hombre una porción más sublime y más divina que aparece luego (cf. p. 56s).

Ciertamente el profeta veterotestamentario se da cuenta que a él se le ha otorgado el conocimiento decisivo y que él mismo no lo ha encontrado sin más; *pero Dios le habla en medio de este mundo terreno*. El muestra a Amós un canastillo lleno de fruta madura y, en eso, le da a conocer que también sobre Israel se ha hecho el otoño y que vendrá pronto un duro invierno de Dios (8,1-2). El hace ver a Jeremías la injusticia que tiene lugar en Jerusalén, y le da a conocer así que el juicio de Dios está cercano (5,1-9). El hace que Isaías analice la situación política y le pone en guardia contra el partido de aquellos que buscan ayuda en las armas de los pueblos extraños (31,1-9). En cualquier caso, no parece que ahí haya cesado de actuar el pensamiento humano; un Isaías o un Jeremías reflexionaron precisamente a la luz de la inteligencia profunda que les otorgó Dios de lo que eso podía significar para la situación política y social de su propio país. Un Amós o un Miqueas observaron de una manera aguda todas las injusticias sociales y económicas, y un Oseas o un Malaquías protestaron contra abusos muy concretos en el sacerdocio.

### El mal

Un problema más difícil se presentaba por el hecho de que hay algunos pasajes veterotestamentarios que atribuyen el mal al Espíritu e, incluso a veces de una manera expresa, al Espíritu de Dios. Incluso Satanás es, según Job 1,6-12, un servidor de Dios y sólo puede actuar según su voluntad; algo parecido se puede afirmar del mal espíritu del que habla 1 Re 22,19-23, y Amós puede decir: «¿Habrán en la ciudad calamidad cuyo autor no sea Yahvé?». Más tarde, las afirmaciones de este tipo van siendo más

cautas y, finalmente, desaparecen. Israel ha aprendido a tomar en serio el pecado humano, incluso allí donde el mal llega sobre el hombre como un poder inexplicable.

Para los maestros oficiales de Israel, en la época posterior a la redacción del antiguo testamento, *el libre albedrío del hombre* es algo decisivo. Ciertamente, se dan en él dos impulsos, uno bueno y otro malo; pero aquí se trata de impulsos del hombre entre los que debe elegir. A él se le ha dado por Dios desde su nacimiento el Espíritu santo o el alma, y es tarea del hombre el devolver puro y limpio este Espíritu santo al final de su vida. También los traductores griegos del antiguo testamento son aquí muy cautos y prudentes. Mientras que 1 Sam 16,23 dice con toda ingenuidad «Cuando el (mal) espíritu de Dios se apoderaba de Saúl...», los traductores griegos de la Biblia hablan únicamente de «un mal espíritu», sin referirlo a Dios.

Sin embargo, se encuentran soluciones totalmente diversas. Ya en el antiguo testamento, se habla de los dioses paganos, e incluso una vez de la «poderosa ira» de un dios pagano que repercutió en Israel (2 Re 3,27). Pero, sobre todo, Israel tiene noticias de los espíritus del desierto de cuyo poder hay que librarse mediante un sacrificio expiatorio (Lev 16,8-10) y de los espíritus de los muertos que obedecen a ciertos hechiceros o brujos (1 Sam 28,7). Esto es importante en el período intertestamentario. Y sin duda que Israel se vio influenciado por el contacto a través de siglos con la religión persa, la cual enseña que, desde el principio, existen *un espíritu bueno y otro malo que rigen el mundo* y que ambos tienen sus servidores que luchan en favor o en contra de los hombres. De manera especial aparecen estas ideas en la comunidad judía de monjes de Qumrán, donde se habla de dos espíritus o ángeles, que luchan por los hombres (1 QS 3,18 s; 4,23 s; Dam. 5,18); también en un testamento judío de los doce patriarcas se encuentran ideas similares; sólo que aquí se habla de un intermediario «Espíritu de inteligencia», el cual muestra al hombre a qué lado debe inclinarse (Juda 20,1-2). En un escrito cristiano del siglo II después de Cristo, se equipara al Espíritu bueno con el Espíritu santo o también con las virtudes, y al espíritu malo con la conciencia mala del hombre o con los vicios (Pastor de Hermas, *Mandatos* III, 4; V 2,5.7; X 1,2; *Sim* IX 13,2.7). Pero es importante que el judaísmo, incluso aquí, certifica que ambos espíritus, el

bueno y el malo, han sido creados por Dios (1 QS 2,25). Cada vez con mayor frecuencia se habla de espíritus malos (por ejemplo, Tob 6,8; Sab 7,20), y Josefo puede ver demonios en las almas de los impíos muertos (b 7,185).<sup>1</sup>

### Enjuiciamiento

La singularidad del Espíritu de Dios se muestra en el antiguo testamento ante todo en la experiencia profética. De dos maneras se intenta en el judaísmo de entonces resolver este problema, y ambas tentativas apenas pueden dar cuenta de la realidad del Espíritu santo. No se le puede restringir a lo que los profetas del antiguo testamento han dicho de él, todo lo cual ha sido escrito y aceptado oficialmente como una verdad bíblica; *pues el Espíritu santo está vivo también en el presente* y no se puede conservar simplemente como un acontecimiento del pasado. La imposibilidad de esto se muestra también en el reconocimiento que existe en el judaísmo de entonces de que necesita una vez más del Espíritu santo, aunque sólo sea para entender lo que significa lo dicho por los profetas en una situación totalmente especial para los problemas actuales totalmente distintos. Pero *tampoco se puede describir de una manera exclusivamente psicológica* el modo como el Espíritu aparece a veces, y luego explicar que se trata siempre del Espíritu santo, cuando tienen lugar tales fenómenos psicológicos. Lo difícil que es esto lo sabemos hoy nosotros puesto que las drogas pueden comunicar unas vivencias semejantes. Así permanece abierta la cuestión de dónde se puede reconocer al auténtico Espíritu santo y cómo se le puede diferenciar de otros fenómenos y cómo cabe contraponer ambos: el significado decisivo de los profetas veterotestamentarios y la libertad del Espíritu de hablar hoy de nuevo.

Pero también dejó tras de sí el viejo testamento otro problema: que en la creación de Dios existe también *el mal*; lo sabe ya

1. Esto depende de las concepciones griegas, donde los «demonios» buenos son semidioses, los cuales son equiparados con las almas de los hombres buenos que han muerto y han subido al cielo. Filón y también otros autores los identifican con los ángeles de la Biblia: Plutarco: *Aspecto lunar*, 28-30; *Oráculo*, 10; Filón: *Gigantes*, 6,16; *Sueños* I, 140-141.

el antiguo testamento, sin explicar de dónde procede. Ni siquiera queda explicado en el relato de la caída. Ahora bien, el hombre experimenta este hecho de doble manera. Por una parte, reconoce su pecado. El eligió así y pudo elegir de otra manera. Por eso, él debe tomar en serio la libertad de decisión que se le ha dado y hablar de *su* comportamiento malo. Por otra parte, él experimenta cómo llega el mal a él, sin defenderse de él y sin que él pueda reconocerlo. Por eso debe ver el extraordinario poder del mal, que esclaviza o a todo un pueblo o a toda una época, y debe hablar del *espíritu* del mal. Ambos aspectos afloraron en el judaísmo de la época del nuevo testamento. Por una parte, se pone de relieve el libre albedrío del hombre y todo se refiere a su decisión; pero, por otra, se habla ampliamente de un espíritu malo o de malos espíritus, que están en lucha contra Dios, y que ejercen su poder junto a él o contra él de forma que el hombre se convierte en algo así como una pelota de juego que se halla entre dos adversarios. Sin embargo, permanece abierta la cuestión de cómo se pueden compaginar ambas afirmaciones, ¿existe, junto al Espíritu santo, algo así como un espíritu malo? ¿o se trata únicamente de la desobediencia humana frente al Espíritu santo de Dios?

## 2. *El Espíritu santo en la creación: el problema de la presencia de Dios en el mundo*

La idea de que el Espíritu de Dios actúa en la creación pierde vigencia de una manera muy intensa en esta época, si bien existen afirmaciones similares a las del Sal 33,6: «Tú que has dado un lugar al firmamento por tu palabra y que has robustecido la altura del cielo por el Espíritu» (Bar sir 21,4). También la Sabiduría señala que el Espíritu del poder de Dios, es decir, un único hálito de este Espíritu puede aniquilar los monstruos más espantosos «que exhalan un olor infecto», «que lanzan de sus ojos terribles centellas» (Sab 11,18-20). Pero las afirmaciones propiamente dichas en las que se hable del poder creador de Dios se van haciendo raras. Más bien aparece la *sabiduría de Dios* como la causa primera de todo (Sab 7,21-22). Ella procede, según Sir 24,3, de la boca de

Dios y cubre, como un vapor de niebla, la tierra (Gén 1,2)<sup>2</sup>. O se habla de la actuación continuada del Espíritu de Dios en la naturaleza. Así, pues, Dios no es como un creador originario, que al principio hubiera puesto todo en marcha y que luego se habría retirado. Por eso el judaísmo de aquellos tiempos tiene la idea de que *los ángeles* de Dios, sus «espíritus administradores» (Heb 1, 14), lo mueven todo en la naturaleza. Según el Sal 104,4, Dios hace de los vientos sus ángeles y de las llamas de fuego sus servidores («Tiene por mensajeros a los vientos, y por ministros llamas de fuego»). El traductor griego parece que entiende las cosas al revés, a saber, que Dios convierte a sus ángeles en vientos (o «espíritus») y a sus servidores en llamas de fuego. Así generalmente lo interpretan los sabios judíos de aquella época (Bill. III, 678). Estos ángeles o espíritus tienen bajo sus órdenes los receptáculos de los vientos, la fuerza de la luz de la luna, todos los grupos de las estrellas, el mar, la escarcha, la nieve, la niebla, el rocío, la lluvia, los relámpagos y los rayos. Ellos pueden abrir esos receptáculos con el agua de la lluvia o impulsar el trueno y el relámpago y al mismo tiempo tenerles de las riendas de manera que van siempre juntos (Henok et. 60,11-23; de una manera semejante Jub 2,2; y asimismo Bill. III, 818-820).

Por otra parte, los judíos más ilustrados no pueden hablar ya a gusto de ángeles que abren los grifos de las aguas para que llueva. Y sin embargo, tratan de aferrarse a la acción del Espíritu de Dios. Entonces se les ofrece la representación estoica del mismo espíritu considerado como *fuerza de la naturaleza*, el cual lo penetra todo y da a todo su contenido: «El Espíritu de Dios llena la tierra y lo abarca todo» (Sab 1,7). De una manera muy especial, habla Filón del Espíritu como lazo que une incluso la madera y la piedra y les da su firmeza. Este es el Espíritu «unificador de todo», el cual es, para él, a la vez el «elemento» superior e incluso divino (*Herencia* 242; *Creación del mundo* 131). El puede precisamente describir la supremacía de Dios y su actuación de un modo científico-natural. El Espíritu de Dios constituye el estrato superior, que se halla sobre tierra, agua, aire y hálito de fuego, y que forma

2. En un relato fenicio de la creación es designada como «espíritu», es decir, como «aire oscuro y espiritualizado», el cual se cierne sobre el caos y es el origen de todo (Eusebio, *Preparación I*, 10-11 [333 b]).

el «cielo», el mundo de Dios, pero al mismo tiempo contiene todo sobre la tierra y hace que constituya un *universum* (Ebriedad 106; *Leyes especiales* IV, 123).

Pero aquí quedan muchas cosas pendientes. Es claro únicamente que deben afirmarse dos cosas: por una parte, el Espíritu santo de Dios vive en todo acontecimiento natural, tanto en las manifestaciones más sublimes como en las más terribles; pero al mismo tiempo, la libertad de Dios, que está sobre todo desarrollo de la naturaleza y la guía, no puede desaparecer en beneficio de una fuerza anónima de la naturaleza, a la cual se diviniza. ¿Cómo se pueden afirmar ambas cosas sin reducir una o la otra?

### 3. *El Espíritu santo como origen del conocimiento: el problema del espíritu humano*

#### *La interpretación de las afirmaciones bíblicas sobre el Espíritu*

Aquí surgen las cuestiones más difíciles. Los maestros del judaísmo palestinese advierten lo peligroso que es el equiparar simplemente el *alma* o la *inteligencia del hombre* con el Espíritu santo de Dios. Por eso, cuando en el antiguo testamento se habla de «Espíritu», eligen para ello la expresión más inofensiva de «hálito de vida»<sup>3</sup>. En Josefo, desaparece la expresión «espíritu» casi totalmente en el sentido de «espíritu» humano; él dice a lo sumo que «en la sangre» se encuentran «el alma y el espíritu» (sin duda entendidos como la substancia del alma y del espíritu) (a. 3,260)<sup>4</sup>. Por el contrario, los traductores griegos, donde se hablaba del «hálito de vida» o simplemente de la «vida», tradujeron con el término «espíritu» (1 Re 17,17; Job 34,14; Dan 5,23; 10,17; Is 38,12). Esto no es algo casual. Porque, si se representaba el mundo como los filósofos estoicos, de forma que un espíritu de Dios penetra todo y lo contiene como una fuerza de la naturaleza, entonces se debía explicar las afirmaciones veterotesta-

mentarias del espíritu de Dios en el hombre diciendo que la total penetración del Espíritu encuentra su concentración mayor en el alma o razón humana. Así leemos en Sab 7,22-26: «La sabiduría (el origen de todo) es<sup>5</sup> un espíritu inteligente, santo... que penetra en todos los espíritus inteligentes, puros, sutiles... se difunde su pureza y lo penetra todo. Porque es un hálito del poder divino y una emanación pura de la gloria de Dios omnipotente... Es el resplandor de la luz eterna». Evidentemente, aquí se advierte el mismo problema. Ya en el versículo siguiente, se aclara que ella «se derrama (solamente) en las almas santas, haciendo amigos de Dios y profetas». También según 7,7, el «espíritu de sabiduría» y la «inteligencia» se da a aquel que la pide a Dios, y según 9,17 sólo conoce el consejo de Dios aquel a quien Dios le da la sabiduría, es decir, «su Espíritu santo de lo alto». Muy próxima a esto se encuentra la otra frase de que Dios «infundió al hombre un alma activa y le dio un espíritu viviente» (15,11).

#### *Espíritu y carne*

Tanto más aparecen las dificultades cuanto más se piensa en la *contraposición platónica de un alma celestial y un cuerpo terreno-material*. Cuando uno se mantiene en el mensaje bíblico, se evita la oposición de carne y espíritu, cuerpo y alma. Los maestros de Israel destacan, por lo regular, que precisamente esta asociación del espíritu con el cuerpo es la acción creativa de Dios, aunque ellos certifican con Gén 2,7 que el cuerpo procede de la tierra, y que el Espíritu es insuflado por Dios y que, por tanto, procede del cielo. Las ascensiones o ascensiones al cielo de algunos piadosos varones se dan «en el cuerpo» o «en el espíritu». Ambas cosas significan un suceso similar; sólo que se destaca en cada caso con más fuerza el hecho concreto o la fuerza operativa<sup>6</sup>. En Judit 10, 13, nos encontramos con la frase «ninguna carne y ningún espíritu de vida» y ambas expresiones significan lo mismo. Lo mismo podemos advertir en Eclo 14,16-17: «engaña a tu alma... pues toda carne ha de pasar», y ambos casos significan esto: «engaña te a ti

3. E. Sjöberg, ThW VI 375, 18-19.

4. E. Best, *The use and non-use of pneuma by Josephus*: Novum Testamentum 36 (1959) 218-225.

5. ¿O se debe traducir acaso: «En la sabiduría está...?»

6. E. Sjöberg, ThW VI 376, 4-377, 3.

mismo... porque tú (como los demás hombres) pasarás». Is 31,3 hablaba en el texto hebreo de los egipcios que son «hombres y no dioses» y de sus caballos que eran «carne y no espíritu»; y con ello quería decir únicamente que se hallaban limitados en su fuerza. Entretanto se oyó hablar de la filosofía platónica, en la cual el cuerpo material era algo gravoso y malo, mientras que sólo el alma invisible era algo divino. Así, pues, ahora se entendería mal una traducción literal; por eso los traductores griegos, sin mencionar la oposición «espíritu», hablan únicamente de «la carne de los caballos, en la cual no se puede encontrar ninguna ayuda». De esta forma ellos, al evitar una traducción literal, reflejaron precisamente aquello que el texto profético pretendía en su origen decir.

Pero éste no era siempre el caso. En Núm 16,22; 27,16, a Dios se le llama en el texto hebreo el «Señor de los espíritus de toda carne», porque todo lo que es carne, ha recibido el espíritu de vida de él. Pero la Biblia griega establece diferencia entre el reino de los espíritus y el de la carne: Dios es ahora el «Señor de los espíritus y de toda carne». Ya en el siglo II antes de Cristo, cuenta el libro judío de los Jubileos que Dios creó el primer día los espíritus; en cambio, a los seres de carne, el quinto día (2, 2.11). También se entiende así la curiosa historia que se narra en Gén 6,1-4 de que los ángeles, como espíritus vivientes, bajaron del cielo a la tierra y se mezclaron con la sangre de la carne de las mujeres terrenas de forma que nacieron hijos que no eran ya «semejantes a los espíritus, sino carnales» (Henok et. 15,4; 106,17). También Sab 7,1-2 entiende al hombre como «carne» formado de «semilla (de un hombre) y placer (de sueño)», mientras se le otorga adicionalmente el «espíritu de la sabiduría» (v. 7); de un modo semejante, 4 Mac 7,13-14 establece la diferencia entre carne, nervios y músculos y el espíritu de la inteligencia. Pero, de un modo todavía mucho más agudo, se advierte esta oposición en Filón: según él, hay hombres, que vegetan únicamente por la «carne y el placer de la carne», mientras que otros «viven la razón por el Espíritu de Dios» (*Herencia*, 55-57). En contraposición al «polvo terreno» y al «lastre de la carne» (*Ibid.*, 58), este «espíritu divino» apunta hacia arriba y produce la «inteligencia» (*Plantación*, 23-24). Por eso, el ser carnal no tiene parte en el espíritu (*Representaciones*, 84). Únicamente el alma, que carece de carne y es incorporeal, puede conocer al Dios que carece de carne y es incor-

poral (*Inmutabilidad*, 52-56; *Titanes*, 31). Por eso, los servidores de Dios son seres pálidos, casi sin cuerpo, y poco menos que esqueletos, dejando a un lado todo lo que agrada a la carne (*Leyes especiales*, 114; *Titanes*, 30; *Cambio de nombre*, 32-33). La carne y el placer de la carne se oponen a la piedad y al conocimiento de Dios (*Sueños*, II, 67; *Inmutabilidad*, 143); porque la carne es lastre, esclavitud, fétetro, urna del alma (*Herencia*, 268; *Titanes*, 31). Ya de una manera semejante dijo Sab 9,15: «Pues el cuerpo corruptible agrava el alma, y la morada terrestre oprime a la mente pensativa». Aquí, evidentemente, la doctrina de Platón sobre el alma divina, que se halla atrapada en el cuerpo material, predomina a todas luces sobre las afirmaciones bíblicas. Evidentemente, también se habla con expresiones bíblicas, la mayor parte de las veces, de «espíritu» y de «carne», en lugar de «alma» y «cuerpo»; pero el «espíritu» o el «hálito divino» se equiparan a la «inteligencia» o a la «razón», la parte más elevada del alma según Platón, mientras que la simple fuerza vital vive en la sangre e incluso en los animales (*Representaciones*, 83). En otros pasajes, este «espíritu divino» se entiende simplemente como el «alma», la cual fue infundida por Dios al hombre según Gén 2,7 (*Creación del mundo*, 135.144). Estas afirmaciones de Filón, que se prestan a equívocos desconcertantes, muestran únicamente cuán difícil le era el hacer coincidir las afirmaciones bíblicas con su concepción moderna del hombre influenciada por el pensamiento griego.

### Enjuiciamiento

Aquí surgen ya las dificultades que se plantean en el antiguo testamento. Así, pues, ¿se puede afirmar que la vida biológica del hombre y asimismo tal vez también la del animal se identifican simplemente con el Espíritu santo? ¿o vale esto sólo para el «alma», se entienda como se entienda? ¿o se puede al menos pensar esta presencia del Espíritu santo por lo menos de la facultad de pensar del hombre, diferenciándola del instinto de la bestia? ¿o hay que pensar más bien esta presencia de las manifestaciones más particulares de esta facultad, por ejemplo, de la verdadera sabiduría de un hombre o, al menos, del conocimiento religioso de Dios? ¿y cómo se relaciona, en ese caso, la facultad que se le otor-

ga a ese hombre con lo que el Espíritu santo, en circunstancias muy señaladas, por ejemplo, en la vocación de los profetas, dice a un hombre? Cuán poco claras son aquí las afirmaciones se demuestra también en el hecho de que el alma es considerada realmente como un don de Dios, como una especie de don prestado, que puede también perderse; o en el hecho de que la inteligencia es insuflada al hombre por Dios, y la sabiduría sólo se halla donde impera el temor de Dios, el cual a su vez lo tiene que otorgar el mismo Dios. De ahí resulta que, precisamente en Filón, la inspiración divina y no ya la razón es la que proporciona el conocimiento decisivo de Dios. Según esto, 1) ¿hay que distinguir en el hombre, como hace Platón, una porción divina, celestial, a saber, su *alma* o su «espíritu», de la parte material y, por tanto, del *cuerpo* que es malo y la encarcela? ¿o más bien 2) hay que pensar, bajo la influencia del antiguo testamento, que los *seres espirituales* que viven *en el cielo*, y, por tanto, los ángeles y tal vez también las almas de los muertos, son puros y santos, y, en cambio, todos los seres carnales son pecadores? ¿o hay que abrirse 3) con más fuerza al pensamiento persa y distinguir entre *espíritus buenos y malos*, que determinan luego sobre la tierra qué hombres son buenos y cuáles malos? En todas estas tres variantes se ha difuminado o perdido la verdad bíblica de que *Dios creó de la misma manera el alma o el espíritu que el cuerpo* del hombre y que él es el único Dios y Creador. Ciertamente, según la concepción bíblica, toda carne es limitada y se ve amenazada por la muerte, pero esto vale lo mismo para el espíritu humano. Sin duda también que la carne está abierta a todas las tentaciones posibles, pero ¿no es precisamente el espíritu humano el que las soporta o sucumbe a ellas? O 4) ¿habrá que distinguir en el hombre entre un «espíritu» dado por Dios y que es destinado a una vida superior —ya se piense ahí en la vida biológica o en la facultad anímica— y en lo que el hombre hace de ese espíritu? La cuestión permanece abierta y los párrafos que siguen muestran todavía dificultades mayores.

#### 4. *El Espíritu santo en la plenitud futura: el problema de la resurrección*

##### *El Mesías*

Así como el judaísmo en esta época habla poco de la acción del Espíritu en el conjunto de la creación y, sin embargo, habla de la acción sobre los hombres considerados individualmente, algo parecido se puede decir sobre las concepciones del futuro. Se espera al *Mesías* que ha de gobernar «poderoso en el Espíritu» (Sal Sal 17,37; 18,7) o acerca de la gloria de Dios y el Espíritu de inteligencia, de santidad y de gracia que se habrá de derramar sobre él (Test. Levi 18,7; Juda 24,2). En un pasaje que, sin embargo, es tal vez postcristiano, se habla incluso del «hijo del hombre» sobre el que se derramará el «Espíritu de justicia» de forma que todos los pecadores quedarán aniquilados (Henok et. 62,2).

##### *¿Un alma inmortal?*

Pero, sobre todo, interesa aquí la creencia de que el alma o el espíritu del hombre *sobrevivirá a la muerte*. Si en el salmo 16,10 dice la sabiduría que Dios no entregará a la ultratumba o al *seol* al alma del que ora y, por consiguiente, que no le permitirá morir sino que le sanará de nuevo, los traductores griegos probablemente entienden: «tú no dejas mi alma en la ultratumba», por tanto presuponen que el alma después de la muerte corporal se dirige a un mundo del más allá y que también allí será guardada o custodiada por Dios. Si el salmo 22,30 habla del alma que no vive ya, el traductor griego habla del alma que «vive para él» («para Dios»), donde, por supuesto, se debe saber que la palabra hebrea para decir *no* suena casi igual que la que se emplea para decir «a él» o «para él». Por otra parte, el predicador se pregunta, quizá escépticamente, en el antiguo testamento: «¿quién sabe si el espíritu del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo a la tierra?» (Ecl 3,21), y explica que tampoco se sabe «por qué camino entra el espíritu en los huesos, dentro de la mujer encinta» (11,5).

Así, pues, el autor ha reflexionado sobre la creencia de que toda vida es propiamente espíritu otorgado por Dios, y ha empe-

zado a dudar. ¿Quién sabe, según eso, cómo se introduce este Espíritu en el cuerpo de una mujer en el niño que se está formando? ¿y quién sabe qué le ocurrirá después de la muerte? ¿debería el espíritu del hombre subir hacia arriba, hacia Dios, y no así el de la bestia? De una manera semejante dice la madre de los siete macabeos, que sufren el martirio por su fe, que ella no sabe cómo se formaron en su vientre y que ella no les dio ciertamente el «espíritu y la vida»; ella deduce de eso precisamente la seguridad de que el Creador del mundo les otorgará de nuevo, después de la muerte, «el espíritu y la vida» (2 Mac 7,22-23).

Todavía más optimista es Sab 12,1: «Porque en todas las cosas está un espíritu incorruptible», es decir, en todos los vivientes. El hombre, por supuesto, no puede recuperar el espíritu que se marcha por la muerte y el alma que ha abandonado el cuerpo. Únicamente Dios la conduce a la ultratumba y la saca de allí de nuevo (16,13-14). Así el autor espera también que, en cualquier caso, las almas de los justos permanecen en manos de Dios (3,1-4), y que los justos, después de su muerte, son arrebatados hacia Dios y viven en la eternidad (4,7.10; 5,5.15). El hombre es creado para una condición imperecedera y únicamente los impíos dudan de esto (1,13; 2,1.23). Se establece una clara diferencia entre cuerpo y alma, como correspondía a la concepción griega del mundo de aquellos tiempos. Los huesos descansarán en la muerte, pero el espíritu vivirá (Jub 23,31). Es imagen fiel y préstamo de Dios (*Focílides*, 105-108). Aquí los espíritus de los buenos entrarán en alegría y en gloria, y los de los malos en la ultratumba (*Henok et.* 103,4; 108,11). Incluso se llega a representar unas dependencias en las que existe una sección para los justos, otra para los pecadores y otra para los casos especiales, donde los «espíritus de las almas» esperan hasta el día del juicio (22,3-13); también se expresan de un modo semejante 4 Esd 7,80-87; Bar sir 21,23; 30,2. Siguiendo la mentalidad griega, Josefo afirma: En la muerte, el alma se libera del cuerpo (a. 19,325; b. 2,154-155; 6,47; de un modo semejante, también 4 Esd 7,78.100).

### La resurrección

Pero también se advierte en esta época una oposición contra una simple aceptación del pensamiento griego. Precisamente el libro de la Sabiduría, que defiende la supervivencia del espíritu después de la muerte del hombre como una vida del alma liberada del cuerpo, lo mismo que hacían sus contemporáneos griegos, cita la frase veterotestamentaria (1 Sam 2,6) de que sólo Dios hace bajar al sepulcro y subir de él (16,13). A partir del antiguo testamento, también para los judíos de entonces, por muy modernamente que piensen y se abran al pensamiento griego, es importante y decisivo que toda vida, muy especialmente la vida en la eternidad de Dios después de la muerte, es un don del Creador, y no algo natural ni una posesión del hombre. En Dan 12,1-3, se enseña por primera vez, de una manera muy clara, la *resurrección* y, ciertamente, como una resurrección para el juicio, para la vida eterna o para la condenación eterna. Incluso, ocasionalmente, se explica que la tierra conserva a los muertos hasta la resurrección, precisamente en el aspecto que tenían cuando murieron y que así resucitarán un día (Bar sir 50,2). De esta manera solucionan el problema la mayor parte de los maestros judíos, pero también los escritos de entonces que se orientan a la descripción del fin del mundo, afirmando que, después de la muerte, el «espíritu» sigue viviendo, pero sólo se une en la resurrección en el último día con su cuerpo que ha sido despertado de nuevo a la vida y así luego será presentado a juicio. Por supuesto, que ahí no es del todo claro si el cuerpo muerto será unido al espíritu que sigue viviendo, o si se le dará una vez más el Espíritu de Dios.<sup>7</sup>

### 5. ¿Qué significa todo esto?

Israel experimentó a través de siglos la acción del Espíritu de Dios y trató de expresar estas experiencias en palabras. Ya desde el principio fue decisiva la experiencia de que Dios puede *inter-*

7. E. Sjöberg, ThW VI 377, 17-23; cf. *Henok et.* 91,10; Epifanio, *Herejes* 64,70,6.

venir de una manera inesperada, trastornando todo el pensar humano y sus planes, y saltando por encima de todas las posibilidades humanas. Así lo experimentaron sobre todo los profetas y los jefes del pueblo de Israel, especialmente en las épocas de necesidad o de tribulación. Pero hubo asimismo falsos profetas y falsos jefes que les llevaron a la ruina.

En tiempos de Jesús, estaban claros dos puntos: por una parte, todas las experiencias del Espíritu se miden por lo que aprendió Israel a través de los siglos y por las tradiciones de la Biblia; pero no hay que limitarse únicamente a eso, como si el Espíritu de Dios no pudiera hoy actuar de otra forma como lo hace en la Escritura. Sin embargo, por otra parte es importante que se observe cuidadosamente si no se entremezclan en esto deseos e impulsos humanos. Pero no cabe volverse a una teoría de la inspiración, que se puede describir exactamente de un modo psicológico, como si luego, al quedar amortiguada la inteligencia humana, sólo fuera perceptible la voz de Dios y no pudieran surgir del inconsciente voces muy humanas.

Sigue siendo importante que el poder del Espíritu lo abarca todo. No es simplemente uno entre otros. Por eso Israel comenzó aceptando incuestionablemente lo que es malo en el mundo, considerando que procede de la mano de Dios y como obra de su Espíritu. Pero poco a poco fue aprendiendo a distinguir con mayor exactitud. Evidentemente, no se puede hablar de un espíritu malo que tuviera los mismos derechos y facultades que el Espíritu bueno de Dios, si se pretende reflejar todo lo que conoció el antiguo testamento. Pero se fue viendo cada vez con mayor claridad que el hombre podía oponerse al Espíritu de Dios y, de ese modo, crear el mal. Ciertamente, esto a veces se experimenta de tal forma que el mal sobreviene a uno como un poder irresistible. Así, pues, no se puede en ningún caso tomar el mal como algo inofensivo. Esto pretenden afirmar en esta época muchas imágenes de malos espíritus o de Satanás. Pero, por otra parte, el hombre no puede dispensarse simplemente con una referencia a los poderes malignos, a los que se vería sometido. Incluso ahí surge algo que se eleva de lo más profundo del corazón del hombre y que se opone al Espíritu de Dios.

Es claro que la acción del Espíritu de Dios no se puede restringir a vivencias aisladas o a acontecimientos extraordinarios de

profetas. Al fin de cuentas, se debe referir a él la vida total, la multiplicidad a veces tan halagadora y toda la magnificencia de la naturaleza y de su propio sentido y de sus fuerzas. Donde se habla de ángeles, que lo realizan todo, se subraya con vigor esta idea. Donde se piensa en términos más modernos y científicos se destaca que el Espíritu de Dios lo abarca todo y sostiene la vida, sin que se le considere en detalle, como aparece esto en las manifestaciones singulares del Espíritu santo, por ejemplo, en los profetas.

La cuestión más difícil en este aspecto es *cómo participa el hombre en el Espíritu de Dios*. Sobre todo, no se está de acuerdo sobre si efectivamente se puede asociar toda la creación y, por tanto, al hombre completo directamente con el Espíritu de Dios, o si no es mejor separar «carne» y «espíritu», y no sólo de tal manera que se diferencie, en el sentido veterotestamentario, la «carne» como lo pasajero en comparación a Dios y su espíritu, sino de forma que se contraponga precisamente ahí lo terreno-malo a lo divino-bueno.

Pero también aquí puede rastrearse la resistencia del judío influido como está por el antiguo testamento. Sin duda se habla ahora del «espíritu» que Dios ha regalado al hombre como su parte más sublime. Aquí ocurre de un modo muy distinto que en el antiguo testamento, donde el hombre siempre es considerado como un todo, aunque bajo diversos puntos de vista. Si se le designaba como el viviente por la palabra «espíritu» o como el caduco por la palabra «carne», nunca se significaba sólo su cerebro, a diferencia de sus músculos, o únicamente su alma, a diferencia de sus huesos. Esto se transforma bajo el influjo griego. Pero ahí también se mantiene firmemente que este espíritu, allí precisamente donde conduce efectivamente a la sabiduría, debe añadirse a lo puramente biológico-natural como un regalo especial de Dios.

Esto es especialmente importante, si se reflexiona acerca *del destino individual del hombre después de la muerte*. Ciertamente se halla ampliamente extendida la idea de que, en la muerte, el espíritu se esfuma, se separa del cadáver, y de que sigue existiendo en el aire o en mundo de ultratumba o en unas moradas celestiales; pero sigue siendo decisiva la idea de que esto no puede ser

toda la plenitud, sino que sólo Dios puede otorgarla y, ciertamente, de tal manera que volverá de nuevo al cuerpo naturalmente en una forma más gloriosa. Estos son, más o menos, los conocimientos y las cuestiones que Jesús encontró mientras actuaba en Palestina. Pero de esto debemos hablar, entre otras cosas, de un modo más particular en los siguientes capítulos.

## IV

### El Espíritu santo en el nuevo testamento

## EL ESPIRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

### 1. *El Espíritu santo como el extraño*

#### *Jesús*

#### Las fuentes

También la comunidad neotestamentaria experimentó la acción del Espíritu mucho antes de haber reflexionado sobre ello y de haber intentado expresar en palabras cómo habría que describir esa acción. También ella aprendió a ver una tras otra todas las dimensiones del Espíritu santo, sin ser capaz de descubrir desde el principio esas mismas dimensiones. Si se pretende conocer a un hombre, se debe ver toda su vida en su conjunto, las cosas pequeñas y las grandes, los errores y los momentos lúcidos, los fracasos y los éxitos. No basta contentarse con un par de datos escuetos y con los «resultados», las realizaciones que él ha llevado a cabo. De la misma manera hay que seguir paso a paso los descubrimientos de la comunidad neotestamentaria y dirigir la mirada a todo lo que experimentó sobre el Espíritu santo.

Los evangelios fueron escritos de 30 a 70 años después de la muerte de Jesús. Ya en una primera lectura causa extrañeza la gran diferencia que existe entre los tres primeros evangelios y el cuarto. En ellos leemos principalmente dichos de Jesús o conversaciones cortas, donde se advierte cómo, por ejemplo, Mateo alarga y conecta discursos de pasajes que en Marcos y Lucas son cortos y separados; en cambio, *en Juan* encontramos largos discursos, que no tratan ya del reino de Dios sino casi exclusivamente de la persona de Jesús. Allí Jesús habla en unas comparaciones o parábolas, relativamente breves, del reino de Dios; aquí, en todas las expresiones figuradas, habla de sí mismo y realmente de tal manera que él no se compara con esto o con aquello, sino que declara: «Yo soy la verdadera vida, el buen pastor, el verdadero pan de vida». Se excluye que Jesús hubiera hablado de ambas maneras y que, por lo demás, unos evangelistas hubieran conservado aquéllas y el otro evangelista, las otras. Si nos preguntamos cómo habló realmente Jesús, debemos atenernos a *los tres primeros evangelios*, e incluso allí reflexionar hasta qué punto completaron, en su lenguaje y tal vez también en las observaciones aclaratorias que ellos hacían, lo que dijo Jesús. Que esto ocurriera es normal y comprensible. Si nosotros hacemos un relato de una conversación o de un sermón, actuamos también de esa manera. Sólo podemos narrar una expe-

riencia tal como la hemos vivido nosotros mismos y haciéndolo así muchas veces destacamos algo que carece de importancia mientras que pasamos por alto algo que la tiene. Esto no quiere decir que Juan, en la versión totalmente distinta que da, sea menos verdadero. En algunos puntos él entendió mucho mejor que los otros evangelistas lo que Jesús pretendía efectivamente decir o expresar en su actuación. Esto lo redacta él en su propio lenguaje y en el lenguaje de su tiempo. También refleja él algo de lo que Jesús significa, desde su resurrección, para la comunidad y de qué forma actuó él con ella. Marcos ofrece probablemente la base escriturística más antigua. Mateo y Lucas, junto a él, utilizaron en común otras tradiciones.

#### Dios más allá de nuestro control: el Mesías

La primera comprobación que hacemos causa extrañeza: *Jesús apenas habló del Espíritu*. Y, sin embargo, esta comprobación apenas tiene por qué extrañar; pues Jesús nunca expuso una doctrina propia acerca de Dios, sino que habló de él casi siempre en parábolas. Asimismo en vano buscamos nosotros una doctrina particular o propia sobre Cristo. El sin duda nunca se denominó a sí mismo Cristo (Mesías), Hijo de Dios o siervo de Dios: y, sin embargo, él, en toda su predicación y sobre todo especialmente en toda su conducta, de ninguna otra cosa dio testimonio sino de Dios. Ciertamente actuó de una manera que está muy por encima de lo que se esperaba del Mesías, del Hijo de Dios o del siervo de Dios. El cura enfermos, llama a hombres a que le sigan y les explica que la salvación temporal y eterna depende de que le oigan o no (Mc 1,16-34). El perdona pecados, frecuentemente sin decir una palabra, por ejemplo, cuando llama a los publicanos a su mesa (2,1-17). Nunca utiliza la fórmula de mensaje de los profetas: «así dice el Señor» u «oráculo del Señor», ni siquiera la de los teólogos «así está escrito». Su fórmula es: «pero yo os digo» y, con ello, incluso se sitúa frente al mandamiento de Dios (Mt 5,21-48). Frecuentemente explica, en su actuación y en su predicación, que el reino de Dios está ya aquí y que él es algo así como «el dedo de Dios» (Lc 11,20; 17,20-21). El se atreve a invocar, cosa a la que ningún judío se atrevió, a Dios como «*abba*, padre» (Mc 14,

36), y habla siempre o bien de «mi Padre» o de «vuestro Padre»; sabe, por consiguiente, que él se halla respecto a Dios en una relación de filiación, la cual es distinta de la de los demás hombres. Por eso, puede hablar también de «Padre» e «Hijo» (Mc 13,32; Mt 11,27). Esto, por supuesto, no es exactamente lo mismo, como cuando habla simplemente del Hijo de Dios. El que habla como Jesús destaca más bien la sumisión del «Hijo» al «Padre», mientras que el que habla del «Hijo de Dios», subraya que no se trata de un hijo de padres humanos, sino más bien del Hijo de Dios. Sin embargo, ahí naturalmente se halla incluida la particularísima unión de Jesús con su Padre. Y, finalmente, Jesús sufre una soledad y un abandono como nadie hubiera esperado del Siervo de Yahvé; y no lo hizo como un héroe de fe, admirado por sus seguidores, y tampoco en una vinculación interior con Dios, que le asegurara contra dolores y angustias, sino de tal forma que tuvo que morir dando un fuerte grito.

Así, pues, Jesús *vive* como Mesías, como Hijo de Dios y siervo de Dios y sabe totalmente por qué. Pero él no aporta ninguna doctrina acerca de esto. Apunta a ello más bien por el conjunto de su conducta y por la pretensión de su predicación que expresándose de un modo directo sobre ello.<sup>1</sup>

#### Dios más allá de nuestro control: el Espíritu

Lo mismo vale para el Espíritu. Si con el Espíritu santo se quiere decir que Dios se hace presente y operante en la tierra, entonces *toda la actuación de Jesús* no es otra cosa que la *vida del Espíritu de Dios*. Pero el hecho de que Jesús no hable *del* Espíritu, sino que actúe y hable *en el* Espíritu, apunta a algo decisivo: en la acción del Espíritu, Dios se nos hace el encontradizo como el extraño, el totalmente inesperado, y al que no se puede catalogar demasiado precipitadamente en una doctrina inteligible. La aparición de Jesús fue en aquellos tiempos mucho más chocante de lo que nos podemos imaginar. El hecho de que él comience su ministerio con una estancia de cuarenta días en el desierto nos hace

1. He intentado presentar esto ampliamente en mi libro *Jesus Christus im vielfältigen Zeugnis des Neuen Testaments*, Gütersloh 1976, 18-38.

recordar a ciertos profetas misioneros de Ghana, los cuales, en una especie de borrachera, corren a la selva para permanecer allí ausentes durante semanas<sup>2</sup>. Luego, toma a los hombres sencillamente de sus familias y de su profesión y les habla incluso de su propia madre como si nada le importara. Vive de la buena voluntad de la gente y a sus discípulos, que antes habían trabajado como obreros concienzudos y que habían ganado la vida como empleados para sus familias, los envía sin provisiones, sin dinero y sin manto a su servicio. Entabla relaciones con posesos y quebranta el sábado. No entra a formar parte del grupo de los celotas, quienes apelando a las actuaciones veterotestamentarias del Espíritu de Dios y con un encendido fervor de fe se atreven a entablar una lucha utópica contra los romanos, ni con los saduceos que aconsejan la mayor prudencia política, ni con los fariseos que sólo se interesan por la piedad del individuo y que prefieren dejar que la política siga su curso. El estalla repentinamente en gritos de júbilo y hace referencia a revelaciones de Dios, que se contraponen a lo que se decía en la Escritura. El trata con personas que desde hacía años no habían acudido a ningún servicio religioso e invita a las prostitutas a su mesa.

Pero todavía más importante es cómo habla de Dios. El narra *parábolas*. Una parábola sólo puede entenderse si uno se deja mover por ella. La parábola puede decir hoy una cosa y mañana otra. Una parábola no se posee para siempre. Naturalmente, uno la puede aprender de memoria y, en este sentido, se la puede «poseer»; pero lo que significa en esta o en aquella situación, nunca lo sabemos de antemano. Si Jesús habla de Dios en parábolas, lo hace así porque sabe que Dios es un Dios vivo que siempre nos habla de una forma nueva y que nunca le tenemos a nuestra disposición. También se puede decir: Dios está presente en el mundo del hombre como Espíritu santo, pero nunca fijo, siempre lo está de un modo sorprendente y extraño, siempre para movernos con nueva fuerza y eficacia para lograr su fin. Cuando Jesús no habla en parábolas, lo hace, por lo general, para llamarnos a la acción. Pero tampoco hay ningún sistema preparado que se pueda simplemente adoptar para saber para siempre cómo se puede obedecer

a Dios y actuar rectamente. Pues a uno que pretende dar sepultura a su padre, se le dice que debe acompañar a Jesús inmediatamente (Lc 9,59-62); otro que desea seguirle, es enviado a casa (Mc 5,19); a uno se le exige que debe dar todos sus bienes (Mc 10,21); y Jesús visita a otros sin esperar que renuncien a su casa y a sus posesiones (Lc 10,38; Mc 2,15). También aquí hay ciertamente indicadores del camino con los cuales Jesús muestra la dirección que hay que tomar, en la que debemos ir, y existen asimismo impedimentos que pretenden salvaguardarnos para que no caigamos en el error. Pero no existen reglas que valgan siempre y en todas partes y que determinen todas las particularidades, sino que está sólo el Dios vivo, que siempre nos exige cosas nuevas, y que exige lo que hay que hacer en cada momento.

Así, pues, no se puede tener a Dios «en y para sí», sino sólo en la medida en que él se hace realidad en nosotros, que nos mueve y nos determina, que nos alegra y nos hace libres, y que nos impulsa a hablar y a actuar. ¿Es esto algo distinto de lo que el antiguo testamento describió como el Espíritu de Dios? Pero que Dios viene sobre nosotros como un extraño y que no se encuentra simplemente en las más altas cumbres del pensamiento humano o en las profundidades más hondas de las vivencias anímico-humanas, esto no se muestra en Jesús en cosas raras: en que uno cae desnudo al suelo o puede matar a mil filisteos. Se muestra en que nunca está Dios de una manera definitiva a nuestra disposición. El determina con plena libertad nuestra vida y, sin embargo, permanece fiel a sí mismo y no emerge como una luz errática ahora aquí ahora allí. Esto significa que Dios viene a nosotros como el Espíritu santo. Lo que caracteriza a Jesús, es, según esto, algo muy simple y sencillo: *él cuenta efectivamente con Dios* y, según eso, espera, en su predicación de parábolas, así como en toda su actuación, en su pasión y en su muerte, que este Dios vivo y actuante se muestre a sí mismo y empiece él mismo a actuar y a hablar. Es evidente que la mejor manera de enseñar algo sobre el Espíritu santo es no hablar mucho sobre él y contar con él y dejar que aflore en la vida.<sup>3</sup>

2. Taylor, 105.

3. El no pretende «ser visto, sino ser en nosotros el ojo de la gracia que ve» (H. U. von Balthasar, en Mühlen, 514).

### Las afirmaciones de la comunidad acerca de Jesús

#### Jesús como el portador del Espíritu

La extrañeza y la naturaleza incontrolable de Dios se expresa primeramente por el hecho de que los primeros evangelios apenas se atreven a hablar de la presencia del Espíritu de Dios en los discípulos. *En Jesús*, pero sólo en él, penetró Dios en sus vidas. Jesús es, por consiguiente, el portador del Espíritu de Dios. Esto corresponde totalmente al pensamiento veterotestamentario, donde ciertamente el Espíritu —en cuanto que es más que la fuerza vital ordinaria— sólo vive en hombres especialmente elegidos como los profetas y, sólo al final de los tiempos, será derramado sobre todos. Las palabras tan duras acerca del pecado contra el Espíritu santo las refiere Marcos (3,30) a aquellos que no quieren reconocer la actuación del Espíritu en los milagros de Jesús. Ahora no podemos reflexionar aquí detenidamente sobre estas palabras; únicamente hay que decir que sin duda no se dirigen contra hombres que sienten angustia de haber incurrido en este pecado, sino contra aquellos que, muy convencidos de su misión, luchan contra Dios, con plena conciencia de lo que hacen. Así, pues, la grave amenaza de juicio se refiere únicamente a figuras que, como el Anticristo, pretenden ser el mismo Dios. Ya hablamos anteriormente del dicho de Jesús: «Pero si expulsó a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11,20). Mt 12,28 sustituye la expresión el «dedo de Dios» por el «Espíritu santo», puesto que él ve, en la expulsión de los demonios por parte de Jesús, la acción del Espíritu de Dios (cf. asimismo 12,18).

Si los tres primeros evangelios hablan frecuentemente de «*espíritus impuros o inmundos, malos o demoníacos*» (en otras partes, sólo en Ap 16,13-14; 18,2 y Hech), ahí tratan de mostrar el inquietante poder contra el que lucha el Espíritu de Dios en Jesús y sobre el que él se muestra como Señor. De dónde sacan esos espíritus su fuerza, sobre eso no se reflexiona. Al mal no se le explica; simplemente se le vence. La concepción corresponde ahí ampliamente a lo que se creía generalmente en el judaísmo de entonces. Que el Espíritu conduce a Jesús al desierto para luchar con el tentador (literalmente lo arroja al desierto), nos recuerda

algo de las experiencias proféticas (Mc 1,12). Lucas destaca con más fuerza en este pasaje que Jesús es el Señor del Espíritu: «Jesús, lleno del Espíritu santo, se volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto» (4,1). De un modo semejante se dice en 4,14 que, «impulsado por el Espíritu», se volvió a Galilea.

Pero sobre todo es sólo Lc 4,18 el que nos presenta el texto de la primera predicación programática de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Is 61,1) y en 10,21, nos habla de que Jesús se llenó de gozo «en el Espíritu». Todos estos pasajes tratan de Jesús. *En él* se han hecho de nuevo vivas las experiencias veterotestamentarias de los profetas; *en él* se hizo realidad el Espíritu de Dios. Pero con mayor vigor que en ninguna parte se expresa esto en el relato del bautismo de Jesús. Mc 1,10-11 refiere que Jesús vio cómo se le abría el cielo, cómo bajaba el Espíritu sobre él y cómo se escuchó la voz de Dios que decía de él: «Tú eres mi Hijo muy amado...». Marcos narra esto como si hubiera sido una visión de Jesús. Los evangelistas posteriores hablan de ello de un modo más objetivo y dicen simplemente que los cielos se abrieron y que descendió el Espíritu. Asimismo las palabras de Dios se expresan en tercera persona, y no se entienden como unas palabras que se dirigen a Jesús: «Este es mi Hijo muy amado». Pero ya hubiera sido sólo Jesús, ya también los otros los que vieron y oyeron, es indudable que los tres evangelistas tratan de afirmar con eso que, en toda la vida futura de Jesús, se había de manifestar el mismo Espíritu de Dios que había descendido sobre él.

#### Jesús como juez y el que bautiza en el Espíritu

Por eso Juan diferencia claramente a Jesús de Juan el Bautista. Este bautiza en agua, pero Jesús «en Espíritu santo y con fuego» (Mt 3,11). El fuego es señal del juicio, que devora todo lo que no puede hallarse ante Dios. Recordemos que «espíritu» y «viento de tormenta» son en el antiguo testamento una sola y única palabra y que Israel vio frecuentemente al Espíritu de Dios en el soplo del viento del desierto. Dios realiza el juicio «en tormenta y fuego»: «Jerusalén será visitada por parte de Yahvé con huracán, tempestad y llama de fuego devorador» (Is 29,6). «He aquí el nombre de Yahvé, que viene de lejos... Arde su cólera y es pesado

el humo que sube... su lengua es como fuego devorador. Su aliento (su espíritu) es como torrente desbordado» (30,27-28). Cuando «la mano del Señor» viene sobre Ezequiel (1,4), ve que «venía del septentrión un viento impetuoso, una nube densa y en torno a la cual resplandecía un remolino de fuego». Un escrito judío de finales del siglo I después de Cristo se imaginó al Hijo del hombre como aquél de cuya boca sale un chorro de fuego y un torbellino de llamas (4 Esdras 13,10.27). Y los sabios judíos describen el juicio, basándose en Mal 3,19 e Is 41,16, como «fuego y torbellino» (Bill. IV, 853). En esos pasajes se utiliza la misma imagen que en Mt 3,12: Cuando el trigo es aventado después de la trilla, un viento tormentoso arroja toda la paja. Y así las palabras del Bautista se aplican *al juez mesiánico*, el cual vendrá con tormenta y fuego; pero la comunidad entendió que nada había más saludable que ese juicio, que habría de venir sobre ella en Jesús. Por eso aprendió a entenderlo como el Espíritu salvador y santificador de Dios. Así, pues, donde el hombre entiende que su vida depende de Dios y que no puede arreglárselas solo consigo mismo, entonces allí ha llegado Jesús con su palabra y, con ella, algo del Espíritu santo de Dios.

### El nacimiento virginal

Esta particular plenitud (o estar lleno) de Jesús con el Espíritu santo se advierte de una manera más clara en el relato del nacimiento virginal. Lucas refiere también (1,15-17) que ya Juan el Bautista se vio lleno del Espíritu santo desde el vientre de su madre, para que él pudiera actuar «con el Espíritu y la fuerza de Elías»; pero esto se supera ampliamente con la afirmación de que Jesús incluso fue concebido por obra del Espíritu santo (1,35). De una manera totalmente similar, encontramos lo que dice Mt 1,18. Lucas, por ello, puede decir del Bautista que «su espíritu se fortalecía» (1,80), pero no de Jesús, si bien la frase (2,40) suena, por otra parte, casi igual.

Ahora bien, a nosotros nos resulta difícil en este relato el creer esto. Pero ¿qué significa propiamente «creer esto»? Que nosotros consideremos como verdadero que lo biológico se ha desarrollado exactamente así o no lo consideramos, no es ciertamente lo deci-

sivo; pues entonces se creía de muchos hombres famosos, por ejemplo, de Platón o de Alejandro Magno, que habían sido engendrados sin la intervención de un padre humano. Aproximadamente cuarenta o cincuenta años más tarde, relata asimismo un escritor pagano que los egipcios no consideraban como algo increíble que el Espíritu de Dios se hubiera aproximado a una mujer y que pudiera engendrar en ella la vida; y que así habría sido engendrado, por ejemplo, el héroe Hércules o Herakles (Plutarco, *Numa*, 4, 4 ss). El nacimiento virginal, según la concepción de entonces, era ciertamente algo extraordinario, pero no algo único, y Jesús, con ello, era descrito como un gran hombre y todavía no como el Hijo propio de Dios. Por tanto, esto no era la novedad, lo que exigía la fe, a saber, que se considerara como posible el nacimiento de una virgen. Sería importante la cuestión sobre el proceso biológico sólo si se considera la carne, de un modo totalmente opuesto a la Biblia, en el sentido del cuerpo y de su sexualidad, como algo malo. Si se piensa así, entonces hay que acabar, consecuentemente, en la doctrina sobre la concepción inmaculada de María, y por tanto, admitir que María ya fue concebida sin ningún tipo de pecado, aunque sus padres llegaran al acto sexual. Pero si, con la Biblia, se llega al convencimiento de que Dios es *el Creador del cuerpo y del alma*, es decir, es creador del cuerpo y del «espíritu» (humano), entonces su acción creadora abarca ambas cosas. Así, pues, éste es el sentido propio del relato del nacimiento virginal, pero también tal vez el de la doctrina católica actual sobre la concepción inmaculada de María: que la acción creadora libre de Dios, que ya apareció siempre en la historia de Israel (por tanto, en los padres de Jesús), *en el nacimiento de Jesús llegó a una plenitud decisiva*. Biológicamente, esto puede realizarse exactamente en la unión corporal de dos seres humanos (como hay que admitirlo en el caso de los padres de María) lo mismo que sin tal unión. Como quiera que sea, el nacimiento virginal no desempeña un papel importante en el nuevo testamento. No aparece en ninguna de las diversas fórmulas de fe, y, en fin de cuentas, en ninguna parte fuera de los dos mencionados pasajes, ni tampoco en los restantes capítulos de los evangelios de Mateo o de Lucas, ni siquiera en el relato propiamente dicho del nacimiento. Pablo y Juan no sabían nada de esto. Pablo menciona solamente a Jesús como «nacido de mujer» (Gál 4,4), de la misma manera que había desig-

nado a los demás hombres. Juan no describe a Jesús sino a los creyentes como nacidos «no de la sangre ni de voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios» (1,13) y tampoco corrige a los judíos que hablan de «su padre y de su madre» (6,42). Así, pues, el relato es una señal, en sí ambigua, de que sobre el nacimiento de Jesús interviene la acción creativa directa de Dios como sobre ningún otro hombre.

Así, pues, el Espíritu santo no tiene nada que ver aquí con una unión sexual que habría que representarse entre Dios y un ser humano. El es el Espíritu del poder creador de Dios, como ya se le nombra en Gén 1,2 y, por tanto, se halla ahora también en el comienzo de la nueva creación. Así, pues, para Mateo es mucho más importante la imposición del nombre: «y él liberará a su pueblo de sus pecados» y es «Dios con nosotros» (1,21-23); para Lucas, la unión plena de Jesús con Dios, la cual supera con mucho a la unión del Bautista con Dios, es lo decisivo<sup>4</sup>. No el nacimiento virginal sino este nombre suyo y su absoluta superioridad sobre el Bautista, demuestran su particularidad y su singularidad. Aunque aquí se hace más hincapié que en el bautismo que Jesús es el Hijo de Dios desde el principio, lo que sigue siendo esencial es que Dios, en su actuación libre e imprevisible, hace que Jesús sea el nacido que, determinado plenamente por el Espíritu, llevará a cabo la presencia salvadora de Dios. Con la afirmación de la actuación del Espíritu en este nacimiento se describe el misterio de Jesús, aunque no explicado o hecho inteligible, por medio de un milagro (según la concepción de entonces, no algo específico y único).

### El Espíritu como fuerza de la resurrección de Jesús

Este conocimiento llevó finalmente a que, después de la pasqua, también la *resurrección de Jesús se considerara como obra del Espíritu creador de Dios*. En Rom 1,3-4, cita Pablo una vieja pro-

4. Cf. los lugares paralelos: Lc 1,5/27 (el ángel Gabriel); 1,11/26 (el nombre y el origen de su esposo); 1,12-13/28-29 (temor y promesa); 1,15/32 («será grande»); 1,15-17/32-35 (espíritu y fuerza); 1,18-20/34-37 (objeción y señal); 1,21-22/38 (enmudecimiento y afirmación).

fesión de fe de la comunidad que afirma de Jesús que «nació de la descendencia de David según la carne, constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos». Esto se concibe todavía de un modo totalmente veterotestamentario. Mientras que a nosotros siempre se nos pregunta en la escuela: «¿Qué es esto? ¿Qué tipo de planta, qué clase de piedra, qué forma del verbo...», al niño israelita del antiguo testamento se le preguntaba siempre esto: «¿Qué es lo que sucedió?», puesto que a él se le contaban las historias de la actuación de Dios respecto a su pueblo. Por eso, el israelita de aquellos tiempos no pensaba de un modo abstracto, como nosotros, si uno es en sí o por sí rey o Hijo de Dios. A él le interesaba si la persona funcionaba como tal, así, por ejemplo, si él como Hijo de Dios podía reinar en lugar de Dios. Por eso en el salmo 2,7, Dios podía decir al rey en su entronización: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy», ya que en ese día empezaba a reinar en lugar de Dios. Asimismo la comunidad neotestamentaria no preguntaba en primer lugar si Jesús es en sí y de por sí el Hijo de Dios, sino si él, como Hijo de Dios, reinaba sobre ellos, si le consideraba como Hijo de Dios. En este sentido, ella, en la exaltación de Jesús después de su resurrección, vio el comienzo de su reinado celestial sobre ella y entendió esto como una acción del Espíritu de Dios, mientras que otros identificaron su bautismo o su nacimiento con el comienzo de su actuación como Hijo de Dios<sup>5</sup>. De un modo semejante, dice un antiguo cántico: «se ha manifestado en la carne, ha sido justificado por el Espíritu» (el cual le resucitó y con ello le hizo participar en el reino de Dios: 1 Tim 3,16), o la fórmula de 1 Pe 3,18: «murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu». También Pablo habla de que el Espíritu del que resucitó a Jesús de los muertos «vive en los creyentes».

### El significado de estos pasajes

Todos estos pasajes, excepto los últimamente citados, no pretenden afirmar propiamente algo sobre el Espíritu, sino más bien sobre Jesús. Tompoco pretenden explicar propiamente cómo Jesús

5. Cf. Mühlen, 519.

podía hacer esto o aquello. Las afirmaciones sobre el Espíritu, por el contrario, tratan de subrayar lo inexplicable en la actuación de Jesús. Que el Espíritu de Dios actúa en él, esto eleva a Jesús sobre todo lo humano y sobre todo lo que puede explicarse humanamente. Esto explica hasta qué punto la comunidad se admira ante el milagro de la renovada actuación de la presencia de Dios. Así, ella experimenta la realidad y efectividad de Dios, en primer término y como oposición contra todo lo malo del mundo de los hombres: el Espíritu de Dios lleva a Jesús a la lucha contra el tentador en el desierto, él arroja el «mal espíritu» y cura al poseso; en él llega la tormenta del juicio sobre todo lo que se opone al reino de Dios que viene, y proporciona la salvación y la salud a aquel que acepta aquel juicio. En este sentido, el Espíritu de Dios se halla sobre toda la vida de Jesús y le muestra, ya en su bautismo, como el Hijo querido, y, solamente en conexión con él, experimenta también el hombre algo de esta realidad de Dios, que se hace viva en el Espíritu.

Esta particularísima compenetración de Jesús con el Espíritu de Dios quedó patente en el relato del nacimiento virginal, y Lucas la destacó más por el hecho de que él, debido a la participación de Jesús en los dones del Espíritu, lo sitúa con toda claridad por encima del Bautista. Por eso habla de que Jesús actuó «en el Espíritu» de esta o de la otra manera, y no afirma, como los evangelistas anteriores a él, que el Espíritu lo «impulsó». De una manera bien consciente, trata él de señalar la acción de Jesús y de distinguirlo, como el particular portador del Espíritu, de los profetas veterotestamentarios y contemporáneos, los cuales podrían parecer casi como una pelota de juego de un poder inexplicable. El Espíritu no es precisamente un poder sobrenatural, que hubiera eliminado más o menos cualquier iniciativa de Jesús. El mismo Jesús, toda su conducta y su predicación, es presencia de Dios. En él inicia Dios la época salvadora; en él se ha visto la presencia de Dios que lleva a cabo todas las esperanzas y expectativas proféticas. Esto es la vida del Espíritu santo. Por eso, Lucas entiende también la acción del Espíritu en Jesús sobre todo como la fuerza de su predicación del evangelio (4,18.14-15), que se continúa en sus discípulos (12,12). En este sentido, Lucas va más allá que sus predecesores. Con sus afirmaciones sobre el Espíritu, no sólo pretende decir que Jesús es algo especial y singular, uno que sobre-

puja ciertamente a todos los antiguos profetas, sino que habría experimentado de una manera semejante a ellos la acción del Espíritu de Dios. El pretende afirmar, además, que en él se ha inaugurado aquella época esperada por los profetas. Es aquél en el que se hizo realidad presente lo que habían contemplado los profetas. Así se vislumbra el esfuerzo de los evangelistas por expresar el misterio de Jesús. Ya antes que ellos, la comunidad atribuyó todo lo que distinguía a Jesús de todos los hombres, incluso de los grandes profetas, a la actuación del Espíritu de Dios: su resurrección de entre los muertos le hizo Señor de la comunidad. Desde entonces reina y domina sobre ella. Pero de eso debemos hablar ahora.

#### *El Espíritu «extraño» en la vida de la comunidad*

##### Los tres primeros evangelios

Si para los evangelistas fueron tan importantes las palabras del Bautista sobre el juez que había de venir (Mt 3,10-12), que ellos las pusieron como epígrafe o cabecera al comienzo de la vida pública de Jesús, esto demuestra cuán fuertemente habían experimentado el soplido del Espíritu de Dios como una lucha contra todo lo que se le oponía y asimismo como ayuda contra las propias tentaciones y posibilidades. De ello hablan otras dos frases que nos transmitieron. Marcos 13,11 (cf. Lc 12,11-12) promete a los discípulos que estará a su lado y que, cuando sean llevados ante los tribunales a causa de su fe, el Espíritu santo les dirá lo que deben decir, sin que tengan que prepararse para ello antes. Esto corresponde a la concepción veterotestamentaria. Por una parte, el Espíritu sólo se da como excepción en situaciones especialmente problemáticas y, por otra parte, su acción se entiende como una especie de don profético. Lucas repite las mismas palabras en un lugar similar al de Marcos 13,11, de manera que Jesús (resucitado) proporcionará a los discípulos las palabras adecuadas (21,14-15). Lucas destaca que el Espíritu no es otro que el Espíritu de Jesús. Asimismo en Marcos 14,38, el Espíritu es como la ayuda en la batalla contra un mundo hostil a Dios; pero este mundo vive incluso en el mismo creyente como tentación, y, por ello,

la ayuda del Espíritu no se da solamente en casos extraordinarios, como algo necesario en un proceso judicial, sino de una manera permanente: «Vigilad y orad; porque el espíritu está pronto pero la carne es débil». Sólo se pueden entender estas palabras si se tiene en cuenta que se refieren al salmo 51,14 donde el espíritu pronto no es otra cosa que el «Espíritu santo otorgado por Dios» (v. 13). Aquí, por tanto, entronca el nuevo testamento con el antiguo: precisamente para la lucha contra la tentación, es decir, para este tiempo terreno, se promete a los discípulos de Jesús el Espíritu y no sólo en momentos raros, sino de un modo fundamental y permanente.

#### Los Hechos de los apóstoles: acciones milagrosas

Los milagros son importantes para Lucas. El puede incluso referirnos curaciones llevadas a cabo por la sombra de Pedro o por el pañuelo de Pablo (Hech 5,15-16; 19,12). Esto suena como si se justificara la más burda superstición. Pero es extraño que Lucas hable siempre en estos casos de la «fuerza» de Dios. Ahora bien, la «fuerza» y el «Espíritu» se hallan relacionados íntimamente. El Espíritu es evidentemente la «fuerza de lo alto» (Lc 24,49; cf. asimismo 1,17.35; 4,14). Y, sin embargo, Lucas establece una diferencia entre ambas expresiones de un modo consecuente. En los milagros, habla él siempre de la «fuerza» y no del «Espíritu». A todas luces, no pretende asociar de una manera totalmente directa la acción del Espíritu santo con los milagros. Por ello, no ve el pecado contra el Espíritu santo, como lo hace Marcos, en el hecho de que se rechace la expulsión de los demonios por parte de Jesús, sino en que no se esté dispuesto a dar testimonio de Jesús (12,10-12). También en las palabras de Jesús acerca de la expulsión de los demonios, se halla en él la expresión veterotestamentaria del «dedo de Dios», mientras que Mateo habla del Espíritu santo (11,20). Probablemente Lucas se siente incómodo en cierta medida cuando se asocian de una manera tan estrecha milagros y Espíritu santo. Ciertamente que el Espíritu actúa incluso en lo corporal; pero no se le puede comprender fácilmente y no se puede ver cualquier acción maravillosa como obra del Espíritu de Dios. *Por eso el Espíritu se ha de experimentar ante todo*

*donde él se expresa en la palabra*, que apunta claramente a Cristo. Las curaciones milagrosas o cosas semejantes pueden referirse asimismo a otras fuerzas, que incluso pueden dirigirse contra Dios (10,19). Por eso también en los milagros debe pronunciarse expresamente el nombre de Jesucristo (Hech 4,30; 9,34; 16,18; 19,13).

Hoy, tal vez, deberíamos decir que hay, sin duda, fuerzas desconocidas que Dios ha otorgado a los hombres, ya se piense en la sugestión, en la acupuntura o en los conocimientos de los brujos o hechiceros africanos que practican la medicina. Tales fuerzas se hallan arrumbadas hoy entre los hombres modernos. Ellas no son sobrenaturales, sino dones de la creación de Dios y, en este sentido, se puede admitir que son realizaciones de su Espíritu. Pero la cuestión es cómo entiende el hombre estas fuerzas. ¿Son realmente dones del Espíritu de Dios? Quizás quien ejerce estos poderes no piensa en ello en absoluto o quizá busca deliberadamente usarlos en contra de Dios. Ocurre, por tanto, algo parecido a lo que sucede con las demás fuerzas que se hallan a disposición del hombre, como, por ejemplo, su inteligencia o sus disposiciones artísticas. Lo que originariamente es un don de Dios puede ser utilizado por el hombre, sin que él piense nada en aquél que le ha concedido eso, o puede utilizar mal esas fuerzas de modo que obtenga por ellas lo contrario de lo que Dios quería lograr. De un modo un tanto agudo e ingenioso, se podría decir que propiamente *sólo existe un único milagro del Espíritu santo*: a saber, que Dios nos habla, que *su palabra penetra en nosotros como palabra de amor* de una manera normal o de un modo totalmente desacostumbrado. Por eso, Lucas sólo habla del Espíritu santo cuando ocurre este milagro, si bien él sabe naturalmente que también una curación de una enfermedad o una profecía de cosas futuras, por las cuales Dios trata de hablarnos, se dan por la fuerza de Dios o por el Espíritu de Dios. Así muestra que se puede hablar propiamente de la acción del Espíritu no sólo donde se ha curado una afección corporal, sino donde un hombre ha sido conducido por las palabras de la predicación al mismo Jesús. Esto lo destacó ya Lucas en el relato de los diez leprosos. Lo que normalmente se dice a cualquiera que ha sido curado, se dice únicamente a uno que retorna para dar las gracias a Dios: «Tu fe te ha curado» (Lc 17,19).

## Los Hechos de los apóstoles: la glosolalia y la profecía

Como decía la gente acerca del profeta: «presa de delirio es el hombre del Espíritu» o también «está loco el hombre del espíritu» (Os 9,7), así dice de los discípulos de Jesús en el día de pentecostés: «Están cargados de mosto» (Hech 2,13). Así pareció a todas luces lo que ocurrió en *pentecostés*. Ya es extraño el barullo y ruido con que todo comienza: un ruido como de viento impetuoso, las llamas de fuego como de relámpagos (v. 2-3). Todavía más extraño es lo que ocurre después. Todos empiezan a hablar. Se da luego una tosca comunicación mutua en la que normalmente no se hubiera entendido nada y así la historia se hace todavía más extraña. Una multitud de judíos que hablan lenguas extranjeras entiende lo que dicen los discípulos, y, ciertamente, cada uno en su propio idioma (v. 8). No sabemos exactamente qué es lo que ocurrió. ¿Estaban allí solamente los once apóstoles (sin Judas) o las ciento veinte personas fieles a Jesús? (1,15). ¿Qué «casa» era aquella en la que muchos miles (v. 41) podían escuchar un discurso? ¿Qué decir de los diversos idiomas o lenguas? Medos y elamitas (v. 9) no existían en aquellos tiempos ya. ¿Y cómo se hallan representadas esas lenguas, puesto que se trata solamente de «judíos que viven en Jerusalén» (v. 5)? Todos ellos sin duda que hablarían arameo o cuando menos griego, y si anteriormente habían ido alguna vez a algún país extranjero, apenas habrían aprendido sus dialectos, sino más bien los idiomas que se hallaban extendidos por todas partes que eran el griego y el latín. ¿Se trataba tal vez de algunos visitantes ocasionales que habían venido a celebrar la fiesta, y Lucas escribe así porque la fiesta de pentecostés se llama ya en la Biblia griega el «día de la comunidad» (Dt 4,10; 9,10; 18,16) y se considera como el día de la promulgación o la entrega de la ley (Jub 1,1; 6,17-19; 15,1)? En efecto, la promulgación de la ley en el Sinaí se representó entonces de manera que la voz de Dios se dirigió a la llama y como un «espíritu» atravesó la trompeta de forma que su sonido alcanzó hasta los confines de la tierra (Filón, *Diez mandamientos*, 33, *Leyes especiales* II, 189). O tal vez quiso Lucas decir que Dios actuó en pentecostés como lo hizo en el Sinaí, cuando dio la ley a Israel. Si mientras escribía, él tenía presente ante los ojos esta historia, eso podría explicar ciertos detalles. ¿O hay que pensar que la división que

tuvo lugar después de la torre de Babel (Gén 11,9), se eliminó aquí y que, por ello, es para él tan importante el entenderse de los que hablan lenguas extrañas?

Pero, sobre todo, ¿es para él un milagro de lenguas? ¿Cómo habría que entender esto? ¿Tal vez de forma que cada apóstol habría hablado en un idioma distinto de forma que existiera un milagro adicional para dejarse oír en aquel batiburrillo o caos? ¿O fue, según la opinión de Lucas, más bien un milagro que afectaba a los oyentes? ¿O fue algo de forma que se habló un idioma no terreno, como una «lengua de ángeles» (1 Cor 13,1), la cual, sin embargo, cada uno entendió en su propio idioma? Todo esto queda oscuro. Pero, evidentemente, el narrador no pretende aferrarse a cada una de las particularidades, sino que pretende que nosotros nos convenzamos de que aquí ocurre algo que corrige y restablece de nuevo la *dispersión lingüística de la humanidad que partió de Babel* y que esto supera lo que Dios hizo con Israel en el *Sinaí*. Pero seguramente Lucas describe en esta historia de qué manera tan extraña apareció el Espíritu de Dios en la comunidad. Esto, evidentemente, lo vio históricamente como correcto. La comunidad de Jerusalén debe haber experimentado desde el principio la nueva irrupción del Espíritu, pues todos los profetas dignos de notarse, cuyos nombres conoce Lucas, proceden de Jerusalén (Hech 11,27-28; 15,32; 20,8-11) y asimismo de los que se mencionan en 13,1, por lo menos algunos son de origen palestino. En algunas cosas, éstos se parecen a las figuras del antiguo testamento. Ellos predicen el futuro (cf. 20,23; 21,4), a veces con una acción simbólica que les acompaña. Así, por ejemplo, el profeta se ata las manos y los pies con el cinto de Pablo (21,11). Diferenciándose en esto de Pablo, parece que Lucas considera el profetizar (o vaticinar) como la misma cosa que el «hablar en lenguas» (19,6). Por eso, se inserta la cita de Joel, que habla de profetizar, para la glosolalia de la comunidad de pentecostés (2,17) y probablemente es también Lucas, el que, partiendo del texto del antiguo testamento en el v. 18, habla nuevamente de profetizar.

El don de la glosolalia o el hablar en lenguas tampoco se circunscribe a Jerusalén. Se otorga asimismo a los paganos de Cesarea y a los discípulos de Juan en Efeso (10,47; 11, 15,17; 15,8; 19,6), por supuesto, sin que se hubiera dicho nada de que ellos hablaran en lenguas extrañas o que fueran

entendidos por los que hablan idiomas extraños. Por consiguiente, esto, prescindiendo de que se recuerde a la torre de Babel o al Sinaí, probablemente no era algo importante para Lucas. Esto nos debe poner en guardia para que no demos un valor excesivo al hecho, si es que ocurre hoy en alguna parte.

#### Los Hechos de los apóstoles: bautismo en el Espíritu

Para Lucas, la donación del Espíritu santo significa el cumplimiento de las palabras del Bautista, de que él bautizaba con agua, pero que vendría uno que bautizaría con el Espíritu santo. El mismo Jesús repite esto en Hech 1,5, y Pedro lo recuerda (11,16). Pero ninguno de los dos pasajes dice nada más acerca del bautismo de fuego que el Bautista asoció con él (Lc 3,16). Aunque Lucas habla de llamas de fuego, que aparecieron en pentecostés, él no ve en ellas, según parece, el cumplimiento de las palabras del Bautista; ellas son únicamente un fenómeno asociado que significa que el Espíritu de Dios aparecerá de una manera totalmente extraordinaria. Así, pues, no son las llamas del juicio, de las que, por su parte, habla el Bautista. Por otra parte, Lucas presupone que todos los que llegaron después de pentecostés a la fe, también fueron bautizados con agua. ¿Pero se pueden distinguir el bautismo de agua y el del Espíritu?

Lo que narran los Hechos de los apóstoles no se amolda a ningún esquema. Sobre los apóstoles y sobre aquella pequeña multitud que estaba con ellos viene el Espíritu, sin que se hable de un bautismo de agua antes o después (Hech 2,1-11). Sobre Cornelio y los suyos, a los que Pedro no se atreve a bautizar con agua, viene el Espíritu de Dios de forma que Pedro cede y los bautiza luego con agua. Las gentes de Samaría son bautizadas ciertamente con agua pero, luego, más tarde reciben el Espíritu a través de los apóstoles (8,14-17). Los discípulos de Efeso recibieron el bautismo de agua de Juan, pero deben ser bautizados de nuevo con agua en el nombre de Jesús y reciben el Espíritu santo cuando Pablo les impone las manos (19,2-6). Pablo es bautizado por un miembro ordinario de la comunidad; la imposición de las manos le produce la curación de la ceguera, que le había sobrevenido cuando se le había aparecido el Resucitado. A él cier-

tamente se le promete que recibirá el Espíritu santo, pero sólo se nos narra que se hizo bautizar: sin duda porque en eso se incluía, por supuesto, la donación del Espíritu. Así ocurre, en todo caso, en 2,38, donde Pedro promete a todos, que recibirán el Espíritu santo si se hacen bautizar. Y en cualquier parte que se habla del bautismo (de agua), no se habla, sin embargo, de un bautismo del Espíritu que sea distinto (2,41; 8,38; 16,15.33; 18,8; 22,16). En estos pasajes, no se cuenta otra cosa sino que los candidatos creían y que se sentían muy alegres. Así, pues, el Espíritu sopla donde quiere, y no se le puede prescribir o mandar cómo debe mostrarse. *Por lo regular, el bautismo de agua y el del Espíritu son el mismo hecho o acontecimiento*; cuando una persona viene a ser bautizada con fe, entonces Dios le otorga el Espíritu santo y, con ello, la fuerza para vivir en la fe. Lucas menciona extrañas manifestaciones, como el don de lenguas o glosolalia, sólo cuando Dios trata de dar un paso especial y nuevo con su comunidad; al principio del todo, cuando se trataba de convertir a los discípulos desconcertados en mensajeros del evangelio; en el primer paso hacia los samaritanos semipaganos, cuando era importante que la comunidad de Jerusalén reconociera de una manera expresa esa labor y, con ello, la continuidad de la actuación salvadora de Dios; en la cuestión decisiva para el futuro en la que Pedro se hallaba indeciso de si se debía recibir a los paganos al bautismo, sin que tuvieran que recibir antes la circuncisión; y, finalmente, en el problema de si no bastaba el bautismo de Juan, es decir, una penitencia seria y la conversión a la palabra de Dios, como ocurría en el antiguo testamento. Únicamente en esos pasajes existe mención específica de la donación del Espíritu antes, en o después del bautismo.

Así, pues, no se puede afirmar que un hombre no pertenece efectivamente a Cristo, antes de haber experimentado algún hecho extraño o antes de que se le haya concedido el don de lenguas o glosolalia. Pero, a la inversa, tampoco se puede afirmar que se debe tener como verdadero simplemente que el Espíritu santo se nos da en el bautismo de agua. Los efectos pueden ser muy diversos, desde un terremoto (4,31), pasando por la glosolalia, hasta la alegría en la fe; pero, en cualquier caso, un bautizado debería poder decir si él ha recibido el Espíritu santo o si todavía no ha oído hablar de él (19,2). Pero no deberíamos olvidar que el Espí-

ritu también puede venir de una manera muy silenciosa y sin llamar la atención. En una comunidad que practica *el bautismo de niños*, la cuestión se hace más difícil. El Espíritu, como dice Lucas (Hech 5,32), es sobre todo la fuerza que posibilita, al que ya cree y obedece a Dios, perseverar en su fe en todos los interrogantes de la vida; así, pues, se debe destacar la decisión que tiene que afectar al bautizado, sea adolescente o adulto. El Espíritu, como dice Pablo, otorga la primera apertura a Jesús, antes de que el hombre haga nada por Dios, y así el bautismo de los niños debe entenderse como signo de que Dios extiende sus manos hacia un hombre, antes de que éste se decida por él. Así, pues, el peligro del bautismo de los niños radica en que se entienda como algo mágico, en que se pueda olvidar que el bautismo concede al bautizado o a sus padres una vida responsable, pero que también es una exigencia para ellos. Por el contrario, el peligro del bautismo de los adultos radica en que el hombre considere su decisión por Dios —a veces operada por la tradición o por cualquier presión psíquica— como más importante que el don que Dios le proporcionará en el bautismo. Hay que defender ambas formas de bautismo. Pero incluso donde es usual el bautismo de los niños, sin embargo, tratándose del campo misional, al menos al principio, lo regular es el bautismo de adultos. Y también donde se practica de una manera general el bautismo de adultos, se bautiza a los niños un tanto crecidos en una edad en la que, por ejemplo, todavía no serían capaces de una decisión que les determinaría para toda la vida, como la elección de profesión o el matrimonio. Por eso hay que preguntar qué peligro es mayor en un tiempo o en una situación determinados, si el bautismo realizado casi de manera automática en el que nadie piensa realmente en nada, lo cual representa un peligro, o la supervaloración de la propia decisión en la que se siente como cosa única el establecer una verdadera comunidad con los demás y al mismo tiempo se prescribe, por así decirlo, al Espíritu santo cómo debe conducir a esa decisión. Que el primer peligro se da por lo general en la Europa occidental, no se puede negar. Pero al menos, debido a estas objeciones muy serias que se presentan, se deben tener conversaciones con los padrinos y los padres sobre esta cuestión.

## Las cartas del nuevo testamento y Juan

También en las comunidades paulinas, naturalmente, saltaron a la vista los *extraordinarios efectos del Espíritu*: glosolalia, curaciones de enfermedades, profecías. Pablo no niega nunca que el Espíritu se exterioriza también de esta manera. El mismo llegó a ellos «no sólo en palabras, sino en poder y en el Espíritu santo» (1 Tes 1,5; de una manera semejante, en 1 Cor 2,4; Rom 15,19, donde se mencionan asimismo «el poder de milagros y prodigios»). El puede asimismo recordar a la comunidad la venida del Espíritu, que se muestra en obras de poder comprobables (Gál 3,2.5). El amonesta, en su primera carta conservada por nosotros, a los tesalonicenses «a no apagar el Espíritu y a no despreciar las profecías» (5,19). Da la impresión como si la intervención del Espíritu, tal como se había mostrado a la comunidad en los profetas, hubiera sido algo incómodo para los tesalonicenses. De una manera especial, se expresa la extrañeza del Espíritu en 1 Cor 2,9-16: «Ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente de hombre lo que Dios ha preservado a los que le aman... lo que Dios nos ha revelado por el Espíritu... pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente...». Evidentemente, aquí queda claro que no depende de la forma especial de este lenguaje el no ser entendido por muchos, sino que todo depende de su contenido, de la revelación del Crucificado.

Finalmente, la Carta a los hebreos describe las experiencias de aquellos que llegaron a la fe en Jesús: quienes, «una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu santo, gustaron de la dulzura de la palabra de Dios y los prodigios del siglo venidero» (6,4-5). Ambas cosas desempeñaron más tarde en la historia de la iglesia una importante función: la «iluminación» en los padres de la iglesia griegos, que estaban familiarizados con el pensamiento alejandrino, la dotación con «fuerzas del mundo futuro» en muchos movimientos proféticos<sup>6</sup>. Lo último

6. Hauschild, 55-65; cf. pág. 12s. Sin embargo, apenas parece haberse defendido la glosolalia desde los tiempos antiguos hasta el comienzo de nuestro siglo. Por lo demás, tal vez se debe hablar mejor de «lenguaje del Espíritu», puesto que la expresión «glosolalia» se halla cargada de otros matices. Se quiere decir con ello

vale asimismo para la comprensión del Espíritu en el libro del Apocalipsis. Si el profeta Juan «es arrebatado en Espíritu» (1,10; 4,2; 17,3; 21,10), se ve desligado de este mundo, casi como si fuera «transportado», y ve un mundo celestial. Pero que el Espíritu, también de un modo más sobrio y modesto, tiene que decir su palabra para la vida diaria de la comunidad, lo muestran sus cartas a las siete iglesias de los capítulos 2-3, en las cuales él, alabando y reprendiendo, incita a decisiones muy prácticas. Tal vez el pasaje más extraño es el de Jn 3,8, donde, de aquél que nace de nuevo por el Espíritu o de arriba, se dice que es como el viento que sopla donde quiere, y cuyo murmullo se oye, pero nadie sabe de dónde viene y a dónde va.

### *¿Qué significa esto?*

También la comunidad neotestamentaria experimentó, lo mismo que Israel, el Espíritu, primero y sobre todo, como la *irrupción de una fuerza extraña*. Ella no ha dejado de admirar que Dios se hubiera hecho realidad y presencia, y no le resultaba de ninguna manera evidente que Dios empezara a hablar y actuar entre los hombres. Y esto fue tan extraordinario al principio que ella, al fin de cuentas, sólo habla de que el Espíritu de Dios se hizo realidad viva *en Jesús*. Jesús había aceptado la realidad de Dios de un modo completamente natural. Por eso emprendió, confiado y a la vez animoso, su camino, abierto permanentemente a todos los hombres y a todos los acontecimientos, en los que él oía la llamada de Dios, siempre dispuesto a desembarazarse de todas las costumbres o tiranías de la moda, pero también, por el contrario, dispuesto a contemplar la acción benévola de Dios en las cosas más sencillas. Dejó que Dios fuera Dios hasta tal punto que no expuso ninguna doctrina sobre él, ni siquiera sobre el Mesías o sobre el Espíritu. Así la comunidad aprendió del mismo Jesús a tomar en serio el misterio de Dios. Dios es vida que el hombre puede vivir, pero que no puede encerrar sin más en una descrip-

un lenguaje sin trabas que no se halla limitado o constreñido por el pensamiento racional, pero que no lo elimina y no procede del propio sentimiento sino que vive del Espíritu de Dios (1 Cor 14,14-16,27-33).

ción exacta, con la cual nosotros nos quedemos conformes intelectualmente. Incluso se menciona esta acción siempre libre, siempre soberana, determinada por Dios mismo y que nunca se desenvuelve en fuegos fatuos cuando tanto el antiguo como el nuevo testamento hablan de que Dios se encuentra con nosotros en su «Espíritu» viviente. Por eso *Lucas y Pablo*, lo mismo que los testigos posteriores, vieron la acción de Dios en los acontecimientos inesperados, en los milagros, en las curaciones de enfermos y en las profecías. Y, sin embargo, se vio pronto que esto no bastaba; que Dios, con ello, quedaría reducido nuevamente a un esquema. El puede hablar asimismo con nosotros de un modo totalmente distinto a como lo hace en los fenómenos extraordinarios y, a la inversa, lo especial y lo raro no tiene por qué ser necesariamente la expresión de una presencia especial de Dios. Pero sobre todo, a Dios no se le reconoce necesariamente en una forma exterior por muy rara que sea, sino en el contenido de su palabra y de su actuación, en *lo que habla y en lo que hace*. Y así, de la misma manera que en el antiguo testamento, aparece, *junto a la indisponibilidad del Espíritu, la claridad de la palabra*; sólo que ésta apunta ahora con toda claridad a Jesús. También esto lo aprendió la comunidad neotestamentaria en múltiples pasos, sobre los cuales tenemos que hablar ahora.

## 2. *El Espíritu de Dios en la creación y en la nueva creación*

### *Las afirmaciones sobre la creación*

En contra de lo que ocurre en el antiguo testamento, en el nuevo apenas se habla de la creación y, al fin de cuentas, nada se habla tampoco de la acción del Espíritu en la creación. Esto ocurre porque la fe veterotestamentaria en Dios, creador del cielo y de la tierra, evidentemente se presupone y no es discutida o negada por nadie. Así, pues, la comunidad neotestamentaria no niega que el Espíritu creador de Dios pueda actuar en el mundo. Pero su interés se centra en que se le reconozca y se le obedezca. Por eso habla casi únicamente de sus acciones que operan también socialmente dentro de la comunidad, en la que los hombres tratan de vivir una vida nueva obedientes al Espíritu (Mc 10,42-43) y no

de aquello que puede realizarse por la ley y la presión —en la época neotestamentaria, por ejemplo, por la autoridad del paterfamilia u hoy por la autoridad del Estado— (Flm 14!). Ya Jesús habla sin duda de aquél que viste a los lirios del campo con más magnificencia que al legendariamente rico rey Salomón y que alimenta a los pájaros, aunque ni siembran ni cosechan y construyen graneros (Mt 6,26-30). El sabe asimismo que los gorriones caen muertos y que ni siquiera esto ocurre sin la voluntad de su Creador (10,29). Pero la finalidad de Jesús no es enseñar algo sobre la creación o sobre la actuación del Espíritu en ella. Se trata, por el contrario, de expresar lo que ya saben sus oyentes. El sólo les recuerda esto para animarles a creer.

Esto vale más o menos para todos los pasajes del nuevo testamento. Si los tres primeros evangelios refieren que, cuando se bautizó Jesús, se abrieron los cielos para que el Espíritu descendiera sobre él (Mc 1,9), y si Juan subraya que el Espíritu permaneció sobre Jesús (1,33), ellos entendieron esto, como muestran las Escrituras judías, hasta cierto punto como *el principio de una nueva y definitiva creación de Dios*. Expresamente, Lucas hace hablar a Pablo en Atenas con frases veterotestamentarias de la creación (Hech 17,24-27); pero él presupone que todos, tanto los judíos como los paganos ilustrados, como también los cristianos, saben esto y, frente a ello, subraya el nuevo mensaje de Jesús, su resurrección y el juicio final. Pablo apunta a aquél por el que todo existe (1 Cor 8,6), el cual «llama ser a lo que no es» (Rom 4,17) y hace brillar la luz del seno de las tinieblas (2 Cor 4,6), para hablar en esos tres pasajes solamente de Dios que nos dijo «sí» en Jesús. Esto es para él una maravilla tan grande que él sólo lo puede comprender como una nueva creación, como un mundo completamente nuevo, que Dios ha preparado para nosotros. En un único lugar habla expresamente de la creación (Rom 8,18-23). Pero en él habla, de un modo realista, de su sufrimiento y de sus lágrimas. Que bosques enteros quedan destruidos por las pestes dañinas, que los corzos quedan aprisionados en la nieve y que son destrozados por los zorros, que los gatos juegan con los ratoncillos a los que han apresado antes de matarlos, que los terremotos y las erupciones volcánicas devastan países enteros: todo esto queda incluido en su sobria y austera visión de la naturaleza. Pero, nuevamente, hay que decir que, para Pablo, esto es alusión

a la nueva creación, sólo que él esta vez piensa en la nueva y definitiva creación. Sólo entonces el hombre será redimido y, por ello, también todo el mundo creado será aceptado en la bienaventuranza de Dios sin sufrimiento y sin muerte. Pero todavía va más lejos el cántico que se cita en la carta a los colosenses (1,15-20). De un modo distinto a Hech 17, expresa la creencia de que sólo se puede hablar propiamente de la creación de Dios si se ha visto en Jesús el rostro real de Dios; de lo contrario, no se podría saber que la creación, a pesar de todas las cosas amenazadoras, terribles y dudosas que hay en ella, es parte de la actuación amorosa de Dios. Si el cántico designa a Jesús como el «principio» de la creación, en el que todo se fundamenta, trata de decir con ello que en él se ha hecho visible aquel movimiento del amor de Dios, que ya actuaba en la creación y que invade siempre la naturaleza. De un modo semejante, nos recuerda la Carta a los hebreos (1,7.10) aquellas palabras del salmo sobre aquél que hace de sus ángeles vientos, que fundamentó la tierra y que creó el cielo; pero esto lo hace para destacar la infinita superioridad de Jesús en relación a todos los ángeles. Así la naturaleza puede, de hecho, apuntar hacia Dios. Alguien como Francisco de Asís se dio sin duda perfecta cuenta de ello. Pero no se puede caer en un entusiasmo iluso de la naturaleza y cerrar los ojos a todo lo terrible y triste que hay en ella. Se debe contemplar la naturaleza con los ojos de Jesús, o mejor: se debe aprender de Jesús que Dios efectivamente creó las cosas partiendo de su amor, las cuales, a su vez, deberían amarle a él, aun cuando los gorriones caigan al suelo, los hombres mueran y, finalmente, aun cuando su Hijo sea crucificado (Mt 10,28-29; 16, 21). Sin embargo, del problema del mal tenemos que hablar más adelante.

#### *La nueva creación por el Espíritu: Pablo*

Entre las palabras de Jesús, se encuentra únicamente en Mt 19,28 una indicación a la «nueva creación» o al «nuevo nacimiento». Esta formulación, que corresponde al pensamiento judío de entonces, procede probablemente de Mateo; Lc 22,30 transmite unas palabras muy semejantes sin esta expresión particular. En ellas se menciona la plenitud definitiva al final de este mundo y,

por consiguiente, la nueva creación que abarca a todo el mundo. Pablo, por el contrario, habla de la «nueva creación» cuando un hombre llega a la fe (2 Cor 5,17). Probablemente, él se refiere aquí a algo más que a una vivencia individual, interna. Pretende decir que este hombre, ahora totalmente impregnado e invadido de Cristo, hasta cierto punto absolutamente rodeado por él, vive «en Cristo». La nueva creación es, por consiguiente, este nuevo mundo al que es llamado el hombre. Por eso, él puede decir en 1 Cor 12,13, que el Espíritu nos incorpora al cuerpo de Cristo, en el mundo nuevamente creado, en el que reina Cristo. Porque «también todos nosotros hemos sido bautizados en *un solo* Espíritu, para construir *un solo* cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres hemos bebido del mismo Espíritu». La frase recuerda imágenes proféticas que esperan la actuación del Creador para los últimos tiempos: «Porque yo derramaré aguas sobre el (suelo) sediento, y arroyos sobre la (tierra) seca y efundiré mi espíritu sobre tu simiente» (Is 44,3) o también «Porque di agua en el desierto, y torrentes en la estepa, para abreviar a mi pueblo» (43,20). Así, pues, *con Jesús* hasta cierto punto *ha llegado ya todo un mundo nuevo*, en el que imperan otras leyes, no ya las de la lucha de todos contra todos, donde cada uno, si cabe, trata de subir y en lo posible tiene que subyugar a cuantos más pueda. Ese mundo sólo puede hacerse efectivo sobre la tierra de un modo fragmentario; ¿pero cómo se podría creer en la salvación completa y perfecta, sin experimentarla cuando menos de un modo fragmentario en la tierra?

Pablo puede afirmar que el creyente es introducido en este nuevo mundo. Pero también puede decir que este nuevo mundo busca penetrar el corazón del creyente. Sin hablar expresamente del Espíritu, puede expresar estos pensamientos en el lenguaje de la creación: «Porque Dios, que dijo: “Brille la luz en el seno de las tinieblas”, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Cor 4,6). Finalmente, la carta a Tito dice lo mismo cuando llama al bautismo «baño de regeneración y renovación del Espíritu santo» (3,5). Esto nos da la palabra clave que desempeña un papel tan importante en la conversación con Nicodemo (Jn 3,1-21).

### *La nueva creación a través del Espíritu: Juan*

Toda la conversación entre Jesús y Nicodemo gira en torno a cómo el hombre puede hacerse «nuevo» o mejor, nacer «de arriba» o «del Espíritu» (3,3-8). A primera vista parece como si aquí, lo mismo que en el antiguo testamento, se describiera sin más la singular experiencia profética: Nadie sabe del hombre dotado del Espíritu de dónde viene o a dónde va. Esto nos recuerda lo que ocurrió entre los discípulos de Elías, los cuales temían que el Espíritu hubiera llevado a su maestro a un monte alto o que lo hubiera sepultado en un barranco, puesto que no se sabe a dónde llega un hombre cuando se halla bajo el impulso del Espíritu de Dios. Pero se debe advertir aquí la estrecha conexión que existe entre la actuación de Dios en la creación y lo que hace en el creyente: «El viento (o el Espíritu) sopla donde quiere... así es aquél que nace del Espíritu». De la manera tan libre y soberana como Dios hace que el Espíritu impere en la naturaleza, hace que actúe con el hombre que se deja conducir por él. Sin duda que hay que hablar de la total libertad de Dios, cuando se habla del Espíritu santo; *pero ella no se manifiesta probablemente en movimientos extraños o especiales*. De eso no se habla en Juan; únicamente la afirmación de que los discípulos pueden realizar incluso «acciones mayores» que las que hizo el mismo Jesús (14,12) apunta tal vez a los milagros. Pero si aquí *la «acción de Dios»* consiste en que un hombre llegue a la fe (6,29), entonces esta promesa probablemente no se refiere a las curaciones milagrosas o a algo semejante, sino a que los discípulos podrán llamar a la fe a todos los pueblos. De esto habla también Jesús a Nicodemo: el nuevo nacimiento en el Espíritu es el despertar a la fe. Existen casos semejantes de curaciones entre los paganos, las cuales ciertamente ocurrían raras veces, pero que, con todo, no son algo incomprendible. Pero el que un hombre pueda acceder a la fe, esto es para Juan la maravilla de las maravillas. Aquí alborea un nuevo mundo, una nueva clase de vida. De un modo semejante, habla en 6,63 del «Espíritu que da vida», el cual, otorga la vida al creyente por la palabra de Jesús. También aquí es el Espíritu creador el que llama a la vida. Lo que ocurrió una vez en la creación y sucede de un modo permanente donde Dios suscita la vida, lo que ocurrirá en la resurrección al final de los tiempos, esto ocurre cuando un hom-

bre puede acceder a la fe a través de la palabra de Jesús. Y así como Dios en la creación hace que corran las aguas (Sal 147,18), así hace que surjan corrientes de agua viva de Jesús y del que cree (Jn 7,38-39; cf. 4,14). Lo que esto significa sobre todo es la proclamación de la donación de vida del Espíritu en los discípulos (20,22), aunque no significa sólo hablar sino un estilo de vida que abarca todo.

Que el Espíritu no sólo mueve al individuo, sino que es la fuerza creadora de Dios que construye un nuevo mundo, lo pone de relieve *el Apocalipsis* (que, evidentemente, no procede del mismo autor, Juan). Esto lo presenta de una manera tan expresiva que habla de siete espíritus que se hallan como siete ángeles ante el trono de Dios, enviados por él para recorrer todo el mundo y hacer cumplir en él la voluntad de su Creador. Ellos son al mismo tiempo los «siete ojos» del «cordero degollado» (Ap 4,5; 5,6). Así, pues, Dios transforma este mundo mirándole con los ojos de Jesucristo, el cual ha hecho todo por el mundo. Esa mirada suya lo crea de nuevo. Y esto lo toma tan en serio el autor del Apocalipsis, que ve precisamente cómo el único Espíritu de Dios (2,7) se dirige a cada una de las siete comunidades a las que él escribe. Esta es la razón por la que hablando de Dios, el Espíritu y Jesucristo, lo hace de tal manera que habla de «siete espíritus» que, como ángeles, llegan a las siete comunidades, los cuales se hallan en manos de Jesús (1,4-5; 3,1; cf. 1,20). Así, pues, el Apocalipsis afirma ambas cosas: es efectivamente todo un mundo nuevo el que pretende crear el Espíritu, y lo hace como Espíritu de predicación o de profecía (19,10; 22,6), llama a las comunidades a la vida y, a través de ellas, trata de oponerse a todos los poderes malignos; su grito para que venga Jesús, que ha de poner fin a la injusticia y a los padecimientos, es el grito del Espíritu mismo (22,17).

### *¿Qué significa el nuevo nacimiento?*

Si una comadrona fuera de la opinión de que todo nacimiento debería desarrollarse según el mismo esquema, sin duda que, al cabo de un par de meses, acabaría en la cárcel por homicidio negligente. Pues bien, sólo las comadronas o los ginecólogos espí-

rituales piensan que todo nuevo nacimiento debe discurrir siguiendo el mismo esquema, es decir, según el que ellos han vivido o experimentado. Pero lo que Jesús nos dice es totalmente distinto. El nos dice que el nuevo nacimiento o el nacer de arriba es totalmente un don o regalo y que el Espíritu sopla como él quiere y de tal manera que nadie puede saber de antemano cómo ha de ocurrir eso. A Nicodemo se le dice sólo que no depende de su propia destreza, de su conocimiento de la Escritura o de su fe, sino que todo consiste en que se deje vencer por el amor de Dios: «De tal manera amó Dios al mundo...» (Jn 3,16). En una curiosa imagen, le dice Jesús que debe aprender a mirar a la cruz y a dejarse dominar por aquél que muere en ella, de la misma manera que los israelitas, cuando les mordieron las serpientes venenosas, debían mirar a una serpiente de bronce, que Moisés había hecho colgar en un palo (3,14-15). Es decir: si nosotros no nos desprendemos de este Jesús que se mantuvo aferrado a Dios hasta el extremo, hasta la cruz, entonces Dios ya nos ha dominado y ocurre algo de este vernos «engendrados desde lo alto». «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ése es nacido de Dios» (1 Jn 5,1). Entonces hemos conocido a Dios y de su amor aprendemos a amar (1 Jn 4,7). Y de tal manera abarca toda nuestra vida con sus altibajos, sus victorias y sus derrotas, sus aspectos de luz y de sombras, que Juan incluso puede decir que esto es la nueva justificación, en la que nosotros ya no pecamos (1 Jn 2,29; 3,9; 5,18). *Aquí no hay ningún esquema predeterminado.* No se dice nada de un esfuerzo penitencial o de una vivencia de liberación que pueda describirse. Lo que percibimos es que la fe en Jesús se nos da de tal manera que parte del amor de Dios es encendido también en nuestros corazones y nos orientamos así con toda nuestra vida hacia él y no ya a cualquier otra cosa. Y entonces todo lo que nos ocurre es totalmente natural, aunque eso siga siendo el milagro de los milagros. Para decir esto con palabras de Jesús: aprendemos a vivir como las flores y los pájaros y a abrirnos al Espíritu, el cual actúa también en la creación y nos hace unir al coro de la creación que alaba a Dios. Con ello encontramos en Juan una idea que poco a poco se fue imponiendo en toda la comunidad. De esto hablaremos en el próximo capítulo.

### 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento de Dios

#### *El Espíritu se otorga a todos los creyentes*

Lucas escribe indudablemente más tarde que Pablo; pero en él se refleja con más fuerza la fe de la comunidad que aún no había asimilado todos los nuevos conocimientos que eran tan importantes para un gran maestro como era Pablo. Ya el Bautista había prometido que vendría aquél que bautizaría en el «Espíritu». La comunidad de Jesús entendió con ello el don del Espíritu que Jesús daría a todo aquel que se vuelve a él. Esto es algo totalmente nuevo respecto al antiguo testamento, el cual esperaba *la donación del Espíritu para todos* sólo al final de los tiempos. Lucas destaca que esta donación del Espíritu *ya ha llegado*. La breve parábola de Jesús sobre el padre que no da a su hijo una serpiente en vez de un pez, es probable que terminara así: «¡Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pide!» (Mt 7,11). Lucas cambia el texto y escribe: «... dará el Espíritu santo», porque para él el Espíritu santo es el don de Dios a su comunidad, el único don que Dios otorga. Podemos ver todavía cómo Lucas entendió esto. El atribuye la asistencia a los discípulos ante el tribunal (12,12) no sólo al Espíritu santo sino también al Jesús resucitado (21,15). El final de los tiempos prometido por los profetas no se dio en las tres primeras décadas de nuestra era. El final está vivo en Jesús y en su comunidad. Por eso es asimismo tan importante para Lucas que sea Jesús resucitado el que otorgue el Espíritu a su comunidad (Lc 24,49; Hech 2,23; asimismo Jn 7,39; 20,22). Lucas tomó en serio que solamente en Jesús vemos el verdadero «corazón» de Dios. Esto hace referencia no sólo al Jesús terrenal, por más que sus palabras y obras nos ayuden a entender a Dios; lo que realmente importa es que aquel que vivió y murió como Jesús, ahora encuentra a su comunidad como el Resucitado y Viviente, quien en la nueva situación de la comunidad, como por ejemplo en la persecución, le abre nuevos caminos. También en su nueva interpretación del dicho acerca del pecado contra el Espíritu santo (12,10-11), Lucas describe al Espíritu como el que nos ayuda a mantener la fe incluso en medio de un mundo hostil.

Esto vale asimismo para los *Hechos de los apóstoles*. Para Pedro (2,38; 15,8-9), lo mismo que para Pablo (19,2), es evidente que en el bautismo los creyentes reciben el Espíritu santo. En las *cartas* del nuevo testamento, la frase «a cada uno se le ha dado la manifestación del Espíritu» (1 Cor 12,7) puede encontrarse de una manera similar ocho veces (Rom 12,3; 1 Cor 3,5; 7,7.17; 12,11; Ef 4,7; 1 Pe 4,10). En Rom 8,9, leemos: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo». La visión común del bautismo como «baño de regeneración y de renovación del Espíritu santo» afirma lo mismo. Juan 7,39 habla del «Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él». Incluso el Espíritu que otorga el perdón (Jn 20,22-23) se comunica a todos. «Los discípulos» (la expresión «los doce» apenas la utiliza *Juan*) representan, en el discurso de despedida, a la comunidad futura; por eso no se puede restringir esta promesa sólo a los que detentan la autoridad, lo mismo que ocurre con el mandamiento del amor en 15,9-17. Finalmente, también, según Heb 6,4, los bautizados se han hecho partícipes del Espíritu, y en las cartas a las siete iglesias de Ap 2-3, el Espíritu no se dirige a los individuos sino a toda la comunidad. En esto coincide el nuevo testamento: no se puede en modo alguno pertenecer a Jesús, sin experimentar al mismo tiempo algo del Espíritu santo. Pero si esto no ha de ser una pura ilusión, nosotros debemos tomar muy en serio lo dicho anteriormente: El Espíritu *puede*, pero no necesariamente *debe*, ser visto en fenómenos extraños. ¿En qué otro modo pues hay que verlo?

#### *El Espíritu como ayuda para la predicación: Lucas*

##### El Espíritu como don para los ya creyentes

Primero la comunidad experimentó al Espíritu en lo extraordinario, lo mismo que ocurría en el antiguo testamento. Pero ella aprendió que, de modo distinto al antiguo testamento, el Espíritu se concede a todos los creyentes. Por supuesto, ella *no atribuyó en seguida su fe a la acción del Espíritu*, sino que primeramente pensó en todo aquello que se comunica a los ya creyentes después del bautismo como ayuda del Espíritu. Así leemos en Hech 5,32 que Dios ha dado su Espíritu a aquellos que le obedecen. Y esto no

ocurre una sola vez. Aunque el Espíritu condiciona la vida de una persona (2,38; 9,17; 19,2), él es donado de nuevo en circunstancias especiales, por ejemplo, a Pedro interrogado por la autoridad acerca de su fe (4,8), o a toda la comunidad después de este episodio (4,31); también a Pablo, atacado por un mago pagano (13,9), o a Esteban, que ya antes de su elección estaba «lleno de Espíritu y de sabiduría» (6,3), en su disputa con las autoridades (6,10). Así, pues, la comunidad experimentó que a ella se le había dado el Espíritu santo para toda su vida, pero, sin embargo, no de tal manera que pasara a ser simplemente posesión suya y de forma que pudiera disponer de él. Especialmente en las dificultades en las que perdía el ánimo, siempre experimentó que Dios le proporcionaba de nuevo el Espíritu. Por eso, precisamente en Lucas la comunidad se mostraba tan fuerte en la oración. Como él sólo entre los evangelistas menciona que el mismo Jesús había orado antes de que descendiera sobre él el Espíritu santo (Lc 3,21), así en Hech 8,15; 9,9-11 la comunidad ora antes de recibir el Espíritu por primera vez, y en 4,31; 13,1-3, antes de recibir el Espíritu de nuevo y, según Lc 11,13, el Padre da el Espíritu a aquellos que se lo piden.

### El Espíritu como aliento y capacitación para la predicación

La comunidad experimentó *la ayuda del Espíritu en la libertad* de ánimo y estímulo con el que *podía anunciar a Jesús*, incluso en un mundo hostil. Esto ya se lo había prometido el Señor en Hech 1,8, y Pedro llega incluso a decir que *ellos* son los testigos de Jesús «y del Espíritu santo» (5,32). También de Apolo se dice que, «con fervor de espíritu (literalmente cociéndose en el Espíritu), anunció a Jesús» (18,25). La comunidad no sólo experimentó la ayuda ante los tribunales, sino también allí donde se dejó conducir por él en la predicación, es decir, donde trató de escuchar a Dios antes de ponerse a hablar. Así el Espíritu le muestra el camino: dónde había que anunciar el evangelio y dónde no. Felipe es enviado al ministro de finanzas etíope (8,29). Y Pedro, contra su propia voluntad, al pagano Cornelio (10,19; 11,12). Pablo y Bernabé son asimismo enviados en su primer viaje misionero (13,2.4). Que son indudablemente *paganos* a aquellos a

los que conduce el Espíritu, es algo importante para Lucas. Ya en la primera predicación programática de Jesús, que sólo nos transmite Lucas, recuerda Jesús, sobre el que se halla el Espíritu (Lc 4,18), a sus oyentes que ya Elías y Eliseo habían sido enviados a los gentiles, al no querer escuchar Israel (v. 24-27). Pero también a Pablo le impide el Espíritu el misionar donde él precisamente quería. Ahí no importa que fuera una enfermedad la que le hubiera impedido, pues Pablo la entendió como una señal del Espíritu santo (así hay que entender Hech 16,6-7 sin duda apoyándonos en Gál 4,13), o si eso se le comunica mediante un sueño (16,9).

Todavía podemos decir más cosas. Puesto que Lucas asoció tan estrechamente al Espíritu con Jesús, no hay para él ninguna diferencia entre sí es «el Espíritu santo» (16,6), «el Espíritu de Jesús» (16,7), «Dios» (16,10) o «el Señor (Jesús)» (18,9) el que determina cómo debe discurrir el viaje misionero de Pablo. *Así, pues, en cierto sentido, Dios, Jesucristo resucitado y el Espíritu santo son la misma cosa.* Por supuesto, Dios en ninguna otra parte nos muestra su «corazón» o su «rostro» sino en Jesús, y esto se hace presente al hombre en el Espíritu. Por eso, el Espíritu puede hablar en forma personal: «Yo os he enviado» (10,20), o: «Separadme a Bernabé y a Pablo» (13,2; cf. 16,6; 21,11)<sup>7</sup>. Incluso Dios mismo nos habla en el Espíritu. Y, sin embargo, no es sin más indiferente el que Lucas hable del Espíritu de Dios o de Cristo. Si habla de Cristo, pretende destacar la autoridad de un mandato: Dios y el Cristo resucitado hablan desde el cielo. Si habla del Espíritu, pretende destacar la acción de Dios en el hombre: el Espíritu penetra en el corazón. Naturalmente, no se puede separar de una manera demasiado estricta uno de lo otro. Pero Lucas y *sin duda también* la comunidad en la que vive, todavía no refieren su fe a la acción del Espíritu. «La fe» sin duda que ha surgido «a través de él o por él», a saber, por el Señor Jesucristo, y es evidente que es «el que abre el corazón para ello» (3,16; 16,14); pero así más bien está pensando en Cristo, el cual, en la predicación, entra en el hombre y le llama para que «cambie» y se «convierta» (2,38; 3,19). En cambio, el Espíritu es la fuerza que capacita al creyente para anunciar a Jesucristo. También el poder

7. Esto evidentemente es una excepción (Mühlen, 526s).

del Espíritu de penetrar los pensamientos de los otros y de oponerse con éxito a sus ataques, sirve a esa predicación. Así Pablo reconoce en el Espíritu santo los planes del mago pagano y le ciega (13,9), y, de la misma manera, Pedro penetra los pensamientos de los dos miembros de la comunidad que pretendían «engañar al Espíritu santo» y por eso mueren (5,3,9) y los profetas anuncian el futuro (11,28; 20,23; 21,4.11).<sup>8</sup>

Ciertamente que el tremendo *avance misionero* caracteriza la primera época de la misión paulina a los gentiles, mientras que la época de después de la muerte del apóstol más bien habría que describirla como un *mantenerse en la fe*. Ya en Hech 9,31, la predicación que se tiene en los tiempos pacíficos «normales» se entiende como «consuelo del Espíritu santo». En la alocución de despedida de Pablo en Mileto, que habla de la época de después de su muerte, se dirá a los que presiden la comunidad que el Espíritu santo les tiene y considera como «supervisores» (la misma palabra que «obispos»), que deben apacentar a la comunidad (20, 28). Ahí se piensa sobre todo en la persecución que les amenaza y en los maestros que inducen al error. Del mismo Pablo, se dice en este último período de su vida, que el Espíritu le predice la persecución y al mismo tiempo le «ata» para que no la evite, sino que atestigüe su fe como un mártir (20,22-23). Naturalmente que ambas cosas van asociadas. Porque sin duda no se puede anunciar en forma misionera el evangelio sin que el predicador esté dispuesto a vivir por el evangelio, aunque eso signifique tribulación y persecución. Pero hay épocas en las que lo primero que hay que hacer es tratar de que el mensaje progrese y, otras, de que se mantenga y se conserve. Pero Lucas está tan convencido de que una comunidad que anuncia a Jesús, de la que no parta una fuerza contagiosa, no es ya una comunidad de Jesús, que él sólo habla propiamente del Espíritu en este contexto. Pero esto sin duda tiene asimismo una motivación profunda. El Espíritu santo muestra sobre todo al Dios que vive y está presente en nosotros, al

8. Únicamente en 8,39 menciona al Espíritu que «arrebata» a Felipe, pero tal vez una variante del texto conservó lo originario al escribir aquí: «El Espíritu santo recayó sobre el eunuco (recién bautizado) (lo que hasta ahora siempre se había narrado). Y el ángel del Señor arrebató a Felipe» («En cuanto subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe»).

cual nosotros no podemos «alquilarlo» de una vez para siempre, como si fuera posesión nuestra. Por eso Lucas nos narra cómo Dios, en su Espíritu, está constantemente interviniendo en la vida de la comunidad y le da nuevos cometidos. Dios sigue siendo aquél que siempre está en camino *hacia nuevos hombres y nuevos puertos*. Por eso no se le puede retener en el lugar donde se encuentra en este momento, y contemplarlo, por así decirlo, desde fuera y pensar que se sabe ya para siempre lo que es el Espíritu santo. El Espíritu de Dios animó de tal manera a la comunidad que la siguió conduciendo y la orientó hacia los hombres que precisamente necesitaban de su predicación. Era tal su convencimiento de que Dios estaba vivo y era tan fuerte el empeño misionero en la iglesia primitiva, que reflexionaron poco sobre la actuación del Espíritu en todo el ámbito de la vida diaria, en el cumplimiento de los mandamientos y en las decisiones adecuadas en muchas cuestiones prácticas. Esto es algo que encontraremos en Pablo.

#### *El Espíritu santo como el revelador del crucificado: Pablo*

##### La fuerza de los débiles

Pablo reflexionó profundamente sobre la actuación del Espíritu santo. Pero no es fácil de entender; por eso debemos tener mucho cuidado para comprender su pensamiento. También Pablo destaca que ha anunciado a Cristo «en demostración del Espíritu y del poder» (1 Cor 2,4). Sin duda que, para él, como para otros, el Espíritu es una ayuda en la predicación. Pero es curioso que aquél a quien anuncia es sin duda *Jesucristo crucificado*, y destaca precisamente en este contexto que él no quiere conocer otra cosa (v. 2). Su Señor, por tanto, es aquél que «fue crucificado en su debilidad, pero vive por el poder de Dios» y sus mensajeros son contagiados por lo mismo; también ellos «son débiles en él, pero viven con él por el poder de Dios, sobre vosotros» (2 Cor 13,4). Por eso, para Pablo vale aquello de que «pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12,10). La «demostración del Espíritu y del poder» no se puede, por consiguiente, representar tan sencillamente. Precisamente en Jesús cru-

cificado, encontramos la actuación de Dios con más claridad. Esto es lo que «ningún ojo vio ni ningún oído escuchó y no llegó al corazón de ningún hombre» y lo que «Dios nos ha revelado por el Espíritu». Para ello «hemos recibido el Espíritu de Dios, de forma que conociéramos lo que Dios hizo por amor a nosotros». Por supuesto que la sabiduría humana no puede entender esto; sólo puede entenderlo aquél del que se ha apoderado el Espíritu. Así, por tanto, Jesús crucificado es la «sabiduría de Dios», pero para aquél que no sabe nada del Espíritu es sólo insensatez (1 Cor 1,18-2,16). Así, pues, ésta es la actuación decisiva del Espíritu: que un hombre ya no puede escapar de Jesús, que en la cruz puede renunciar a todo menos a su Padre del cielo, de forma que en él la voluntad de Dios y la voluntad divina se hacen una misma cosa.

### El espíritu de la fe

Que Dios en su Espíritu se introduce como un extraño en nuestro mundo, no se demuestra simplemente en toda clase de milagros que hace Jesús o sus discípulos. Ciertamente, la comunidad está agradecida por ello, pero estas cosas no son básicamente diferentes de lo que pueden realizar también otros grandes hombres o mujeres. Esto se asemeja bastante a lo que el hombre puede lograr en los momentos cumbres de su actuación. Lo inaudito, lo que es para al hombre totalmente extraño, es otra cosa: Dios recorre un camino inverso: *Él es precisamente Dios por cuanto en Jesús descendió a la profundidad más profunda*. Y Jesús no se rebela contra eso, ni pierde la confianza, y tampoco reprime sus desilusiones ni reprime su resistencia hasta que al fin explota. Dios es precisamente Dios por eso. Es un Dios extraño a nosotros porque puede hacer lo que nosotros no podemos: entregarse por amor a nosotros en la debilidad y en la impotencia.

Así, pues, el Espíritu santo es aquél que nos asocia y nos vincula con Jesús; y no, en primer término, para concedernos dones grandiosos del Espíritu como curaciones, profecías, o una fe ferviente; no capacitándonos para distinguir a Jesús de los otros como el Crucificado y el nacido del Espíritu, sino para que aprendamos a ser débiles con él, para, precisamente así, experi-

mentar el poder de Dios. Esto es lo que Pablo denomina justificación. El poder de Dios comienza allí donde nosotros experimentamos su juicio sobre nosotros y se nos abren los ojos para ver nuestros aspectos luminosos y sombríos. Concretamente, entonces comprendemos que no se trata de cómo nos juzguemos a nosotros mismos o a los demás, sino de cómo Dios quiere servirse de nosotros con nuestros aspectos lúcidos y sombríos. Así Pablo puede hablar del «espíritu de fe» (2 Cor 4,13) y las «arras del Espíritu» que son «el caminar en la fe» lo cual todavía no es «contemplar» la gloria de Dios (5,5.7).

### *Espíritu y carne: Pablo*

#### ¿Dos poderes?

Pablo trató de expresar de la forma más aguda la *diferencia*, tan difícil de entender para nosotros, entre «*espíritu*» y «*carne*». Esta distinción ha tenido un efecto nocivo, puesto que, con mucha frecuencia, se ha entendido como algo completamente distinto de lo que entendió Pablo. Bajo el influjo del pensamiento de aquella época, determinado por Platón, se ha equiparado durante siglos la «carne» con la corporeidad y, de una manera muy especial, con la sexualidad del hombre; y bajo el término «espíritu» se debía, según eso, entender algo así como su pensamiento, sus sentimientos más sublimes, su ideal. Así se entendió Gál 5,17: «La carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen de manera que no hacéis lo que quisierais». ¿No se describe aquí al hombre ideal que podría ser bueno, pero que siempre, por ejemplo, se ve arrastrado por sus deseos sexuales? Esto recuerda muy especialmente a los monjes de Qumrán, los cuales hablan de dos espíritus, que luchan por apoderarse del hombre o a Filón, el cual aprendió de Platón que las pasiones del cuerpo son retoños o brotes del cuerpo de la carne, esclavización y sufrimiento para el alma, la cual procede del cielo. Sin duda que tal manera de pensar afecta probablemente a Pablo. El mero hecho de que utilice con tanta frecuencia los conceptos de carne y espíritu y que hable de dos grupos de hombres, de los

cuales unos viven según la carne y los otros según el Espíritu, muestra el influjo de tales formulaciones. Pero la cuestión decisiva es si él trata de decir lo mismo que los monjes de Qumrán o Filón. Ahora bien, él había estado recordando poco antes (Gál 3,2-5) a los gálatas que habían comenzado su vida como cristianos «en el Espíritu», es decir, «por la predicación de la fe» y ahora, sin embargo, no podían actuar «en la carne», es decir, «por las obras de la ley». De un modo semejante, en la carta a los romanos, se contraponen la «nueva vida del Espíritu» a la «vida vieja de la carne», es decir, a la ley que nos determina y nos lleva al pecado, o también el «Espíritu» se contraponen a la «letra» (la ley escrita) (7,5-6; 2,29). Así, pues, la carne vive precisamente donde un hombre pretende ser obediente a la ley de Dios.

Pero de la misma manera que en el antiguo testamento, también en Pablo lo opuesto a la «carne» no es normalmente el Espíritu, sino Dios mismo. Frente al «sabio según la carne», se sitúa la «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,26), frente a la «sabiduría carnal», la «gracia de Dios» (2 Cor 1,12), frente a las «armas carnales», lo que «es poderoso ante Dios» (10,4), frente a la garrulería según la carne, el hablar «según el Señor» (11,17-18), frente a los «hijos de la carne», los de la «promesa» divina (Rom 9,8). De una manera mucho más contundente, aparece esta contraposición en Flp 3,3-7: Pablo «puso su confianza en la carne» antes de su llamamiento por Cristo, es decir, confió en su pertenencia al pueblo de Dios y, según eso, confió en que era irreprochable por la justificación de la ley. Pero todo esto lo considero luego como «estércol» y pone toda su confianza en Cristo Jesús, que se ha convertido en «aquello en lo que se gloria». Esto es el servicio divino «en el Espíritu». Así, pues, la cuestión importante es saber sobre qué construye el hombre su vida. «Carne» es, lo mismo que en el antiguo testamento, todo lo humano-terreno, el pensar del hombre e incluso su esfuerzo moral, lo mismo que su dinero o su sexualidad. Que sus ataduras sean corporales, psicológicas o intelectuales no constituye ninguna diferencia: el hombre está más orientado a lo terreno y humano que a Dios.

Esto se muestra en un curioso uso lingüístico. La oposición al hombre espiritual no es solamente la «carnal» sino también e incluso más sutilmente la psíquica. Así Filón (Aleg. III 247)

asoció el alma del hombre con la tierra maldecida por Dios después de la caída; el alma surge de esta tierra con todas sus ape-tenencias e inclinaciones que van contra Dios. Esta idea estaba entonces muy extendida, ya que la carta de Santiago en el nuevo testamento contraponen la «sabiduría psíquica», como «sabiduría terrena y demoníaca», a «la sabiduría de arriba» (3,15), y también en la carta de Judas, se llama al hombre impío que vive únicamente de sus deseos y pasiones «hombre psíquico» (v. 19). Asimismo habla Pablo en 1 Cor 2,14; 15,44-49 del hombre «espiritual» y «psíquico». Para él, evidentemente, éste hombre no es demoníaco, sino simplemente el hombre en su naturaleza terrena con su alma terrena, cuya capacidad de optar permanece todavía y puede todavía volverse a Dios o a la «carne».

#### La carne «moral»

Pero debemos dar un paso hacia adelante. Precisamente el moralista, que sabe exactamente qué es lo bueno y qué es lo malo, es quien tiene las raíces más profundas en la «carne». El adúltero y el asesino advierten, al menos regularmente, que en ellos hay muchas cosas que no están en orden y que tienen gran necesidad de Dios, incluso aunque no quieran convencerse de ello. El moralista no advierte esto; por el contrario, piensa que tiene a Dios en el bolsillo y, luego, mira en plan docente o compasivo o irritado a los otros que viven de una manera mucho más inmoral que él. Y precisamente al comportarse así está poniendo más su confianza en la carne, en ninguna otra cosa que la «carne», a saber, en lo que él ha conseguido con su autodisciplina y con su valor. Y precisamente así se hace insoportable. ¡Hay que hacerse una idea al menos una vez del infierno que sería el vivir con una mujer perfecta o con un marido perfecto! El perfecto es un continuo reproche. De él no hay que esperar ayuda, porque nosotros sólo podríamos acudir a él como aquellos a los que él podría con todo derecho hacer toda clase de reproches. Así vive, según Pablo, precisamente el piadoso, el moralista fiel a la ley, que es «intachable» en la justicia exigida por la ley: en la «carne».

Y lo que vale para todos los hombres, se hizo evidente en Israel de un modo muy particular. El hombre vive alejado de Dios. Esto es válido no sólo para nuestras horas de debilidad, no

sólo en los baches de la vida, cuando uno se convierte en un animal, se abandona a sí mismo y se lanza a todos sus antojos; esto es válido también cuando somos piadosos y honrados y, precisamente así, nos consideramos más importantes que Dios. También donde y cuando el hombre no sólo piensa en el poder, en el dinero y en el placer, sino que se encierra en sí mismo de una manera permanente como moralista, lleno de complejos de inferioridad o plenamente convencido de haberse portado bien, ocupado siempre de sí mismo. Así, pues, él siempre confía en la «carne» en lugar de entregarse por completo al amor de Dios y vivir de él. Por eso Pablo puede afirmar que, precisamente la ley llevó al pecado a su punto culminante (Rom 5,20), incluso allí donde el pecado puede ocultarse tras una perfección moral intachable, de tal forma que no se advierte cuán falto de amor y egoísta es dicho pecado. Y precisamente ahí cambia la historia. Sólo el hombre que ha empezado a comprender que él, con su estrechez moral, no se ha hecho más digno de amor y no se ha acercado más a Dios, queda efectivamente abierto a Dios y a su venida. Antes, él sólo soñaba a todas horas con lograr esto y hacerse cada vez más perfecto. Pero ahora sabe que sólo el mismo Dios le puede sacar de su alienación. Ahora no debe estar siempre girando en torno a sí mismo y preguntarse cómo debe ser bueno o malo.

Sin embargo, estas son verdades inauditas. *Dios, de hecho, no ama menos al hombre si él se acerca con manos sucias o si aparece perfecto según la ley de Dios.* Así, pues, el hombre no puede ni debe merecer el amor de Dios. Si llega a cumplir la voluntad de Dios, y deja que Dios se sirva de él, entonces esto ocurre totalmente por amor de Dios y sin que se fije en la propia perfección o imperfección. Por eso, tampoco necesita pensar angustiosamente en conservar sus manos limpias. Puede aceptar el riesgo del fracaso. No debe retirarse a donde le espera menor responsabilidad y, por ello, a donde haya menos riesgo de equivocarse. Esto lo reconoció Lutero cuando escribió una vez a un indeciso y escrupuloso que le escribía consultándole: «¡Peca con más audacia!». Pero ya en el evangelio de Marcos, el primer hombre que reconoció a Jesús como el Hijo de Dios no fue un clérigo que hubiera tratado de contaminarse lo menos posible con el mundo y con su injusticia, sino precisamente un oficial de la

guarnición de ocupación, el cual precisamente había crucificado a Jesús y que, por tanto, había cometido un gran pecado y el cual sin duda en otros tiempos podría haber sido considerado como un criminal de guerra (Mc 15,39).

### El Espíritu como pleno poder de Dios

Así, pues, con el término «carne» Pablo trata de describir toda la actuación o, mejor incluso, *toda la vida del hombre*, que espera la salvación de los *propios esfuerzos*, de las convulsiones espasmódicas, diríamos. En cambio, con el término *Espíritu* describe la *actuación* del mismo Dios, que el hombre experimenta como un regalo, que llega sobre él para liberarle, responsabilizarle y llenarle de sentido. Esto lo podemos comprobar en otra descripción. En Gál 4,23, Pablo habla de un hijo que engendró Abrahán según la carne, esto es, confiando en las posibilidades terreno-humanas. Puesto que Sara entonces era bastante anciana, él engendró un hijo de una sirvienta a la que tomó como su segunda mujer. Sin embargo, al segundo hijo que Sara le dio después por un milagro de Dios, Pablo lo llama el hijo engendrado según la promesa de Dios.

En Flp 3,3, él confía en el culto «por el Espíritu» en lugar de confiar «en la carne»; en Rom 8,13-14 se contraponen la vida «según la carne» a la vida «por el Espíritu». Así, pues, la «carne» en estos pasajes es *aquello en lo que confía el hombre y en lo cual se fija. El «espíritu»*, por el contrario, *es el que actúa*, y nos otorga la vida y el servicio. Por tanto, tomado en sentido estricto, el Espíritu es el único «poder» que realiza algo, a saber, el propio poder de Dios. La «carne» es sencillamente lo que se encuentra ahí, lo humano-terreno y, por consiguiente, no es de suyo algo malo, pues es creación de Dios. Únicamente llega a ser algo malo por sus efectos: cuando un hombre lo espera todo de eso y, por tanto, se olvida de Dios. Naturalmente, puede convertirse en poder, pero propiamente sólo cuando el hombre se lo confiere. Así el alcohol se convierte en «poder» malo, cuando un hombre se entrega a él de tal manera que se somete a él, si bien el alcohol en sí no es algo malo y, por ejemplo, puede limpiar las heridas. De la misma manera todo lo humano-terreno, incluso el

esfuerzo por ser todo lo recto que sea posible, puede convertirse en un poder malo, si nos sometemos a él: y no porque en sí tal poder sea malo, sino porque el hombre sin Dios lo sitúa sobre sí. Por el contrario, el Espíritu de Dios es un auténtico poder, a saber, Dios mismo que actúa en nosotros.

En Gál 5, se establece con especial claridad esta diferencia. Aquí Pablo habla de que las «obras de la carne son manifiestas» (v. 19), y contrapone el «fruto del Espíritu» (v. 22). «Obra» es lo que nosotros hacemos, lo que *nosotros* primeramente creamos; el fruto crece. Por un lado se trata, por tanto, de una actitud que lo espera todo de las propias obras, como, por ejemplo, si uno amontona dinero sobre dinero, vivencias sexuales sobre vivencias sexuales, poder sobre poder, y se destruye a sí mismo y destruye su destino respecto a sus hermanos los hombres con su dinero, su sexo o su deseo de poder, o si llega a los mismos resultados con su moralismo. La alternativa es una vida en la que dejamos que Dios actúe. Esta es la razón por la que Pablo pone las «obras» en plural y cuando se refiere al «fruto» lo hace en singular. Esto es decisivo. Las obras pueden numerarse y amontonarse. Cada noche se puede dirigir una mirada retrospectiva al día y, después de realizar una estimación, considerarlo todo como estiércol o vanagloriarse en el éxito. Pero el «fruto» es algo completo. Con ello se describe una vida que se halla orientada a Dios en todos sus aspectos de luz y de sombra, con sus buenas acciones y sus fallos e incluso se sabe que Dios puede a veces servirse de nuestros fallos mejor que de nuestros éxitos o realizaciones. Naturalmente, Pedro no sería Pedro si no se hubiera podido entregar a Jesús como su Señor, incluso hasta dar la vida por él. Pero él se convirtió en una bendición para los siglos porque conocemos su negación antes (Mc 14,66-72) y después (Gál 2,11-14) de la pascua. En él aprendieron millones de hombres a vivir alegres y confiados con su Dios, a pesar de todas sus imperfecciones.

#### *El Espíritu de Dios en la vida de la comunidad: Pablo*

Así, pues, el Espíritu abarca la vida en su conjunto. En ningún caso es sólo un conocimiento de Dios que se elabora en la inteligencia. ¿Pero qué ocurre, según Pablo, cuando el Espíritu viene a un hombre?

#### Libertad

La respuesta a primera vista es extremadamente simple. El Espíritu revela a Jesús crucificado, nos dice Pablo. Esto quiere decir: Un hombre ya no se desprende de ese Jesús, el cual, después de un tiempo muy breve de vida activa, va plenamente consciente a la cruz, aunque no especialmente como un héroe. No se desprende de él hasta que advierte que la vida de Jesús fue una vida que puede hacerle libre y que puede devolver a su vida su propio sentido. Realmente somos libres sólo cuando reconocemos que Jesús no sólo es un modelo que debemos imitar, no sólo un guía que posibilita que le sigamos, sino un ofrecimiento de Dios que sólo podemos recibir como regalo de Dios. Si es verdad que Jesús muestra con su vida y con su muerte quién es Dios, entonces realmente el poder de Dios se muestra precisamente en la debilidad. Pero también es cierto que Dios nos acepta por Jesucristo en toda nuestra debilidad y no sólo cuando nos hallamos en la cumbre. Según eso, el hombre no debe mirar ya a su «carne», a sus ventajas o desventajas exteriores o interiores. Esto es lo que Pablo denomina la *justificación*. Tan importante es ésta para Pablo que él puede comparar la irrupción del Espíritu en el hombre sólo con la liberación de un esclavo de todas sus angustias (Rom 8,15-16.21; Gál 4,6-7.25-26; 5,1-5). «Donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor 3,17), casi una libertad increíble. Ninguna ley nos constriñe ya, ni siquiera la ley de la propia perfección. Dios nos ama antes de que podamos realizar nosotros algo por nuestra parte. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados» (1 Jn 4,10), o con palabras del mismo Pablo: «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom 5,8). Por eso no debemos vivir ya en una angustia permanente de aparecer llenos de insuficiencia ante nosotros o ante los demás hombres. Por eso tampoco debemos buscar ya denodadamente nuestra identidad: ésta ya se nos ha dado de antemano.

## Oración

Por eso, para Pablo, la acción propia del Espíritu es que nos otorga el poder orar o pedir. Nosotros aprendemos a decir «Abba, Padre» (Gál 4,6-7; Rom 8,15-17) y, por tanto, entendemos a Dios no como un poder lejano y misterioso, al cual se teme o del cual se prescinde en la vida encogiéndose de hombros, porque no se sabe nada exactamente de él, sino como aquél, que quiere vivir en medio de nosotros, y ciertamente, como uno que nos ama extraordinariamente. Así, pues, el primer y principal regalo no es una fuerza que nos capacita para nuevas realizaciones, sino la oración en la que nosotros dejamos a Dios que actúe como quiera, incluso si algunas veces somos débiles y buscamos la fuerza en otra parte. Esto es tan importante para Pablo, que puede incluso afirmar que nosotros ni siquiera sabíamos cómo debíamos orar, y que el Espíritu debía traducir de tal manera nuestra estúpida oración que Dios la escuchara adecuadamente (Rom 8,26-27). *Así, pues, tampoco el orar es una realización nuestra.* Es un don o regalo, de la misma manera que para un niño, después de haber cometido una travesura, es un regalo el poder hablar de nuevo con su madre, sin que piense que con ello realiza una acción especial. Esto ya lo sabía Jesús cuando afirmaba que nosotros no necesitábamos utilizar muchas palabras, como si, por medio de unas oraciones especiales y bien realizadas, debiéramos merecer la ayuda de Dios: y que Dios sabe ya lo que necesitamos, antes de que abramos la boca: y que nosotros no *debíamos*, sino que *es un privilegio* decir: «Padre nuestro que estás en los cielos...» (Mt 6,7-13).

## Santificación

Sin embargo, esto no sucede por casualidad. Cuando un hombre aprende a usar el don del Espíritu como una base para su vida, esto influye en él. Se puede expresar eso también así: vive ahora, en cierta medida, en otro «aire» o en otra «atmósfera», que le rodea y que le penetra por todos los poros, de un modo semejante a como un enfermo de los pulmones es llevado al aire de la montaña y allí puede curarse. Por eso Pablo puede decir, en el

mismo párrafo de Rom 8,1-10, que nosotros vivimos ahora «en Cristo» o «en el Espíritu» y también «Cristo en nosotros» o el «Espíritu en nosotros». Así el Espíritu, aquel poder que recibimos como puro regalo de Dios, se convierte también en la norma de nuestra vida. Que nosotros, en cuestiones totalmente concretas, podamos diferenciar qué es lo correcto y qué es lo falso, lo considera Pablo expresamente como un regalo del Espíritu (1 Cor 7,40). Esto no es ninguna ley nueva. El Espíritu nunca impulsa, como dice Pablo, a que «nos pongamos mutuamente una soga al cuello». Pero nosotros nos hallamos de tal manera en camino que no miramos ya a la «carne», sino a lo que el Espíritu quiere otorgarnos. Ahí encontramos nosotros la vida y la paz efectivas. Concretamente, ahí «se completa» lo que Dios exige de nosotros: no simplemente *por* nosotros, sino *en* nosotros, porque a nosotros nos llega lo mejor como regalo.

Cuanto más normal y naturalmente vivamos sin creernos el ombligo del mundo, tanto mejor (Rom 8,4-6). En Gál 6,8, afirma Pablo la misma idea con otra imagen: «lo que importa es dónde el hombre siembra y de dónde espera el fruto correspondiente, si de la carne o del (no de 'su') Espíritu».

Por eso, el *hecho de ser lavados, santificados y justificados es un único y el mismo regalo del Espíritu* (1 Cor 6,11). En Jesús son lavados nuestros pecados, esto es, toda culpa o todos los lados sombríos son cubiertos por lo único decisivo, a saber, que Dios nos acepta tal como somos. Por él somos «justificados», es decir, Dios nos acepta con todo lo que nos pertenece. Y luego somos «santificados», es decir, apartados por Dios allí donde él quiere usar de nosotros, donde quiere sanarnos y sanar por medio de nosotros a los demás. Por eso la fe no es nunca un acontecimiento que se da una vez por todas, una decisión para aceptar ciertas verdades, sino toda una vida, con todos sus progresos estables o equivocados, con todos sus logros jubilosos o secos decaimientos, con todas sus realizaciones magníficas o los baches lamentables. Pablo incluso puede decir, en un contexto en el que él habla de los problemas sexuales, que nuestro cuerpo se ha convertido en «templo del Espíritu santo» y, ciertamente, porque el mismo Dios nos «ha comprado caro» («comprado a precio») (1 Cor 6,20-21). Y puede decir lo mismo, en un contexto en el que habla de las discusiones religiosas, de la comunidad como un

todo, para la cual Dios puso el «fundamento» en Cristo (1 Cor 3,11-16). Así de real es para Pablo, lo que ha ocurrido. Si nosotros somos tan importantes para Dios, el Señor de todos los sueños mundanos y de todos los sistemas del mundo, que ha venido a nosotros en Jesús, ¿cómo podríamos nosotros amar tan poco nuestro cuerpo y nuestra sexualidad, que quiere utilizar Dios, de forma que los degradáramos? ¿Y cómo podríamos dar tanta importancia a nuestras iluminaciones religiosas y a nuestras capacidades en este sentido que se quebrante con ello la comunidad? Así el Espíritu es también siempre el «Espíritu de santificación» (Rom 15,16). Cuando creemos así, el Espíritu viene a nosotros de forma siempre nueva como la promesa que mira hacia el futuro (Gál 3,14), sin duda como esperanza de un ser justos, lo cual se cumplirá por completo sólo en el futuro de Dios (5,5).

#### Apertura a los demás

Pero, sobre todo, esto nos abre también a los otros hombres. Porque, efectivamente, el que se ve libre de sí mismo, *se ve también libre para aquél que necesita de su amor*. El que no pretende arramblar avariciosamente todo lo que puede, ése recibe un espacio para los demás hombres. Así el superintendente de los publicanos, Zaqueo, se ve libre de sus riquezas en favor de aquellos que necesitan de su dinero más que él (Lc 19,1-10); así también Pablo se ve libre de su propia justicia para confraternizar con aquellos que no eran tan perfectos moralmente como él (Flp 3,6-7), y Pedro sirve de consuelo para millones de lectores de los evangelios. En lugar de afirmar que nosotros vivimos «en el Espíritu» o «en Cristo», Pablo puede decir también que nosotros vivimos *en «el cuerpo de Cristo»*. Y, expresamente, asocia esto en 1 Cor 12,13 con la acción del Espíritu. «Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en *un solo* Espíritu, para constituir *un solo* cuerpo... y hemos bebido *el mismo* Espíritu». La palabra «cuerpo» subraya que nosotros, por ello, nos hemos convertido en una comunión viva con todos los demás creyentes y que, por tanto, hemos sido ensamblados en una comunidad. Por eso se designa el amor («el amor del Espíritu»: Rom 15,30) como el primer fruto (Gál 5,22) y, en el himno a la caridad, se men-

ciona como el más alto don del Espíritu (1 Cor 12,31-14,1). Él es el único don que resume todos los demás (cap. 12) y así edifica a la comunidad (cap. 14, cf. también Rom 12,9a, entre los versículos 3-8 y 9b-13). Pero de esto tenemos que seguir hablando todavía.

#### *La multiplicidad de los dones del Espíritu: Pablo*

##### La confesión como criterio

Aquí, en Pablo, se establecen correctamente las orientaciones básicas para milenios, ya que él, mientras vivió, nunca abandonó a Jesús Crucificado y, por ello, reflexionó hasta las últimas consecuencias lo que eso significaba para él y para la comunidad. Pablo no niega que las curaciones de enfermedades, las profecías y la glosolalia existan, todo lo cual es don del Espíritu. Pero él recuerda a la comunidad que también ellos, como gentiles, habían tenido experiencias semejantes (1 Cor 12,2). *Así, pues, Pablo entendió que lo extraordinario y lo singular de una experiencia no dice de suyo nada sobre si es efectivamente el Espíritu santo quien actúa*. Esto depende ampliamente del temperamento, de la educación e incluso del clima en el que nos hemos criado. Incluso dentro de la pequeña Suiza tenemos a los sobrios habitantes de Zürich, que apenas hablan acerca de su fe, a no ser que sean eclesiásticos, y tenemos a los de Ginebra, a los cuales les parece algo muy natural el terminar una tarde de danza con una oración. Pero esto ocurre mucho más en el sur. Los habitantes de Tesino se ríen y lloran mucho más fácilmente que los que habitan en el norte, y viven todas las cosas con más fuerza, incluso en lo referente a Dios. Y así unas veces necesita Dios de todo el entusiasmo de un país del sur, para abrirse paso a través del aburrimiento o tedio de su iglesia, y otras veces se sirve de la sobriedad y seriedad de un país norteño para hacer volver a los carriles normales lo que puede convertirse en un fanatismo o en una exaltación. Algo semejante se puede afirmar de los modernos *movimientos carismáticos*. ¡Cuán apremiantemente necesitamos nosotros de aquellos que viven su fe, por así decirlo, en «alta tensión» para poner de nuevo en movimiento lo que se halla encallado! Pero, a

la inversa, tampoco se puede vivir durante mucho tiempo en una alta tensión pues, si el Espíritu no sopla con el vigor prístino, se comienza por ayudar un poco para acabar engañándose inconscientemente, porque entretanto se sabe cómo se manifiesta el Espíritu. Las manifestaciones que originariamente eran con toda sorpresa nuevas, se convierten luego en algo más o menos automático. Por ello, los que están movidos por el Espíritu necesitan a su vez de los demás, los cuales están abiertos a lo nuevo con todo lo que contiene, pero también saben cómo esta novedad en la vida de todos los miembros de la comunidad, incluso de los menos movidos, y durante muchas décadas puede ser fructífera, incluso cuando esa novedad es más silenciosa y se muestra con menos fuerza. Pablo reconoció que el único criterio que diferencia al Espíritu santo de cualquier otro tipo de entusiasmos, consiste en que el hombre puede confesar: «Jesucristo es Señor» (1 Cor 12,3). Naturalmente, Pablo no es que piense que baste con pronunciar sólo esas tres palabras. Se trata sin duda de la *confesión de fe*, que debe ser pronunciada con la boca, pero también con el corazón (lo cual, según la fe veterotestamentaria, incluye asimismo toda la actuación vital voluntaria del hombre), como formula él mismo en Rom 10,10. Donde actúa el Espíritu, puede ocurrir esto de un modo extraño o de una manera sumamente ordinaria y corriente; pero siempre está Jesús el Señor sobre nosotros. Si el que habla en lenguas se coloca a sí mismo en primer término y trata de extender sus dones por todas partes, entonces es él el Señor y no Jesús. Y cuando un miembro sensato de la comunidad condena todo lo que se sale de lo normal y sólo quiere aferrarse a lo que siempre ha sido así, entonces es también él el Señor y no Jesús.

El amor al prójimo como criterio: la glosolalia y la profecía

Pablo puede contemplar esto mismo también desde otro ángulo, cuando destaca que el Espíritu se ha dado para utilidad común (1 Cor 12,7). A saber, donde Jesús es el Señor, los dones están al servicio de los otros y no ya para magnificar a su poseedor. Así, pues, se puede decir también: *donde el Espíritu no conduce a la comunidad (o a la comunión) y no construye la*

*comunidad como un todo, allí ya no está el Espíritu de Dios.* Aquél que cree estar en posesión del Espíritu de tal manera que se convierte en centro de la escena con su don y no puede ordenarse ya a otros sino que forma un partido propio, no es ya un portador del Espíritu, sino un «hombre de la carne o carnal» (1 Cor 3,1-4). Esto lo explica Pablo más extensamente en el capítulo 14. La *glosolalia* les parece a los corintios sin duda el don del Espíritu más sublime, puesto que aparece de una manera muy singular e inexplicable. Esto puede comprenderse. También nosotros pensamos: si uno ora en silencio, para sus adentros, esto es ya sin duda don del Espíritu; pero si puede orar en voz alta ante otros, nos parece que esto es más; y mucho más si no sólo reza un padrenuestro, sino que reza de un modo libre y si le vienen a la boca palabras de la Biblia o expresiones desacostumbradas en la liturgia; en este caso nos parece que se halla en un grado más alto. Si se piensa de esta manera, de hecho se habría llegado al más alto rango cuando se ha llegado al extraño fenómeno de la glosolalia. Por supuesto, que Pablo valora en mucho la glosolalia: «Doy gracias a Dios de que hablo en lenguas más que todos vosotros» (14,18). Muchas veces hemos experimentado que las palabras son inadecuadas para expresar nuestros sentimientos. Así, por ejemplo, se puede intentar, en los montes, expresar en silencio la hermosura del panorama que se contempla o hacerlo con un par de palabras entrecortadas. Pero se advierte que ni esto basta, y se expresa la propia alegría en un grito jubiloso. En la vida del amor se puede intentar expresar en palabras lo que le ocurre a uno; pero esto tampoco basta, y sólo el suspirar o el sollozar de felicidad revela esta emoción. ¿Cómo iba a ocurrir de otra manera en la oración, si el Espíritu de Dios nos llena de tal manera que no bastan ya las palabras? Pablo, sin embargo, continúa: pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi mente para instruir a otros, «a decir diez mil palabras en lenguas» (14,19), puesto que aquí se trata de la «edificación» de la comunidad. Así, pues, la cuestión es *si el Espíritu puede servir a los otros, o edificar a los demás*. Pero Pablo va aún tan lejos que declara que es decisivo para calibrar el éxito de un servicio religioso el increíble o extraño que viene de fuera. Si él entiende lo que se anuncia o predica y, ciertamente, de tal manera que le afecta en lo que vive, esa es la cuestión decisiva

(14,23-25). Porque si, efectivamente, no entiende nada, tampoco puede decir «amén» a lo que se propone y, entonces, algo ha ido mal (14,16). Si el oyente muestra su acuerdo o no, esto evidentemente depende de Dios. Pero el oyente debe poder decir sí o no; no puede marcharse encogiéndose de hombros por no haber entendido nada, ni poder protestar ni mucho menos poder verse transformado por ello. Ahí también se puede hablar en lenguas sin el don de la glosolalia, a saber, en un idioma que el que viene de fuera no entiende; y entonces puede murmurar ciertamente un «amén» si la liturgia lo prescribe, pero sin haber entendido nada. Este es el peor de los casos. Donde existe una auténtica glosolalia, aunque él no entienda nada, por lo menos puede sospechar probablemente que un hombre se halla influenciado por Dios en todo su ser. Pero cuando uno enseña en una lengua extraña —de alta teología o que no dice nada al pueblo— que no se preocupa lo más mínimo de que la capten los hombres que están presentes y la apliquen a la vida que viven, entonces el Espíritu de Dios se halla lejos de tal predicación. En la Carta a los romanos, Pablo, en una lista similar de dones de la comunidad, se refiere también a los extraños, los cuales en fin de cuentas no se preocupan de la comunidad e incluso dificultan la vida eclesial. También frente a ellos tiene la comunidad una responsabilidad decisiva (12,14.17.21); sin embargo, ahí (excepto en el v. 11) no se habla directamente del Espíritu. En 1 Cor 14, por el contrario, Pablo establece la norma de que no todos los que se ven impulsados por el Espíritu deben hablar simultáneamente, sino uno después de otro y sólo en cada caso dos o tres (14,27-29). Ciertamente que refleja un inaudito entusiasmo el hecho de que actúen simultáneamente, por ejemplo, una docena de personas que hablen en lenguas y profetas. Pero esto no es la vida del Espíritu santo, pues éste trata de edificar la comunidad. Él no habla en algarabía, al tuntún; él apunta a aquél que viene hambriento y que debería escuchar la palabra justa y correcta. Por eso «el espíritu de los profetas está sometido a los profetas» (14,32) y, por ello, debe ser juzgado por la comunidad.

Pero esto, sin embargo, es una frase inaudita. Muy pronto se generaliza en la iglesia la opinión de que a uno que habla en el Espíritu no se le puede criticar de ningún modo; en efecto, esto sería un pecado contra el Espíritu santo (*Didajé* 11,7); pues éste

sólo hablaría cuando la voluntad humana habría quedado eliminada (Hermas, *Mandamiento* XI, 8), de forma que uno, por ejemplo, podría estar hablando a lo largo de dos horas sin poder detenerse (*Martirio de Policarpo* VII, 2). Así pensaban también los griegos influidos por las teorías de Platón, y así creía también Filón. Pero Pablo sabe que el don que resume todos los demás dones del Espíritu es el amor: «Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (13,1). Eso es lo realmente decisivo y no la cuestión de cómo se plantea psicológicamente el hablar en el Espíritu.

### ¿Qué significa esto?

Pablo ve la actuación propia del Espíritu en que Jesús el Crucificado sale al encuentro de un hombre y no le deja ya. De este modo *se transforman de una manera curiosa las normas de la fortaleza y de la debilidad*. La práctica religiosa espectacular puede incluso no ser nada, y una acción completamente insignificante, no vista por nadie sino sólo por Dios, puede ser una acción en el Espíritu santo. Por eso Pablo puede colocar el extraño, fortísimo e impresionante fenómeno religioso de la glosolalia, en 1 Cor 12,10 y 28, al final de una serie: y no porque no pueda ser una expresión de una vida intensa con Dios, sino porque puede ayudar poco a los demás<sup>9</sup>. Por eso no hay ninguna jerarquía de los dones. En Rom 12,7, el diácono se halla antes que el doctor o maestro (y, por tanto, antes que el profesor de teología); y en 1 Cor 12,28, éste se sitúa en seguida después de los apóstoles y de los profetas. En una ocasión, es éste y en otra otro el mayor y el más importante de los dones, según lo utilice Dios. Pero lo más interesante son las dos listas de 1 Cor 12,28 y 29-30. Ambas son idénticas, sólo que en la segunda los dones de asistencia a los otros y de dirección (¿o más bien de organización?)

9. Pablo explica incluso que ella puede servir a los demás a lo sumo como señal de juicio al rechazarles y no atraerles a la fe (14,21-22). Lutero reconoció hasta qué punto puede operar la fuerza del Espíritu en la debilidad de la iglesia: «La iglesia está oculta y los santos son desconocidos» (Sauter, 63, cf. 69-70).

faltan; sin embargo, esto ocurre sin duda porque nadie los apetece. En los vv. 29-30 formula concretamente: «¿Acaso todos son apóstoles? ¿todos profetas?». El servicio de asistencia a los demás o también la dirección parecen a los corintios que no son siquiera de tipo religioso. Es que para la asistencia a los otros parece como si no se necesitara del Espíritu santo, sino tal vez fuera suficiente una olla para poder cocinar la comida para un enfermo o una escoba para barrer la iglesia. Y para la dirección, parece como si sólo fuera necesario un poco de talento organizativo. Pero Pablo sabe que la asistencia a los otros y el servicio de organización son tan dones del Espíritu santo como la glosolalia, la profecía y la oración.

Lo que dice Pablo suena de una manera extremadamente dura. Si un tenedor de libros, por amor a su comunidad, pone en orden las finanzas, puede actuar en él de la misma manera el Espíritu santo que si otro realiza una predicación fervorosa o misionera con el mejor celo u ora con la mayor profundidad o irrumpe en glosolalia. Experiencias religiosas con un poder que les rebasa ya tuvieron los corintios en su época pagana. De hecho, *se trata ahí siempre de dones «naturales»*; porque el Espíritu de Dios es el Espíritu de la creación. Pero todavía mejor se puede afirmar a la inversa: *todos son dones «sobrenaturales»*; pues Dios toma el don de un hombre a su servicio, y ahí es todo muy distinto de lo natural.

Así, pues, si uno en un modo de hablar totalmente corriente habla de Jesús, esto no es extraordinario; pero si, a través de eso, Dios empieza a hablar y llama a un hombre a la fe, entonces se ha dado el milagro del Espíritu santo en toda su plenitud. Si uno puede hablar en lenguas y curar los enfermos por la oración, esto es algo extraordinario, pero no es un milagro. Es un don, que en la mayoría de los hombres se halla como escondido, pero aquí o allá sale a flote, sin que el hombre interesado necesariamente tenga que ver con Dios. Pero si Dios se sirve de ese don para llamar a un hombre a la fe, entonces, sin embargo, el milagro del Espíritu santo no es menor, pero tampoco mayor que en el primer caso. Sin embargo, hay épocas en las que Dios debe utilizar dones extraordinarios, para que nosotros le escuchemos y por ello le deberíamos estar agradecidos. Pero hay asimismo otras épocas en las que necesitamos en primer término dones ordinarios.

Ambas cosas pueden ser, según la situación, muy importantes; pero no es que así los dones extraordinarios sean más admirables o más sobrenaturales que los ordinarios. No se trata en ningún caso de considerar el don de la glosolalia o de la curación como un hecho o fenómeno puramente natural. Con ello se trata más bien de entender no sólo esos dones, sino también los *dones de la asistencia a los otros y de la conversación inteligible como milagros incomprensibles del Espíritu santo*, en cuanto que llaman a los hombres a la fe, los consuelan o los pueden llevar al amor.

Así lo entiende Pablo; en tres frases paralelas (12,4-6) habla de esto. Se trata de «dones de gracia» que otorga el Espíritu. Con ello se trata de expresar que eso es un regalo, que en último extremo radica en el mundo de Dios y que, por tanto, procede «de arriba». Esto se destaca especialmente con la referencia al «Espíritu». Junto a esta línea vertical, se halla la horizontal: el don de gracia es asimismo siempre «servicio» a los demás, tal como lo otorga el «Señor». Esto queda suficientemente expresado con la referencia a Jesús, puesto que él mismo vivió ese servicio y, por ello, lo espera también de sus discípulos. Y finalmente esa acción es, digámoslo de nuevo, obra del Espíritu. A eso se alude especialmente mediante la expresión «pero uno mismo es Dios que obra todas las cosas en todos». De ahí que también *los diversos dones se corresponden y dependen entre sí como los miembros de un mismo cuerpo* (v. 14-25). Por eso en la comunidad cesan los complejos de inferioridad. Sin embargo, la «oreja» porque no es un ojo no puede decir que no pertenece al cuerpo. Nosotros sin duda comprendemos a esa «oreja». Si uno está totalmente al lado como la oreja, tal vez totalmente cubierto por la cabellera y sin ser visto por nadie, si el amigo mira a su amiga sólo a los ojos y no a las orejas, en ese caso una «oreja», es decir, un miembro insignificante de la comunidad, puede pensar que no sirve para nada y que se puede prescindir de él.

Y a la inversa, Pablo explica que así desaparecen los sentimientos de orgullo de la comunidad. Sin embargo, un «ojo» puede no querer saber nada de las manos. También podemos entender a este ojo. Si se pretendiera ver todo como el ojo desde arriba, mientras que las manos están lavando algo en un cubo sucio, se podría pensar que todo iría mucho mejor si no se tuviera consideración con todos los posibles miembros sucios, postergados.

Pero Pablo escribe: «Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿dónde estaría el oído?». Conviene imaginarse esto: todo un cuerpo que no estuviera constituido por otra cosa que por un ojo gigantesco rodeado de un poco de piel. Esto sería a lo sumo un monstruo o engendro horrible, que se podría conservar en alcohol y mostrar, para su pasmo, a los estudiantes de medicina. Pero Pablo pretende decir que algo así sería una iglesia en la que no existiera más que un solo servicio, que pretendiera hacerlo todo, por ejemplo, el de un párroco. De tal engendro serían culpables ambos grupos: por una parte, aquellos que por una excesiva modestia opinan que no pueden ni deben colaborar en nada y, por otra, aquellos que, por un convencimiento exagerado de la importancia de su servicio, prescinden de los otros miembros de la comunidad más retrasados. «Si un miembro sufre, todos los demás miembros sufren con él» (v. 26); esto quiere decir, en este contexto, no sólo que toda la comunidad debe participar en el sufrimiento o en la enfermedad de cada miembro en particular, sino que toda la comunidad sufre desde el momento que un solo miembro de la comunidad no puede ejercer el servicio que le ha otorgado Dios. Y si un miembro es honrado, todos a una se gozan aunque fuera el don más insignificante y ordinario el que se ejerce.

El Espíritu, según Pablo, opera allí donde Jesús, con su vida que conduce a la luz, no deja ya libre a un hombre. Esto afirmó el *primer párrafo* acerca de Pablo. Esto significa una inaudita libertad, a saber, la libertad de toda carne de la multiplicidad de cosas que puede tener aprisionado al hombre y que puede incluir desde el dinero hasta el ansia de perfeccionarse. Esto queda claro en el *segundo párrafo*. Esto hace al hombre libre, como mostraba el *tercer párrafo*, libre de sí mismo y por eso libre para el amor y, por tanto, lo sitúa en comunión con los demás, lo introduce en la comunidad. Y esta libertad es un asunto tan serio que él puede vivir como miembro en un cuerpo. Tal vez esta libertad se muestra de la manera más intensa y sorprendente en que el hombre, precisamente en su vida religiosa, no debe brillar en modo alguno, ni llamar la atención de una manera especial. Él puede alegrarse en el don de los demás de la misma manera que en su propio don y puede prescindir de toda demostración de su piedad ante los demás, ante sí mismo y ante Dios a no ser que esto pueda ayudar efectivamente a los otros y, muy especialmente, a los que

están fuera. Esto se afirmaba sobre todo en el *cuarto párrafo*. Cuando un hombre puede empezar a vivir así, entonces el Espíritu le ha regalado de tal manera a Cristo crucificado, que algo de él se ha introducido en su corazón.

#### *El Espíritu santo como revelador del Crucificado: Juan*

Si examinamos ahora al evangelio de Juan bajo las mismas palabras clave y en la misma serie de temas que las cartas de Pablo, veremos coincidencias y diferencias. Algunos conocimientos que Pablo había formulado más o menos medio siglo antes, se habían hecho, mientras tanto, corrientes y comunes: pero frecuentemente en Juan se destacan aspectos de la actuación del Espíritu diferentes de los que Pablo pone de relieve.

De la conversación de Jesús con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento desde arriba ya hablamos en las páginas 93-94. Aquí hay que advertir que, de un modo semejante a lo que ocurre en Pablo, también se apunta *al anuncio del Hijo de Dios crucificado* (3,14-15). Pero de un modo totalmente distinto a lo que sucede en Pablo, no se destaca la importancia del Crucificado y la extraña ley de Dios que realiza su fuerza precisamente en los débiles, sino, por el contrario, se habla de la «*exaltación*» *del Hijo del hombre*. Evidentemente, se trata de una exaltación muy extraña, a saber, la exaltación en la cruz. Pero Juan nunca destaca en ella los dolores, el abandono, la necesidad o la angustia. Incluso en 12,27, donde Jesús dice: «Ahora mi alma se siente turbada», esto se ve corregido inmediatamente por el hecho de que reconoce en eso el camino de Dios. «Tengo sed», dice Jesús, pero únicamente para que se cumpla la Escritura, no porque él tenga realmente sed (19,28). Tampoco Juan refiere la exclamación o grito con que muere Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34.37), sino sólo menciona su grito de victoria: «Todo se ha cumplido» (Jn 19,30). También en la conversación con Nicodemo, el Crucificado es aquél al que todos deben mirar para recibir en él la curación, la salvación y la vida. Ciertamente que Juan destaca expresamente que el Hijo del hombre bajó del cielo y que ha de subir de nuevo allí (v. 14). Él es, como dice inmediatamente después, de hecho y en verdad el Juez: cuando

el Espíritu hace al hombre de tal manera nuevo que aprende a vivir con Jesús entonces ha hallado la vida ciertamente, y se ve salvado en el juicio: donde esto no ocurre, ya se ha realizado el juicio sobre él (v. 18). Todavía esto se expresa con mayor claridad en 5,24, donde, en lugar del Espíritu, se habla de la «palabra» o del «Verbo»: «En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado porque pasó de la muerte a la vida». Tan importante es para el cuarto evangelista el encuentro con Jesús que, para él, no abarca únicamente el pasado: el verse liberado de todo lo que nos podía juzgar; ni sólo el presente: la vida que merece tal nombre, porque ha logrado su sentido y su meta: sino también el futuro: tal vida permanecerá hasta en la eternidad.

Pero también, según Juan 11,49-52, el Espíritu es el revelador del Crucificado. Esta es la razón por la que el sumo sacerdote votó por la ejecución de Jesús, basándose únicamente en reflexiones políticas: que era mejor que muriera uno solo por el pueblo que todos perecieran, en el caso de que las fuerzas de dominación romanas actuaran a causa de la conmoción de masas producida por Jesús. Esto, dice Juan, lo profetizó «porque era aquel año el sumo sacerdote»; pero, de hecho, Jesús, evidentemente en un sentido totalmente distinto, murió por todo el pueblo, y más aún, por aquellos que se hallaban totalmente alejados. Tampoco aquí se habla de la impotencia y de la tribulación del Jesús que muere, sino de su sentido victorioso, que descubre el Espíritu a los creyentes. Esta es una afirmación muy curiosa. Aquí la actuación del Espíritu se entiende como *profecía* en el mismo sentido en que Filón concibe la inspiración, pero al mismo tiempo se reflejan ahí las antiguas experiencias de Israel. Así, pues, el Espíritu de Dios llega como un extraño a nosotros e incluso puede hablar a través de un hombre, donde éste ni siquiera sospecha lo que propiamente dice. Ciertamente, Juan nunca nos habla de una glosolalia que aparezca exteriormente. Pero él sabe que el Espíritu de Dios puede llenar las palabras inteligibles de un hombre con un sentido totalmente distinto que el que entiende la inteligencia del que habla. Esto es algo que nosotros experimentamos siempre en las conversaciones que tratan de profundizar, incluso aunque no se trate de un modo tan extremo de que el nuevo sentido sea contrario del que se menciona originaria-

mente. Es una experiencia que hace posible primeramente la predicación y sobre todo una auténtica práctica pastoral: a saber, la experiencia de que el Espíritu santo mismo otorga frecuentemente a la débil e incluso estúpida palabra del hombre, la fuerza y el poder de penetración.

### *Espíritu y carne: Juan*

#### Cielo y tierra

El fuerte énfasis en la majestad de Jesús se hace visible asimismo allí donde Juan habla de la oposición del Espíritu respecto a la carne. Así, pues, él utiliza los mismos conceptos que Pablo: pero coloca el acento de distinta manera. En esto se sitúa dentro de una larga tradición. Efectivamente, en el judaísmo precristiano se concebía que los seres espirituales, a saber, los ángeles e incluso tal vez también los arquetipos ideales del mundo terreno, vivían en el cielo, mientras que los seres carnales habían sido desterrados a la tierra.

En la comunidad neotestamentaria, se entiende, por ello, la resurrección de Jesús como la entrada en el mundo del Espíritu. Este es el punto de partida de Juan y, a primera vista, parece como si hablara simplemente de *un mundo del Espíritu en el cielo*, allá arriba, y de *otro mundo de la carne en la tierra*, es decir, pensaba de un modo semejante a como lo hacían muchos griegos de aquel tiempo, los cuales distinguían un mundo ideal celeste y otro material y, por tanto, mucho más imperfecto, de un mundo terreno que apesadumbraba al alma. Sin embargo, el «nacido del Espíritu» significa, en Juan, lo mismo que «nacido de Dios» (1,13; 1 Jn 3,9 y *passim*). Uno o procede «de arriba», es decir, «del cielo» o es «de la tierra» (3,31) o «de arriba», «de Dios» o «de abajo», «de este mundo», «del diablo» (8,23.42.44.47; 15,19; 17,14.16). A Nicodemo Jesús le dice que no puede entender todavía las «cosas celestiales», porque no ha nacido de arriba, del Espíritu (3,12). Así, pues, ¿opina Juan que el creyente debe huir, cuanto antes le sea posible, de este mundo y establecer su morada en el «cielo», junto a su Señor Exaltado, es decir, que durante su vida terrena debe vivir con sus pensamientos sólo en el cielo?

## El cielo en la tierra

Pero Juan no puede opinar así. No existe ningún pasaje acerca del Espíritu que describa una vida en el cielo. *El Espíritu vive sobre esta tierra*. Lo que Juan trata de expresar con la mayor claridad es aquello que ya experimentaron los profetas veterotestamentarios: *en el Espíritu viene realmente el mismo Dios al hombre*, y éste no habla ya sólo consigo mismo y no sólo baja a las capas más profundas de su propia alma, sino que puede escuchar «de arriba» la palabra liberadora. Pero esto tampoco es simplemente un acontecimiento sumamente misterioso que no tiene nada que ver con las circunstancias y posibilidades terrenas. En el mismo contexto en el que Jesús habla de «abajo» y «arriba», de «este mundo» y de «otro mundo», de «Dios» y del «diablo», dice: «Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (8,31-32). Así, pues, *el cielo o el mundo de arriba hay que buscarlo en las palabras de Jesús*. En Jesús ha llegado el cielo a la tierra, aquella otra vida que ha encontrado de nuevo su sentido y que se asemeja a aquello que ocurría poco después de la creación que Dios «vio que todo lo que había creado era bueno» (Gén 1,31). Las palabras de Jesús son «Espíritu y vida» (6,63); él habla las palabras de Dios y Dios «le da el Espíritu sin medida» (3,34). Esto no tiene nada que ver con la antítesis entre espiritual y material. Por eso, las conocidas palabras de Jesús: «Dios es espíritu y los que le adoran le han de adorar en espíritu y en verdad» (4,24) no tiene nada que ver con un culto puramente interior. Por otra parte, Jesús se vuelve contra aquellos que opinaban que precisamente sólo entre ellos se podía dar culto adecuadamente a Dios. Pero esto no significa un retorno a la interioridad del individuo, sino precisamente el saltar por encima de los límites que hasta entonces habían existido hacia la comunión o comunidad, en la cual incluso los que se hallan más alejados pueden encontrar un lugar y en ella todos se convierten en uno (10,16; 17,21). Y que esto no es sólo una unión interior, sino un ser para otros y con otros muy exterior, lo dice la primera carta: «El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?» (1 Jn 3,17). Lo que quedó claro anteriormente, se muestra ahora una vez más: el

Espíritu vive allí donde un hombre se convence de que en Jesús viene Dios y el nuevo mundo a él, le restablece y le compromete.

Así, pues, en Juan hay que ver ambas cosas: en Jesús llegó el cielo a la tierra, la palabra divina se hizo carne (1,14). Y de la misma manera que Jesús peregrina por la tierra y comparte las necesidades de sus hermanos los hombres, así vive también el discípulo de Jesús sobre esta tierra y éste no debe tomar en serio sólo sus propias necesidades, sino también las de los hombres, sus hermanos. Pero al mismo tiempo vive Jesús y su discípulo «de arriba», determinado por Dios en toda su actuación y en todo su vivir.

*El Espíritu santo en la vida de la comunidad: Juan*

## El Espíritu de la libertad

Lo mismo que Pablo, Juan habla de la libertad del creyente. Y lo mismo que él, establece esa libertad en contraposición con la anterior esclavitud y, como él, describe la fe como el paso de condición de esclavo a la de hijo o niño (8,32-36). Y por supuesto, él habla en este contexto de la palabra liberadora de Jesús; pero así como ésta «hace conocer la verdad», así, después de la resurrección de Jesús, es el «Espíritu de la verdad el que conducirá a los discípulos a toda la verdad» (14,17; 16,13). Sin embargo, el tono es distinto del de Pablo. Ciertamente se trata, lo mismo que en Pablo, de la liberación del pecado: pero el pecado no consiste únicamente en que el hombre se ve atrapado por la ley, en una vida en la que incluso con su moral y su piedad no gira más que en torno a sí mismo, sino propiamente en que el hombre *no reconoce a Jesús como el enviado de Dios* y por eso le clava en la cruz (8,37-40).

Esto lo muestra ya la palabra clave que se repite en diversas ocasiones de la «verdad», que se debe reconocer. Así, pues, Juan no habla como Pablo de muchas cosas sobre las que un hombre construye su vida y las cuales, sin embargo, no son más que carne, como son el dinero, la sexualidad o incluso la legalidad. En él, por tanto, se trata de una única cosa, de la verdad que regala Dios: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único

Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo» (17,3). En una concentración inaudita, se resume todo en un acontecimiento, a saber, que un hombre advierte que Dios le sale al encuentro en Jesús. Pablo también podía decir esto en último término, pero él destaca que el creyente no sólo adquiere una nueva visión, sino que aprende a vivir esta visión en miles de decisiones prácticas de cada día. En ellas debe ejercitarse en construir no ya sobre la carne, sino sobre aquello que el Espíritu de Dios le descubre como un nuevo camino. A eso trata de ayudar el apóstol con sus indicaciones tan prácticas. Juan, por el contrario, experimentó el ser engendrado de nuevo desde arriba de una manera tan radical que lo espera todo del Espíritu y de la verdad otorgada por él.

Evidentemente, Juan sabe asimismo que los creyentes viven también en este mundo y, por tanto, con los demás. Es también precisamente el Espíritu el que impulsa hacia los demás: «corrientes de agua viva (a saber, del Espíritu) correrán de su seno» (Jn 7,38-39). Nuevamente ahí no hay que entender otra cosa que el testimonio de Jesús, que les otorgará el Espíritu santo y al cual deben responder, incluso en caso de necesidad, hasta con la muerte (15,26-16,2). De la misma manera que la palabra de Dios libera de todos los pecados (8,32-36), así la palabra de los creyentes acerca de Jesús, en la que actúa el Espíritu santo, liberará de los pecados (20,22-23).

### El Espíritu en la construcción de la comunidad

Hasta qué punto desempeña el Espíritu santo esta tarea, lo muestra la primera carta de Juan. De un modo distinto a lo que ocurre en Pablo, no se habla ya de los diversos modos de actuación del Espíritu. Que los miembros de la comunidad han recibido la «unción», es decir, el Espíritu santo (cf. Lc 4,18; Hech 10,38; 2 Cor 1,21-22) significa que todos se han convertido en «sabios» o sabedores, que poseen la «verdad» (1 Jn 2,20-21). Por tanto, ellos no necesitan ya de maestro, puesto que lo que enseña esa unción es, sin más, la verdad (v. 27). *Esto es una confianza casi increíble en el poder del Espíritu santo.* Así como en el mismo Jesús en la cruz se advierte sólo su victoria, así en la comunidad aparece sólo la dirección del Espíritu.

Esto influye asimismo en la concepción del mundo. Sin duda que Juan sabe de una responsabilidad de la comunidad respecto al mundo, y el mundo debe llegar también al conocimiento de que, en Jesús, ha llegado el Enviado de Dios.

Así, pues, la comunidad debe anunciar a Jesús; pero eso lo hace, según Juan, no tanto saliendo de sus propios límites, sino más bien precisamente defendiéndose contra el mundo y viviendo conscientemente como comunidad, la cual, estando plenamente unida, convence a los hombres de la fuerza del Espíritu que vive en ella (17,20-23). Así, pues, se dan dos tipos de testimonios. *Cabe, como Pablo, salir de la comunidad al mundo y considerar como algo decisivo el hablar también el lenguaje de este mundo,* para que éste pueda entender lo que se le podría decir acerca de Jesucristo. Pero se puede también ir más lejos en esto de forma que la presencia silenciosa y solidaria en el mundo de cada día se convierta en el mejor servicio a la misión. *Pero se puede también, por el contrario, como hace Juan, dar preponderancia a que la comunidad viva ante el mundo lo que significa un auténtico y libre «estar-juntos» bajo la fuerza del Espíritu de Dios.* Partiendo de este punto de vista, la primera carta de Juan puede incluso formular: «No améis el mundo ni lo que hay en el mundo... Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida» (1 Jn 2,15-16).

Ciertamente que también Juan sabe que el amor es el primer mandamiento de Jesús; pero sólo habla del amor a los hermanos y no del amor a los enemigos, y tampoco lo refiere directamente a la actuación del Espíritu (Jn 15,12-17; 1 Jn 3,14-18); únicamente en 1 Jn 4,11-13, se hallan los dones del amor y del Espíritu por lo menos directamente juntos, aunque no asociados expresamente entre sí. Esto no es del todo diferente a lo que dice Pablo. También se esfuerza él en mostrar siempre que toda la vida nueva de la comunidad crece a partir del regalo de Dios. Esto lo destaca Juan con una unilateralidad más expresiva, pero también casi terrible. Pablo tiende a favorecer que tal conocimiento de Cristo debe expresarse en las diversas exteriorizaciones vitales de un hombre. Por eso puede ver el fallo en la comunidad creyente, si el que se halla fuera, el que todavía no cree, no puede encon-

trar el camino hacia Jesús. Juan, por el contrario, experimentó de tal manera como milagro el poder creer que ni siquiera se admira de que el mundo no pueda entender esto.

Él vive en una comunidad y, por su parte, configura una comunidad que se separa fuertemente del mundo, y con tanta mayor intensidad para que, viviendo unida en la caridad fraterna, intente escuchar al Espíritu de Dios, y así, luego, dé testimonio ante el mundo. Esto conduce, en cuanto podemos conocer, a una *ordenación de la comunidad* más o menos como la que vemos en los cuáqueros. No existen en ella ministerios o servicios especiales; la comunidad confía plenamente en que el Espíritu santo otorgue la palabra justa, una vez por un miembro de la comunidad otra por otro. Incluso la tercera carta de Juan parece que ataca a un hombre que ejerce algo así como el ministerio de párroco, para hablar en términos modernos. Él pretende desempeñar el papel más importante en su comunidad y cierra el acceso al púlpito al mensajero del autor de la carta que se designa a sí mismo como el «anciano», esto es, probablemente como testigo de los tiempos antiguos. Así, pues, aquí se defiende la plena libertad del Espíritu frente a una iglesia que se estructura en oficios o ministerios.

Por supuesto, se destaca con énfasis que el Espíritu no puede anunciar otra cosa que lo que habían oído «desde el principio» (1,1; 2,7.24; 3,11). Así lo afirma también el evangelio. Aunque el Espíritu guíe a la comunidad por nuevos caminos, el Espíritu siempre se refiere ahí a Jesús mismo o a su palabra. Por eso se explica en 1 Jn 4,1-6, que sólo aquel Espíritu procede de Dios y no es un espíritu de error, que asegura que Jesús «vino en la carne» y que fue un hombre real, un hombre terreno. Así, pues, no se puede olvidar que en aquel tiempo amenazaba el peligro de la disolución. En efecto, en aquella época surgió un movimiento que se hallaba interesado sobre todo en la liberación del «Espíritu», a saber, la *gnosís*. Ella concebía este espíritu como una chispa divina que vivía en cada uno de los hombres, la cual, sin embargo, por el correcto conocimiento de la divinidad del hombre, debía ser liberada de todas las ataduras corporales y materiales. Así, pues, para ella, sólo se podía tener acceso a Dios en el plano «espiritual». Por eso, para ella, el Jesús terreno y, sobre

todo, su pasión y su muerte, es decir, su «carne», eran algo escandaloso. A lo sumo Jesús desempeñaba para ella un papel como maestro de este nuevo conocimiento.

Tal movimiento, que se menciona expresamente en 1 Tim 6,20-21, lo combaten las cartas a Timoteo y a Tito. Para ellas, lo que más amenazaba era el peligro de la disolución de la comunidad. Por eso, dichas cartas destacan precisamente la realidad de los servicios ordenados en contraposición a lo que hace la primera carta de Juan. A través de una especie de ordenación, debían establecerse hombres que se esforzaran en que se transmitiera de una manera incontaminada lo que el apóstol había anunciado y predicado en otros tiempos (2 Tim 2,2). Ya según 1 Cor 14, es el Espíritu el que proporciona la ordenación en la comunidad. Para eso el don de la gracia que se otorgó a Timoteo, según 2 Tim 1,6, por la imposición de las manos del apóstol, debe revitalizarse de nuevo. Pero tampoco aquí se rebaja la libertad del Espíritu. Por la palabra del profeta, el Espíritu debe seleccionar al candidato que es destinado por la imposición de las manos para un servicio especial y que recibe así el don de la gracia (2 Tim 1,18; 4,14).

Estos son *los dos límites de la ordenación neotestamentaria de la comunidad*. Donde se considera central la plena libertad del Espíritu como en las cartas de Juan o actualmente, por ejemplo, entre los cuáqueros, ahí se determina que el mensaje debe coincidir con lo que el apóstol anunció desde el principio y hoy podríamos decir con lo que leemos en el nuevo testamento. Por el contrario, donde se destaca la necesidad de servicios ordenados, como ocurre en las cartas a Timoteo y Tito y, por ejemplo, hoy entre los católicos o también en una iglesia evangélica que destaque el oficio o ministerio, entonces se determina que no puede haber ningún servicio sin que el mismo Espíritu señale primero con toda libertad a aquél que es llamado para tal servicio.

*El Espíritu santo como el único don de Dios: Juan*

El Espíritu santo como referencia a Jesús

Ya esto demuestra que, para Juan, sólo hay propiamente un don del Espíritu, del cual se deriva todo lo demás: que un hom-

bre llegue a la fe en Jesús. Sin duda, coincide totalmente con Pablo en el hecho de admitir que el Espíritu conduce a un hombre a la fe y, con ello, pone en juego de una manera nueva y distinta todos sus talentos y los hace propiamente dones del Espíritu. Pero Pablo recuerda a la comunidad que, para cumplir la voluntad de Dios, se necesitan posibilidades y disposiciones humanas muy diversas. Por eso son tan importantes para él los diversos dones del hombre, los que afloran de una manera abierta o los que son desenterrados por el Espíritu de Dios. Juan, por el contrario, destaca que *la nueva vida sólo se da allí donde el Espíritu abre el corazón del hombre a Jesucristo*. Esto es también, según el discurso de despedida de Jesús, el único servicio decisivo del Espíritu, el Paráclito, que Jesús enviará a sus discípulos después de su resurrección. Pero sobre estas palabras debemos reflexionar una vez más aquí en este contexto.

Ya en 7,39, se decía que el Espíritu santo no vendría antes de que Jesús fuera glorificado, es decir, antes de su retorno al Padre. En la primera frase del Paráclito, éste es descrito como el «Espíritu de la verdad» (como en el *Test. de Judá* 20,5). Éste permanece entre los discípulos y estará siempre «en» ellos (14, 17). Donde actúa el Espíritu, se trata, por consiguiente, de la verdad sin más, y esta verdad no es otra cosa que Jesús, el cual había declarado poco antes: «Yo soy la verdad» (14,6). De un modo semejante, la segunda frase dice (14,26): el Espíritu «enseñará y recordará a los discípulos todo» lo que Jesús les había dicho<sup>10</sup>. Pero, en Juan, no se trata ya sin duda de las parábolas sobre el reino de Dios o de las amonestaciones del sermón de la montaña. En él se encuentran los largos discursos en los que Jesús habló de sí mismo y de su misión. Así, pues, aquí el Espíritu se entiende, con incomparable fuerza, como la actuación de Dios que nos descubre a Jesús. Cuando nosotros no nos separamos ya de Jesús, cuando él nos pone en movimiento, cuando le ama-

10. Aquí los parámetros se aproximan por ambos lados. Por una parte, en el Espíritu no sólo se da una reminiscencia y una actualización de lo pasado, sino una fuerza creadora que crea también cosas nuevas (cf. los párrafos siguientes y Sauter, 85). Por otra parte, la iglesia no es algo como «Cristo que sigue viviendo» o «la continuación de la encarnación» (Mühlen, 525,533), puesto que Jesús, en la encarnación, se ve liberado del tiempo terreno, volvió al Padre y se hace presente a través de su Espíritu en la palabra de sus testigos (*ibid.*, 533-544).

mos porque vemos que en él la vida recuperará de nuevo su sentido, ahí entonces, según Juan, se halla actuando el Espíritu, sin que él hable nunca de fenómenos extraños.

#### La conducción del Espíritu santo hacia nuevas orillas

Sin embargo, esto no significa que no ocurra nada nuevo y que todo permanezca igual que antes. La tercera frase (15,26-27) muestra que este Espíritu de verdad dará testimonio juntamente con los discípulos, es decir, que hará creíble su predicación. Ahí se piensa, lo mismo que en las palabras de Jesús de Mc 13,11, especialmente en el testimonio frente a un mundo hostil, que ataca a los discípulos y que incluso llega a condenarlos a muerte. La ayuda del Espíritu es ahí, lo mismo que en Lc 12,12, el adoctrinamiento o ilustración (14,26). La cuarta frase (16,7-11) describe la misión del Espíritu de una manera más explícita. Él elimina la autosuficiencia y la seguridad del mundo y su presunta sabiduría: no es pecado en primer lugar toda actuación posible que el mundo considera como inmoral, sino sólo el no del mundo a Jesús. Y asimismo la justicia no es lo que el mundo denomina como tal, el cual por cierto, en nombre de esa justicia, mató a Jesús en la cruz; la auténtica justificación hay que encontrarla en la actuación de Jesús, el cual ha subido a su Padre y allí se le ha hecho justicia. Y, finalmente, tampoco es el juicio el que el mundo realiza con su juicio moral. Por el contrario, consiste en que el «dueño de este mundo» (por tanto, lo que se considera como que impera sobre todo y que es absolutamente necesario) no prospera contra este hecho de Jesús. Así, pues, el mundo se halla situado en un lado falso, si sigue pensando que todas las cosas son decisivas excepto Jesús. Así se advierte que Jesús, que se sienta ante Pilato como un acusado, es propiamente el acusador y que sus discípulos, los objetos de ludibrio y sobre los que incluso recaen el menosprecio, las prohibiciones de hablar y las condenas de muerte, son de hecho, en la querrela de Dios con el mundo, los acusadores. La doctrina que otorga el Espíritu no es, por tanto, un sistema teológico, cuyas proposiciones pudieran contener la verdad. Es más bien una enseñanza que por su confrontación perpetua con todas las corrientes posibles muestra que

el camino de Jesús es la solución real de los problemas, y su persona ofrece la única verdad en medio de un mundo con valores aparentes. Y casi de un modo increíble dice en la quinta proposición (16,13) que el Espíritu «nos conducirá a toda la verdad» y, ciertamente, no enseñando una verdad *acerca de* Jesús, sino que en él se expresa la misma verdad de Jesús. Aquí hay una gran diferencia: se puede conocer toda la verdad acerca de un cuadro y saber todo lo que hay en torno a él. Pero no se posee la verdad de ese cuadro con ello; ésta llega a nosotros sólo si nos agrada y conmueve y se hace en nosotros vivo algo de lo que se trata de expresar en ese cuadro.

En este sentido, *el Espíritu llevará a su comunidad, después de la muerte de Jesús, a «toda la verdad»*. Si se entiende la verdad en este sentido, entonces no se puede decir de una vez para siempre quién es Jesús. Quién es se demuestra en primer lugar cuando él empieza a vivir y a determinarlo todo en la situación en la que vivimos. Y nadie puede decir de antemano con exactitud cómo ocurrirá esto.

### *¿Qué significa esto?*

En cierto modo, Juan desarrolló hasta el final lo que había comenzado Pablo. No se habla ya de fenómenos o apariciones extrañas del Espíritu. El único milagro o la única maravilla, la cual, por otra parte, para el mundo es totalmente extraña e incomprendible, es que el Espíritu otorga la fe en Jesús como el Hijo enviado por Dios. Así Juan sabe, lo mismo que Pablo, que el Espíritu conduce a Jesús crucificado. Sólo que la cruz no es ya signo de la impotencia, sino señal de la exaltación victoriosa junto al Padre, la cual significa la salvación, tanto para Israel como para todos los pueblos. Esto lo mostraba el primer párrafo de Juan. Y, lo mismo que Pablo, también Juan contrasta el Espíritu con la carne. Pero la carne no es ya esto o aquello, sobre lo que el hombre podía construir su vida; la carne es todo lo terreno en cuanto que no es la verdad de Dios, esto es, Jesucristo mismo y, con él, el cielo que ha comenzado. Por eso la carne tampoco es ninguna tentación para aquél que cree en Jesús. Esto se vio claro en el segundo párrafo. De la vida de la comunidad en el

Espíritu, tampoco el tercer párrafo podía decir otra cosa sino que la comunidad joánica lo espera todo del Espíritu, el cual se revela a ella y por su palabra revela siempre nuevamente a otros a Jesús. Juan sin duda no podría negar que esto, en los distintos hombres, ocurre de distintas formas. Y no habla de ello porque en todo llega a la conclusión de que el Espíritu recuerda a la comunidad a Jesús, le hace vivir de nuevo en él y así conduce a la comunidad por su camino a través de los tiempos. Esto lo afirmaba el párrafo final.

El mayor regalo del cuarto evangelista, y que fascinó a los hombres de todos los siglos, *es esta radical concentración en lo único que es necesario: el Espíritu otorga el acceso a Jesús*. Ante eso desaparecen todas las diferencias humanas. Esto conduce a un ser-unos en la comunidad, ya que todo diferenciarse del hermano es algo accesorio frente a aquello en lo que se está de acuerdo con todos los creyentes, a saber, su amor a Jesús. Por supuesto, que esto también puede conducir a malentendidos. Pablo utilizó la imagen del cuerpo, donde cada miembro tiene necesidad del otro, precisamente porque es distinto y, por tanto, posee otras funciones.

Juan utiliza la imagen de las ovejas que tienen el mismo pastor, de los sarmientos que crecen en la misma cepa, de los granos de trigo que surgen de la misma espiga. Aquí, en último término, nadie necesita de nadie, sino que todos necesitan del único que dice de sí mismo que es el buen pastor, la verdadera vid y el grano de trigo que se convierte en espiga. Por eso la comunidad se asocia de una vez para siempre a Jesús y, con ello, se aparta del mundo, aunque vive todavía en él. Se deben ver ambas cosas: la profunda visión del ser propio del Espíritu que hace presente a los hombres la realidad de Dios en Jesús, y los límites de las afirmaciones de Juan, las cuales pueden decir muy poco de la acción de este Espíritu en las esferas más prosaicas de la vida diaria. Ambas cosas se expresan también en su concepción o visión del futuro: de una manera incomparable expresa él que, con la fe en Jesús, se le ha otorgado ya al hombre todo y que el cielo ha venido a la tierra; y, sin embargo, ahí existe el peligro de que la comunidad pueda olvidar la tierra y todas las tareas que le esperan en ella. Pero de esto tenemos que hablar todavía.

4. *El Espíritu santo en la plenitud futura**El mundo nuevo*

Sobre la función del Espíritu santo en la consumación final que todavía no ha llegado se dice muy poco en el nuevo testamento. *Lo que los profetas esperaron para el final de los tiempos, según la fe de la comunidad neotestamentaria, se ha cumplido ya en Jesús.* En la comunidad, el Espíritu se ha dado ya a todos, y ha alumbrado ya también la libertad para todos. Del mismo modo todos han sido asumidos en la comunión con Dios, y Jesús vive ya, como el Resucitado, en medio de ellos y en todos los miembros de su cuerpo. Por eso *Lucas*, en el relato de pentecostés, al vaticinio del profeta Joel, añade estas palabras: «Y sucederá en los últimos días...» (Hech 2,17). Lo que sucedió allí cuando el Espíritu bajó sobre aquel grupo de discípulos, es para él una señal de que los «últimos días» se han iniciado ya. Desde entonces han pasado ya dos mil años y el mundo no parece muy cambiado. ¿Fue, por tanto, todo una pura ilusión?

Según la opinión de *Pablo*, la nueva creación comienza cuando el hombre vive «en Cristo» (2 Cor 5,17). La creación en la que un día hizo Dios que la luz brillara de las tinieblas, se repite de un modo nuevo siempre que un hombre, por el anuncio otorgado por el Espíritu santo, puede ver en el rostro de Cristo la gloria de Dios (2 Cor 4,6). *Juan* y el autor de la carta a Tito hablan de la nueva generación o del nacimiento en el bautismo, cuando un hombre, por la fuerza del Espíritu santo, puede comenzar a abrirse a Jesucristo (Jn 3,3-7; Tit 3,5). Así, pues, el nuevo mundo se da en todas partes donde los hombres aprenden a vivir efectivamente en la fe y, por tanto, también en una auténtica comunión. Por eso los dones del Espíritu son sobre todo aquellos que hacen posible la vida común: la caridad, pero también el gozo, el poder mantenerse en paz, la longanimidad que ve ecuanímente las cosas, la afabilidad, la bondad, la fe, que no cede a los demás, la mansedumbre, que no juzga, la templanza. Donde este nuevo mundo del Espíritu vive, ya no se necesita ninguna ley (Gál 5, 22-23). Por eso, también el Espíritu incorpora al cuerpo de Cristo, e incluso a ese mundo nuevo, en el que los miembros son los unos para los otros y no tratan de engrandecerse a costa de

los demás (1 Cor 12,13). Que este mundo nuevo no es sólo una afirmación pretenciosa, sino que se da efectivamente, esto evidentemente no se lo ha asegurado ninguna iglesia para sí misma. Naturalmente, la comunidad nunca puede vivir sin organización, y tampoco sin institución; pero la comunidad auténtica y viviente tampoco se puede equiparar con esa institución.

Algunas veces la comunidad está más viva en un lugar, otras veces en otro lugar. Ella necesita de la institución como de su casa protectora, pero no se deja atrapar por ella y puede también saltar alguna vez por encima de los muros de su casa. Esto se relaciona con lo que vio Pablo.

Efectivamente, Pablo no se hace ilusiones. Precisamente allí donde él habla con mayor énfasis y con mayor entusiasmo de la acción del Espíritu, que libera al hombre de toda esclavitud y le transforma en hijo de Dios, habla también de la vieja creación y, ciertamente, de sus «gemidos», de su «vanidad», de su «corrupción», a la que ella no puede renunciar. La nueva creación del hombre por el Espíritu no consiste probablemente en que pueda escabullirse al cielo de su fe y en volver las espaldas a este mundo imperfecto, en que él empiece a pensar de forma «religiosa», y no deba ya llorar o gemir con el mundo ni deba ver ya la vanidad y la corrupción. Por el contrario, *la nueva creación consiste en que él empieza a ver el mundo tal como es, a sufrir con él y a tomar en serio su sufrimiento.* Más aún, aprende precisamente a ver en sí mismo la misma imperfección y debilidad. Y aprende esto tan bien que empieza a comprender que él no puede orar, ni siquiera una vez, si no es el mismo Espíritu el que traduce sus estúpidas y falsas oraciones para hacerlas aceptables ante Dios (Rom 8,22-27). Así, pues, precisamente esto es la obra del Espíritu: que un hombre se sabe tan solidario con el mundo, que ya no puede afirmar que puede ser religioso y orar en oposición al mundo. En este contexto, aflora la acertada expresión del Espíritu como las «*primicias*» de Dios (v. 23). El israelita ofrecía a Dios los primeros frutos de sus campos en sacrificio y, con ello, expresaba que toda la cosecha pertenecía a Dios, puesto que se atribuía a su bondad (Dt 26,1-11). Así, Dios otorgó a la comunidad el Espíritu santo como una especie de «prueba de la comida», como promesa de lo que está por venir. Así, pues, precisamente el Espíritu apunta a la sobriedad. Asimismo toda la

comunidad repleta del Espíritu vive, no ya en el cielo, sino en un mundo conflictivo, que gime y muere. Pero la plenitud se dará allí donde Dios eliminará la lucha, el sufrimiento y la muerte. Esto mismo se describe en 2 Cor 1,22; 5,5; Ef 1,13-14, con la expresión de las «arras». El Espíritu es, por lo tanto, como un primer pago. Es un «Espíritu de promesa» de dones futuros todavía mayores (Ef 1,13). Así, pues, hay que valorarlo en mucho, porque hace vivir ya en este mundo algo del mundo nuevo de Dios o, como se expresa Heb 6,4-5, nos da a gustar los prodigios del siglo venidero de Dios.

Aquí el Espíritu debe convertirse en fuerza liberadora, transformadora, curativa y salvadora en el orden individual, social y político; de lo contrario, no se puede creer efectivamente en el futuro de Dios. Pero tampoco se la debe sobrevalorar, como si nosotros hubiéramos sido arrebatados ya de este mundo, de sus tentaciones y sufrimientos. La valoramos en su justa medida cuando la entendemos como la prenda de aquello que Dios ha de realizar en nosotros y en todo su mundo.

Así, pues, el nuevo testamento deduce de ello que *en Jesús* fundamentalmente ha llegado ya la plenitud de todas sus promesas, y la actuación del Espíritu nunca la asocia directamente con la constitución venidera, última y definitiva, de una nueva tierra y de un nuevo cielo. Él opera en este tiempo, en el que la comunidad vive todavía en el viejo mundo con sus necesidades y sus sufrimientos y construye, a menudo de una manera oculta y en una pobreza y debilidad exteriores, algo del mundo nuevo que vendrá. Pero precisamente así se da una referencia o indicación a que sólo el mismo Dios hará surgir aquel mundo que a lo sumo nos podemos representar en imágenes, en el cual él será un día «Dios todo en todas las cosas» (1 Cor 15,28).

### El hombre nuevo

Sólo en un pasaje se asocia el Espíritu con la consumación final. Pablo escribe en Rom 8,11: «Y si el Espíritu de aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en

vosotros (a través del Espíritu que habita en vosotros)». Así, pues, el Espíritu nos vincula y asocia con Dios, el cual, como dijo una vez Jesús, fundamentalmente, es un «Dios de vivos» y no un Dios de muertos (Mc 12,27). Con esto, se abre una vez más una cuestión muy importante.

«Espíritu» es entonces a menudo la simple *designación para la vida natural, el poder emocional e intelectual del hombre*. Naturalmente, también los escritores bíblicos hablan en el lenguaje de su tiempo. Cuando Pablo, por ejemplo, en 1 Tes 5,23 habla de «espíritu, alma y cuerpo», al decir espíritu, piensa sin duda en algo así como en la inteligencia del hombre. También la bendición que se expresa al final de una carta: «la gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté *con vuestro espíritu*» significa lo mismo que «la gracia de (nuestro) Señor Jesucristo esté *con vosotros*» (1 Cor 16,23; 1 Tes 5,28). Del mismo modo, Pablo puede hablar de que hay que ser santos «en cuerpo y espíritu» (1 Cor 7,34; cf. 2 Cor 7,1; Col 2,5), de la tranquilidad «de su espíritu» cuando encontró de nuevo a su amigo Timoteo (1 Cor 16,18), de la inquietud de «su espíritu» o —lo que quiere decir exactamente lo mismo— «de su carne» (2 Cor 2,13; 7,5) o del descanso que encontró el «espíritu» de Tito entre los corintios, cuando lo recibieron bien (7,13). Tal vez haya que entender también así Jn 11,33 y 13,21, donde se dice de Jesús que se conturbó «en el espíritu». Sin embargo, aquí no es siempre seguro si efectivamente se ha de pensar sólo en un espíritu dado al hombre por la naturaleza o hay que entenderlo de otro modo.

*¿Qué es lo que sobrevive a la muerte? El «alma» (Lucas)*

En Lc 8,55, leemos en el relato de la resurrección de la hija de Jairo «que su espíritu volvió de nuevo». Aquí nos encontramos con el espíritu, es decir, con la fuerza natural de la vida que empieza a actuar de nuevo en un cuerpo muerto. En Hech 20,10, Lucas nos refiere cómo un joven que estaba sentado en una ventana, mientras Pablo se prolongaba en una predicación —¡estuvo hasta la media noche!— se cayó, probablemente vencido por el sueño. Su «vida, o más exactamente, su alma está todavía en él». Aquí vida o alma significa casi lo mismo que espíritu. En la

resurrección del muerto de Hech 9,40, se dice simplemente que el muerto abrió de nuevo los ojos. Pero Lucas nos transmite también aquellas palabras de Jesús crucificado: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (23,46). Por tanto, el espíritu, ¿no es sino algo así como un alma inmortal, que abandona el cuerpo y que puede retornar de nuevo al mismo?

Así se pensaba entonces en casi todas partes y así probablemente pudo haber pensado Lucas. Pero se debe advertir cuán accesorio es para él el que nosotros nos representemos esto así o de alguna otra manera. *Una vez puede hablar él del «espíritu», otras de «vida» o del «alma», y otras veces no dice nada.* Pero sobre todo él refiere cómo los discípulos, en la pascua, cuando Jesús resucitado se les apareció, pensaron haber visto sólo un «espíritu». Pero Jesús les dice: «Soy yo mismo y no un 'espíritu'» (24,37-39). Un «espíritu» no es por tanto «yo mismo», sino algo así como un espectro o un fantasma. Así, pues, de hecho los discípulos no vieron a un «espíritu» que había superado la muerte y se les había aparecido, sino al Jesús resucitado. Por tanto, aun cuando hubiera algo que sobrevive a la muerte del cuerpo, esto no sería una «persona» real, y menos todavía un hombre liberado y llevado a las alturas. Sólo la revitalización o el despertar por parte de Dios hace que un hombre «resucite», es decir, que adquiera una nueva forma de vida, en la que permanece asociado con Dios totalmente y para siempre como «el mismo». Y, sin embargo, aquí nos encontramos con un primer atisbo para poder comprender qué es lo que puede significar el morir y el resucitar.

#### *Cristo y su vida en nosotros (Pablo)*

Nuevamente tenemos que volver a Pablo. Aquí el problema característico es éste: *¿Qué conexión existe entre nuestra vida terrena y aquella vida de plenitud,* cuando nosotros seremos efectivamente, después de la resurrección, nosotros mismos? Pablo contesta de dos maneras. Él puede afirmar que *propiamente sólo Cristo* puede establecer esta conexión. Así el apóstol habla encarándose con los corintios, los cuales, en sus vivencias del Espíritu, se sentían ya en el cielo. Y a ellos les debe recordar con mucha seriedad que no han resucitado todavía, sino que siguen viviendo por completo en este mundo, en un cuerpo «físico» (o «anímico»)

(1 Cor 15,44). Por supuesto que existe también un cuerpo «espiritual» o «celestial»; pero éste lo poseeremos sólo después de la resurrección. Adán se convirtió sólo «en alma viviente», cuando Dios le insufló el «alma» o el «hábito de vida» (Gén 2,7)<sup>11</sup>. Esto es lo que somos nosotros: una persona viviente, dotada de un alma. Y si se puede decir algo más de nosotros, esto sólo es posible porque Cristo llegó a ser algo más que Adán. Él se hizo «espíritu viviente» (o «espíritu que crea la vida») como dice Pablo. Así, pues, en Cristo, el Espíritu creador de Dios se hizo de tal manera viviente que nos proporciona una vida real y definitiva, y nos establece como «cuerpo espiritual», como «hombre celestial». Cómo pueda realizarse esto, tampoco Pablo se lo puede imaginar. Sólo puede decir que esto ocurrirá de un modo completamente distinto a todo lo que el hombre terreno se puede imaginar (15,35-49). Por supuesto que también en la plenitud existirá la diferencia entre Cristo mismo, el «espíritu vivificante», el Creador, y su creatura, la cual, en la resurrección, se convertirá en «cuerpo espiritual». Cristo y el hombre redimido no se confunden entre sí. Pero sin duda que toda caducidad desaparecerá para siempre y, con ella, todo lo que nos separa de Dios: la muerte, el pecado, la ley. Y entonces seremos nosotros, en el sentido más propio de la palabra, «nosotros mismos».

*Pero también Pablo sabe que este «espíritu vivificador», Cristo, ha irrumpido ya en nuestra vida terrena.* Por eso en Rom 6, 5-8, puede hablar de la «novedad de la vida», la cual es del todo diferente a nuestra vida terrena y nos ha de llevar a un futuro «vivir-con» Cristo. Por eso ya en «la carne mortal» se hace visible, según 2 Cor 4,11, la «vida de Jesús», la cual apunta hacia aquella vida definitiva en la que Dios «nos resucitará con Jesús» (v. 14). Por eso explicó ya en Rom 8,11 que Dios nos resucitará un día porque el Espíritu de aquél que resucitó a Jesús vive ya en nosotros. Pero aquí comienzan las dificultades. ¿Significa que el Espíritu de Dios vive ya en nosotros y simplemente sobrevivirá cuando nos alcance la muerte?

En Rom 8,16, escribe Pablo que «el mismo Espíritu», es decir, el Espíritu de Dios, en toda su perfección y pureza, atestigua

11. Sobre la confrontación con este pasaje en los padres de la iglesia y en la gnosis, cf. Hauschild, 256-272 y también más arriba en la nota 8 del cap. 2.

o da testimonio «a nuestro espíritu» que somos hijos de Dios. Pero ¿qué es «nuestro espíritu»? ¿Es acaso nuestra inteligencia o nuestro pensar? Quizás, pero Pablo establece claramente en 1 Cor 14,14 una diferencia entre su «espíritu» y su «inteligencia». Cuando habla de la glosolalia, dice que, «mientras el espíritu ora, su mente queda sin fruto». Así, pues, aquí se menciona con toda claridad el espíritu otorgado por Dios, por el que él alaba a Dios. Pablo continúa diciendo que sería mejor orar con el espíritu y orar *también* con la mente, y salmodiar también con el espíritu y no sólo con la mente. Así se dice también en Rom 8,16. En el versículo anterior, escribe que, por el hecho de haber llegado a la fe en Jesucristo, hemos recibido un «espíritu de adopción», por el que clamamos «Abba, Padre». Según eso, Pablo establece una diferencia entre «el Espíritu mismo» y «su espíritu», que, en su vocación para entregarse a Jesucristo, fue introducido en su vida y en el cual él recibe precisamente la promesa consecuente de Dios y a ella corresponde. Lo que él denomina «el Espíritu mismo» es la palabra de Dios directamente dirigida a nosotros en cada momento en que el hombre la necesita. Este es un aspecto de la operatividad del Espíritu. Pero el Espíritu santo no es únicamente un acontecimiento o un hecho que dura un momento, como una ola que se rompe en seguida, como una ráfaga de viento que luego se desvanece. El Espíritu santo determina toda una vida y, en cierto sentido, se halla en todo lo que escucha y habla, en todo lo que sufre o goza. Así el Espíritu se convierte en «su espíritu». Este es otro aspecto de esta realidad. Lo mismo que el amor de un ser humano abarca toda la vida del ser querido, y se convierte en la tierra en la que puede crecer y en el aire en el que puede vivir, y, sin embargo, le impulsa a diversas manifestaciones del amor, así el «Espíritu mismo» sale al encuentro de «nuestro espíritu», es decir, al espíritu que se nos ha dado una vez por siempre con Jesús. Al fin de cuentas siempre se recibe el mismo Espíritu de Dios y no se puede recibir otro espíritu como ése (2 Cor 11,4). *Por tanto, Dios es aquél que nos llama, y al mismo tiempo el que responde en nosotros.* Cuando Dios habló a Moisés en la zarza ardiendo, Moisés se acercó a ella no como un científico, sino como uno en el que ya había empezado a arder el mismo fuego de Dios.

Partiendo de ahí es como hay que entender el difícil pasaje de 1 Cor 5,3-5. Allí se trata de un pecador público, que vivía lujuriosamente con la mujer de su padre. Pablo parece que piensa que su veredicto y el de toda la comunidad va a acarrearle la muerte.

Pero esencialmente él tiene la esperanza de que «*el espíritu del pecador se salve para siempre*». Así, pues, existe de hecho un espíritu del hombre que puede sobrevivir, aunque el hombre muera, el cual incluso se salvará para la vida eterna, si el hombre ha caído en pecado grave. Pero este espíritu no es sin duda el alma que le ha sido otorgada al hombre por la naturaleza. Ella pecó juntamente con el cuerpo y se muere juntamente con el cuerpo. El «espíritu» es evidentemente lo que Dios mismo otorgó a un hombre, cuando éste llegó a la fe: la vida que empezó cuando Jesús entró en la vida de ese hombre.

#### *Cristo en el que ha nacido de nuevo (Juan)*

Juan podía decir que ese hombre ha nacido del Espíritu. Sin utilizar esta expresión, nos habla de esto en 11,21.28. Se trata de la *historia de Lázaro*, el cual murió y fue devuelto de nuevo a la vida por Jesús. Su hermana Marta se encuentra con Jesús y le dice: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto». Ella es como el hombre típico que siempre utiliza frases con la condicional «si...». Si hubiera habido entonces alguien conmigo... Si yo hubiera acudido a la universidad... si me hubiera podido casar... Pero no carece de fe: «Pero sé que cuanto pidas a Dios, te lo otorgará», dice sin hacerse una idea clara de lo que podía ser eso. Cuando Jesús le contesta: «Tu hermano resucitará», ella entiende esa frase tal como la había escuchado en su instrucción religiosa: «Sé que resucitará en la resurrección, en el último día». Por lo que se ve, ella había tenido como maestro a un judío ortodoxo; no obstante, si hubiera tenido como profesor a un maestro de religión de tendencia saducea, se hubiera reído y hubiera manifestado: «Eso de la resurrección no existe» o, por lo menos, se hubiera callado, puesto que no se sabía nada a ciencia cierta sobre ese tema. Pero, con todo, Jesús le da una curiosa contestación: «Yo soy la resurrección y la vida». Y, en ella, se

refleja que *no tiene importancia* que hubiera asistido a clases con tal o cual maestro, o que *ése fuera creyente o incrédulo, o hubiera seguido la vía media* de los que afirmaban que el hombre no sabía nada acerca de esas cuestiones. Ahora se trata únicamente de que si ella vive junto a Jesús en ese momento o encuentra en él una vida, ésta es la vida real. Si esto ocurre, entonces se logra lo que Juan en otra ocasión denomina el «ser engendrado por el Espíritu» o también el «llegar a la fe». Y así Jesús continúa: «El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá», o también «no morirá para siempre». Así, pues, si Jesús se introduce de tal manera en la vida de un hombre que Dios se hace vivo en él, entonces ocurre, como hemos tratado de afirmar, que el Espíritu santo penetra como un extraño en su vida terrena. Entonces se le otorga algo que no poseía antes. *Entonces empieza algo que no acaba, aunque el hombre muera con su cuerpo y su alma*: lo que Dios comenzó a construir en esta vida, por pobre e insignificante que sea, o por brillante que aparezca y por mucho que impresione a todos. Este es el espíritu del que espera Pablo, en 1 Cor 5,5, que será salvo por degenerada y degradada que pueda ser su vida. Esto lo entendió Marta, pues, cuando Jesús le preguntó: «¿Crees esto?», sabe ella que no se trata de una proposición de fe o de un dogma, es decir, de una «cosa» en la que se debe creer. Por eso afirma: «Sí, Señor, yo creo que *Tú* eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Por eso ella corre en seguida a su hermana María y le anuncia no ya su nueva fe, como si ella pudiera sin más creer *lo que* otro ser humano le enseña previamente, sino que sólo le dice: «El maestro está ahí y te llama». Así sabe que ahora puede hacer una sola cosa: llamar a su hermana para que acuda a Jesús, para que a ella se le pueda otorgar aquella vida, para la cual ella luego debe encontrar sus propias palabras. Así una nueva vida prende sobre su persona anímico-corporal, puesto que es Dios mismo el que entró en ella por Jesucristo. Esta nueva vida, por quebradiza y fragmentaria que pueda ser, continuará viviendo después de la muerte del cuerpo y del alma hasta que Dios la lleve un día a su perfección.

Aquí, lo mismo que ocurre en la conversación con Nicodemo, Juan subraya que esta nueva vida está actualmente presente. Pero sabe que ella permanece «hasta la vida eterna» (6,27; 12,25), en

una plenitud futura y definitiva. Juan puede afirmar que nosotros estaremos un día donde se halla ya el Resucitado (17,24), en las «mansiones» que él nos tiene preparadas (14,2-3). En estas frases, se dan sin duda indicaciones locales, pero precisamente en Juan, que acentúa tan fuertemente que esta vida de plenitud empieza ya aquí, se ve con toda claridad el carácter figurado de las mismas. La ingenua representación de que nosotros viviremos en el cielo, no describe un lugar que pueda determinarse geográficamente, sino una nueva forma de vida, en la que la vinculación con Dios que comienza ya aquí no se verá puesta en peligro y rota, sino que será perfecta y no será objeto de ataques de nadie. Allí será el hombre efectivamente «él mismo», como Lucas dice de Jesús; el hombre espiritual, como lo formula Pablo, el recibido en el hogar por Cristo, el cual vive definitivamente allí donde vive su Señor, tal como se expresa Juan.

##### 5. *Las respuestas neotestamentarias a las preguntas sin respuesta (Resumen)*

1. Ya el hombre veterotestamentario experimentó la venida del Espíritu como algo extraño. Sin embargo, quedó sin respuesta la cuestión de *cómo hay que distinguir el soplo del Espíritu de Dios de otras vivencias*, sin reducir, por una parte, su acción únicamente al pasado de la sagrada escritura y sin, por otra parte, limitarse a los fenómenos psíquicos raros.

Jesús debió parecer un extraño a sus contemporáneos en muchas cosas, así como les ocurrió a los antiguos profetas; pero él, que nosotros sepamos, nunca habló en lenguas ni manifestó otros fenómenos extraños de un hombre movido por el Espíritu. La claridad de la expresión no fue en él algo incompatible con la vivencia del Espíritu. Su «extrañeza» consistía en que él contaba con la presencia de Dios en todo su hablar, actuar y padecer. Por eso se expresa en parábolas, porque contaba con que luego sería el mismo Dios el que hablaría en el corazón de sus oyentes y les diría lo que eso significaba para ellos. Por eso llamó a publicanos a su mesa e hizo que le siguieran pescadores, porque contaba con que Dios empezaría su labor en ellos y les mostraría qué es lo que significaba el vivir con él en lugar de prescindir

de él. Por eso fue a la cruz, porque contaba con que Dios mismo llevaría su acción a plenitud, donde ni él siquiera podía imaginarse de qué modo ocurriría esto. Él incluso contó con Dios cuando se tropezó con el mal. Ni los mismos gorriones caen a tierra sin que intervenga la voluntad del Padre; ¿cómo habría de temer el hombre el mal, aun cuando le produjera la muerte (Mt 10,28-29)? Por eso, él no especuló acerca del mal ni intentó explicarlo. «Vosotros, que sois malos...», dijo en una ocasión hablando en general (Mt 7,11). Pero lo superó, puesto que ahora ya no tiene vigencia el «ojo por ojo, diente por diente» (Ex 21,24-25). Ahora tiene vigor otra ley: «*Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos*» (Mt 5,38-45). Así murió él mismo: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Para la comunidad neotestamentaria, en Jesús fue Dios mismo el que entró en el mundo. Esto se convirtió en algo tan central que en seguida vio la nueva actuación del Espíritu, en fin de cuentas, sólo en él. Lucas incluso se esforzó por apartar de él los fenómenos extraños —que el Espíritu condujera a Jesús al desierto o que expulsara los demonios— y trata de mostrar a Jesús como el Señor que dispone del Espíritu. Jesús es también el que bautiza con el Espíritu o el que lo derrama después de su resurrección sobre los discípulos, para prepararles, para que dieran testimonio de él y para estimularlos.

*No ya su manera extraña de aparecerse, sino su testimonio es lo que diferencia al Espíritu de Dios de todos los otros: la palabra clara e inequívoca de este Jesús totalmente extraño que se opone a todos los planes y deseos humanos. En Pablo y Juan, se ve ya, a primera vista, que precisamente esta maravilla, que rebasa y supera todas las expectativas humanas, es el milagro el Espíritu: que él apunta y señala a Jesús y precisamente al Jesús crucificado.*

2. Si el antiguo testamento ensalza la obra del Espíritu en la creación, sin embargo, permanece abierta la cuestión de cómo se relaciona esta actuación con la venida especial del Espíritu, por ejemplo, a los profetas. El nuevo testamento presupone evidentemente la actuación de Dios y de su Espíritu en el conjunto de la creación, pero precisamente no habla de esa actuación porque, para él, la nueva creación se ha hecho tan importante que recubre todo lo demás. Con esto se menciona ante todo el mundo nuevo que ha llegado ya con Jesús: aquella otra manera liberadora de

vivir, en la que ha entrado el hombre y que él experimenta como nueva creación de Dios, creada por el mismo Dios, de la misma manera que en el principio de todo fueron creados el cielo y la tierra. Pero ella se continúa en la comunidad de Jesús, a la que enseña el Espíritu a compadecer con todas las criaturas, a intervenir por ella y a oponerse a todos los poderes del mal. Incluso porque la comunidad sabe que Dios completará un día o llevará a plenitud su nueva creación, se le otorga ánimo y esperanza para contribuir ya desde ahora a su construcción (Rom 8,18-23; Ap 2-3; 14,13; 19,10; 22,6-7). Cuando los miembros de las religiones denominadas «primitivas» pedían perdón primero a un árbol que iban a talar, sin duda habrían entendido mejor que la cristiandad occidental algo de esta responsabilidad respecto a la creación de Dios.

3. La cuestión de cómo se adquiere el conocimiento de Dios, siguió abierta. ¿Es la inteligencia del hombre una parte del Espíritu de Dios que sólo se ve impedido por la «carne» maligna que le rodea? O, por el contrario, ¿debe la inteligencia permanecer en absoluto silencio, si el Espíritu impenetrable de Dios le sobreviene? En este lugar hay que ver con toda claridad los nuevos conocimientos de la comunidad neotestamentaria. Sin que utilice esta palabra, Jesús habla en una parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) y de lo que le ocurre si el Espíritu santo llega a ser una realidad. Jesús nos habla ahí de su Padre del cielo. En la parábola de Jesús, parece que es un padre extremadamente anti-autoritario. Su hijo menor quiere concretamente toda la parte de su herencia y el padre se la da. Esto, en la época de Jesús, era todavía más inaudito que hoy. Ahora bien, ¿es éste un padre débil sin más? En sí se esperaría que fuera un señor omnipotente. Podría haber negado la herencia a su hijo. Podría incluso haber salido del compromiso, entregándole una fuerte suma para llevar. Pero el Padre, en la parábola de Jesús, se había decidido una vez por todas por su hijo, y sabe que lo perderá si no le deja marchar ahora a pesar de todos los peligros que el padre prevé. Así se hace impotente frente al hijo por puro amor. El hijo se separa del padre y llega a la ciudad. Nuevamente el padre podría haber ejercido todo su poder. Podría haber ido él mismo en su busca. Podría haber enviado un amigo a la ciudad y podría haber informado a la policía. Pero este padre se había decidido por el amor

y, por ello, permanece impotente. En efecto, sabe que perdería a su hijo, si lo trajera a la fuerza a casa. Finalmente, la miseria es tan grande que el hijo regresa a casa y el padre, en contra de todas las costumbres orientales, le sale al encuentro y, con ello, demuestra cómo siempre ha mirado por él y cómo le ha acompañado siempre con su corazón. No le deja que confiese su culpa, sino que no se puede contener por la alegría. Así hace que se sacrifique un ternero cebado, que traigan vino y que haya música. Y ahora el padre aparece tal como nosotros nos representamos a Dios: sentado de una manera patriarcal, distribuyendo toda clase de bienes a su hijo y a sus criados. Pero de Dios no se pueden hacer fotos instantáneas: habría que filmarlo. Porque, en efecto, la parábola de Jesús no acaba aquí. Ahora es el hijo mayor el que se encuentra fuera y no quiere entrar. ¿No había sido él siempre bueno? ¿Cómo se hace ahora con él esta faena? Y la parábola termina así con que el calavera se halla sentado dentro en el banquete, hasta cierto punto en el «cielo». Pero el padre se halla en la oscuridad expuesto a coger una pulmonía. Está donde su hijo se rebela contra él. También aquí, por supuesto, podría mostrar su omnipotencia. Podría llamar a sus criados; ellos habrían metido en dos minutos al rebelde en casa. Pero, nuevamente, sabe el padre que perdería para siempre a su hijo, si echa mano de la fuerza. Y así no tiene nada que poner en juego sino un corazón que se halla inflamado de amor y su palabra con la que sólo sabe suplicar. Pues bien, Jesús no sólo contó esta parábola, sino que la vivió. Tal vez unas semanas después, él sería colgado en la cruz, siendo omnipotente («¿o crees que no puedo rogar a mi Padre, que me enviaría luego doce legiones de ángeles?», Mt 26, 53) y, sin embargo, aparece como impotente, porque él se ha decidido de una vez para siempre ante su Padre por el amor. Y el amor es lo único que no se puede lograr por fuerza de otro, y que únicamente se puede esperar con un corazón ardiendo en amor. Por eso él queda colgado en la cruz, clavado, casi inconsciente y debajo de él se mofan diciendo: «Baja ahora de la cruz y crearemos en ti» (Mt 27,42).

Esta es una historia muy extraña que nos habla de la impotencia del Dios omnipotente. Es la impotencia del amor, que no puede impedir que sus criaturas emprendan un camino equivocado. *Por eso el mal pertenece necesariamente a la creación.* Así

como un niño que se viera obligado al amor y a la bondad, de tal manera que en ningún momento pudiera ser malo, estaría enfermo anímica o psíquicamente, así la libertad de las criaturas de Dios sería impensable sin la posibilidad del mal. El amor ardiente de Dios únicamente puede estar junto a ellas, hasta que llegue el tiempo en que pueda traspasarlas e invitarles a que regresen a casa. Y precisamente este es el hecho del Espíritu santo. Y la parábola termina como la vida de Jesús: con la apremiante presencia de ese amor que sólo puede pedir y esperar a ver si el hijo se persuade por sí mismo. Termina, por tanto, con la presencia del Espíritu santo.

Esta presencia espera a todos, así como las parábolas de Jesús se dirigen a todos. Por eso, los *discípulos* entendieron siempre las palabras del Bautista acerca del juez que iba a venir refiriéndolas a Jesús, el cual habría de bautizar o todos los que venían a él con el Espíritu. *Lucas* subrayó especialmente que lo que los profetas esperaban para el final de los tiempos, se había realizado hoy: a todos los que se abren a Jesús, se les comunica el Espíritu, se les otorga la fuerza para la decisión y se les estimula para que den testimonio.

*Pablo* desarrolló esta idea hasta el final. Él puede hablar casi como Filón del misterio de Dios, que sólo se revela a los hombres espirituales y no a los hombres carnales; pero este misterio no es otra cosa que la palabra acerca del Jesús crucificado. Si uno acepta tal final en la cruz, esto al mundo le parece naturalmente como una estúpida elección o, en el mejor de los casos, como un trágico final. Pero que en esta vida y muerte de Jesús radica la más profunda sabiduría de Dios, esto sólo lo puede demostrar Dios, el cual resucita a este Jesús de la muerte y nos otorga la fe a través de su Espíritu. Pablo no entiende esto de manera que la razón, por el hecho de pertenecer a la «carne», deba ser plenamente eliminada cuando el Espíritu de Dios sobreviene de un modo inexplicable sobre el hombre. Él no olvidó nunca que toda carne es una criatura de Dios que es buena. Lo malo es únicamente el hombre que lo espera todo de la carne. Pero puede recibir el poder sobre ella. Ahora bien, donde el hombre no le otorga ese poder, no hay que despreciarla de ningún modo. Pues, aunque vivimos «en la carne», no militamos «según la carne» (2 Cor 10,3). Pero esto significa que la inteligencia, e incluso la moral

y la piedad de un hombre, ni son mejores ni peores, ni más útiles ni más peligrosas que sus emociones físicas más fuertes, su hambre o su sed o su sexualidad. El milagro del Espíritu santo consiste en que Jesús, precisamente como el crucificado en la debilidad, libera al hombre. Y si él no debe vivir ya de su dinero, de su poder, de sus apetencias sexuales, tampoco debe vivir de su erudición, del arte o de la poesía o de su superioridad moral o de su piedad especial, porque tendrá que vivir siempre «en la carne» y no «según la carne», sino «según el Espíritu» o «por el Espíritu». Entonces, se capacitará para vivir una comunión genuina y así se podrá construir la comunidad. Y no se sentirá forzado a desempeñar un papel especial, a llegar a ser un destacado predicador, un hombre de profunda piedad o un organizador de éxito. Podrá quedarse ahora alegremente al margen y ser una «oreja» insignificante en el cuerpo de Cristo. El Espíritu puede venir de múltiples maneras: lo decisivo es que Jesús pueda llegar a ser el Señor y esto significa inmediatamente que el amor se convierte en algo más fuerte que todo interés por la propia perfección o imperfección.

Juan expresó esto de un modo muchísimo más radical. Todavía con más fuerza que Pablo habla él, como Filón, de que el espíritu y la carne no tienen nada que ver entre sí, de que la vida se vive bien desde arriba o desde abajo, bien con la ayuda de Dios o del diablo. Pero, nuevamente, hay que recordar que la carne no es en sí algo malo, puesto que también la palabra de Dios se hizo carne en Jesús (1,14). Sólo es mala la vida que se fundamenta en la carne. Y asimismo hay que recordar que el Espíritu no es otra cosa que Dios, el cual nos abre el corazón a Jesús y a su manera de vivir y de morir. Esto llegó a ser para Juan algo tan importante que, según él, la única misión del Paráclito, del Espíritu de la verdad consiste en provocar el recuerdo de Jesús en los discípulos; y esto, por supuesto, de tal manera que él los llevará a la verdad plena, es decir, les mostrará lo que significa Jesús en su nueva y especial situación. Ante esto se desvanecen todos los dones humanos, tanto los ordinarios como los extraordinarios. Juan no habla ni de la glosolalia ni de las curaciones llevadas a cabo por la comunidad, ni del servicio diaconal, ni del talento organizativo. Tales dones, denominados naturales o espirituales, carecen totalmente de importancia frente a un único

don, a saber, la «unción» del Espíritu. En el Espíritu habla el Cristo exaltado de una manera directa a los hombres, de forma que la comunidad, en el servicio religioso, lo único que puede hacer es esperar su palabra e incluso debe preguntarse si los miembros de la comunidad tienen alguna otra necesidad entre ellos.

Así el nuevo testamento pretende señalar con toda clase de acentos que, en la venida del Espíritu santo, Dios mismo irrumpe en el mundo de los hombres. Pero *abí no prescinde Dios del hombre*. No pasa por encima de él, sino que se introduce en él, en su peculiaridad, en su «carne». En esto coinciden todos, a saber, en que con Jesús se inició un nuevo mundo y en que el Espíritu, como su fuerza creadora, construye el nuevo mundo en medio de las cosas terrenas. *Esto sucede en todas partes donde se abren los corazones de los hombres y pueden vivir algo de la nueva creación de Dios que se hizo viviente en Jesús*. Según eso, todos los dones que pertenecen al lado carnal del hombre se ponen al servicio. Se puede destacar con mayor fuerza, como hace Pablo, que ellos precisamente se hacen importantes en su peculiaridad, evidentemente sólo cuando el hombre los pone al servicio de Dios, sin fijarse en el éxito sea religioso o mundano. Se puede, a su vez, destacar, como hace Juan, que ellos son accesorios frente a este único conocimiento: que en Jesús nos vino Dios. Pero nosotros podemos hacer esto sólo si no impedimos al Espíritu dar testimonio de Jesús como el que ha venido en la carne.

4. En la función del Espíritu al final de los tiempos, ha quedado como cuestión abierta *si hay una parte del hombre, su alma o su espíritu, que sobrevive a la muerte corporal*. En el nuevo testamento, no se habla en ninguna parte de una actuación del Espíritu en la nueva creación del cielo y de la tierra. El nuevo mundo está ya creado: es introducido con Jesús en este mundo y es construido por el Espíritu en todas partes donde los hombres empiezan a vivir con Jesús. Sin duda que se habla del Espíritu en conexión con el misterio de la vida después de la muerte corporal. Si nos preguntamos si el nuevo testamento cree en la inmortalidad del alma o en la resurrección de los que han muerto en el cuerpo y en el alma, la respuesta es claramente la segunda. Y, sin embargo, existe el «espíritu» de un hombre que «es salvado» cuando muere el cuerpo (1 Cor 5,5); Jesús es ya «la re-

surrección y la vida» (Jn 11,25), siempre que se introduce en la vida del hombre y la sella. De ese modo comienza una vida que no acaba, que será realidad cuando el hombre muera con *el* cuerpo y el alma. Pero no hay parte del hombre que sobreviva a la muerte, su alma, su facultad de pensar, su conciencia o su subconsciencia en oposición a la carne y los huesos. Lo que sobrevive es lo que el Espíritu santo comenzó a edificar en el hombre. Lo que en la vida terrena empezó a desarrollarse de una manera fragmentaria y siempre combatida, esto Dios lo llevará a plenitud en la resurrección.

Por eso se puede hablar también de resurrección y de transformación del «cuerpo», ya que Dios reclama al hombre en su vida corporal y así le hace convertirse en persona. Evidentemente, aunque el hombre en su vida terrena puede convertirse de hombre en no-persona, en la vida eterna sólo Dios decidirá quién es él en verdad, a saber, el nuevo «cuerpo espiritual» (1 Cor 15,44), la persona tal como la vio siempre Dios y para la cual él transforma definitivamente al hombre. *La continuidad entre la vida terrena y la vida definitiva de la resurrección es, por tanto, en último término Dios mismo, el cual lleva a la plenitud y mantiene en la vida lo que él ha hecho de nosotros.*

V

¿Qué es, por tanto,  
el Espíritu santo?

## ¿QUE ES, POR TANTO, EL ESPIRITU SANTO?

### 1. *Los diversos acentos en el nuevo testamento*

*Juan* tal vez fue el que con mayor profundidad reflexionó acerca de lo que es el Espíritu santo. Por eso insiste continuamente en lo mismo con una monotonía tremenda: el Espíritu nos otorga, en las palabras de predicación de los discípulos, la visión de Jesús. Lo que los profetas veterotestamentarios vivieron en circunstancias excepcionales de la irrupción del Espíritu de Dios, se ve completado y superado por el único hecho que contradice a toda comprensión humana: que el Espíritu nos lleva a contemplar a Jesús con nuevos ojos y a descubrir que Dios trata de venir a nosotros precisamente de esa manera.

También para *Pablo*, Jesús es ante todo el Crucificado y el Resucitado. Que es el Crucificado, quiere decir que la fuerza de Dios se revela en la debilidad. Por eso Pablo pone de relieve de una manera tan intensa que el Espíritu incorpora a los hombres al cuerpo de Cristo y que él comunica sus dones de tal manera que cada uno necesita de los demás y que nadie puede pensar que lo posee todo e incluso que él, con su don, se halla por encima de los otros. Así, pues, el Espíritu edifica la comunidad, funda la comunión, porque libera a los hombres de considerarse a sí mismos como el centro y la norma. Que Jesús es el resucitado significa que el hombre piadoso no vive todavía donde vive Cristo y que, por tanto, todavía no está en el cielo. Precisamente a la comunidad se le otorga en alta medida la sobriedad que ve al mundo realísticamente con sus necesidades y miserias y así puede padecer con él. Pero como Dios no deja que su creación fracase y quiere completar alguna vez lo que nosotros sólo

podemos realizar de un modo fragmentario, en humanidad, justicia y atenciones mutuas, por eso todo lo fragmentario adquiere su sentido. Así el Espíritu, según Pablo, otorga la comunión, la libertad y la esperanza.

Lucas no reflexionó de una manera tan intensamente teológica como lo hicieron Juan o Pablo. Él entiende el Espíritu todavía como en el antiguo testamento, como un don que todavía no otorga la fe, sino que proporciona a los ya creyentes la fuerza para una actuación particular, sobre todo, para el anuncio profético de la palabra de Dios. Así él expone, con mayor fuerza que los otros, que una comunidad que no actúa en forma misionera, no es una comunidad dirigida por el Espíritu, que ella por tanto debe aspirar a ese don y pedirlo. Precisamente en él el Espíritu recae sobre aquellos de los que no se podía pensar tal cosa, sobre los paganos, que no sabían todavía nada de lo que sabían los piadosos, y Pedro transmite el Espíritu precisamente a aquellos gentiles a los que ciertamente no había pensado dirigirse. Tampoco olvidó Lucas que la misión frecuentemente tiene éxito en una vida comunitaria totalmente discreta, entre personas que no son apóstoles de las gentes, que simplemente mantienen su fe a pesar de todas las seducciones de los falsos jefes y de todos los ataques.

Así, pues, en el nuevo testamento se carga el acento de distintas maneras. Y de la misma forma, hoy cabe destacar esto o aquello según la situación.

## 2. Las notas distintivas del Espíritu santo

### *Fidelidad a Jesús*

¿Qué es lo que significa el Espíritu santo hoy? Ante todo se puede afirmar simplemente: *el Espíritu santo nos hace estar abiertos a Jesús*. La comunidad percibió esto de tal manera que ella al principio sólo veía al Espíritu santo en Jesús, y luego puso de relieve que fue Jesús el que, como Resucitado, le proporcionaba el Espíritu y finalmente en Pablo y, con mayor intensidad todavía en Juan, vio como una acción decisiva del Espíritu el hecho de que él había hecho viviente a Jesús para ella. Si un hombre em-

pieza a comprender que el modo como vivió y murió Jesús, que al principio le parecía tan sin sentido, es aquel que le podía poner nuevamente en orden con Dios, entonces opera allí el Espíritu santo. «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre... lo que Dios nos ha revelado por su Espíritu... a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero para los llamados... poder y sabiduría de Dios» (1 Cor 2,9-10; 1,23-24). ¿Pero qué es lo que esto significa?

### *Dios, aquel del que no se puede disponer*

Pero volvamos de nuevo al mismo Jesús. Él probablemente no habló *sobre* el Espíritu. Pero él nos refiere parábolas, por ejemplo, aquella en la que habla del padre omnipotente que se hace impotente por amor. Él llamó a algunos hombres a su mesa o a que le siguieran porque él, con toda la tensión de su vida y de su muerte, esperaba únicamente esto: que por su predicación, su vida y su muerte ocurriera el milagro del Espíritu santo y Dios se hiciera familiar de nuevo entre los hombres. Así la primera lección que aprendemos de Jesús es acerca de la presencia de Dios en el mundo, y esa presencia es el Espíritu santo, y a introducir a Dios sin esfuerzo en este mundo. Podemos también decir esto: *aprendemos a vivir de la donación, del regalo*. Tal vez podemos practicar esto de un modo totalmente mundano. Puede, por ejemplo, en la cumbre de una montaña, impresionarnos de tal manera toda la grandeza y la hermosura de la naturaleza, que veamos o percibamos algo del conjunto del mundo con sus secretos. Puede asimismo ocurrir que, al escuchar una música, podamos llegar a vislumbrar algo que rebasa todo lo que podemos comprender. Puede asimismo en una poesía aflorar de tal manera el misterio del hombre, que es capaz de hacer versificar o pintar o componer de tal manera que por ello nos transformemos por completo, haciéndonos más silenciosos, más reflexivos o viéndonos liberados y consolados. Algo semejante ocurre cuando nosotros aprendemos a ver a Jesús con los ojos de Dios. Ahora vemos en él el rostro de Dios, no sólo —en el mejor de los casos— algo de la obra de sus manos. Entonces dejamos de sopesar las cosas de un modo racional y de hablar de un fracaso, por el hecho,

por ejemplo, de que una vida, después de un breve tiempo de actuación, acabe prematuramente y de un modo cruel, sin haber conseguido ningún tipo de éxito palpable o visible, por ejemplo, en una multitud de hijos adultos, en una vivienda, en una obra de arte o incluso en una nueva dogmática. Y aprendemos en Jesús a vivir de un modo más abierto. De manera que advertimos dónde nos quiere Dios otorgar algo por medio de su Espíritu, y no nos limitamos a resignarnos a seguir viviendo porque las cosas no corresponden a lo que nosotros esperábamos. El Espíritu sopla donde quiere y nadie sabe de antemano de dónde viene y adónde va (Jn 3,8).

### Libertad

Por eso Dios regala una inaudita libertad. Él *puede venir espectacularmente* como en los antiguos profetas o en los que hablaban lenguas de las primeras comunidades o en el carcelero de Filipos, el cual, después de un terremoto, cae temblando de rodillas y se convierte (Hech 16,25-30). *Pero puede sobrevenir también de una manera callada y sin que se note de fuera y penetrar así en la vida de un hombre*, como ocurre en muchos de cuya conversión no se puede contar únicamente que por ella se sintieron más alegres y consolados, o como ocurrió en toda la familia y la servidumbre de aquel carcelero que simplemente fueron bautizados y salvados (v. 31 y 33). Pero mucho más importante es lo que Pablo y Juan denominan el verse liberados de la «carne». Nosotros debemos, allí donde el Espíritu empieza a vivir, no ser ya los fuertes, según las medidas que la gente atribuye a los hombres, ni según aquellas otras que se imaginan los piadosos. Todo esto es «carne» y, cuando ella sabe cuán rica en espíritu y espiritualizada avanza, la «carne» no tiene por qué ser mala. El gran empeño de Pablo de obedecer totalmente a Dios y de comportarse en el plano moral por encima de sus contemporáneos (Gál 1,14) no era sin duda una cosa mala. Y, sin embargo, él pertenecía a la carne, confiaba en ella y construía sobre ella su vida, hasta que el Espíritu de Dios le liberó de su rectitud moral para inducirlo a llevar una vida que Dios le regaló (Flp 3,3-7). Precisamente ésta es la libertad otorgada por el Es-

píritu, y esta libertad es tan increíble que Dios no ama menos a aquél que viene con las manos sucias o vacías y tiene unos antecedentes nada heroicos, que a aquél que puede presentar un pasado de mucha abnegación propia y de autocontrol. El moralista puede estar más alejado de Dios que la prostituta o el asesino. Esto es algo increíble, pero es así como el Espíritu tiene algo que decir y no la letra de la ley. Por eso *el Espíritu es el enemigo de toda legalidad*. Un misionero nos cuenta de una conversación que tuvo en cierta ocasión con un africano al cual él había propuesto unas reglas de conducta muy racionales. Y entonces éste dijo que sería mucho más correcto que no fuera el misionero sino el Espíritu santo el que propusiera esas normas a la comunidad. Vamos aprendiendo poco a poco cuán perjudicial es que el europeo ponga a una comunidad africana una ley en sí correcta, antes de que esa comunidad haya ofrecido sus buenas o malas experiencias y haya sido orientada por el Espíritu hasta aquel punto en el que ella conozca lo que es justo en ese caso<sup>1</sup>. «Donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor 3,17).

### Comunidad o comunión

Pero *la libertad tiene sus límites, pero no unos límites establecidos por la letra, sino por los hombres vivientes*. El Espíritu santo está constantemente añadiendo nuevos miembros al cuerpo de Cristo que entran en relación con los otros miembros de este cuerpo. Esto vale también para el que está llamado a vivir en la soledad de una celda monástica o en una cárcel. También allí vive con el conjunto de los otros y para todos los otros, aun cuando sólo Dios conozca los lazos secretos de esa vinculación. Es precisamente la libertad del Espíritu la que establece estos límites. Es decir, si un hombre no debe ser siempre fuerte, no necesita elevarse sobre los otros ni infravalorarse. Entonces puede comprender que los dones extraordinarios, como la glosolalia o el don de curación, no son mayores que la ayuda a los demás o la organización. Si el que habla lenguas o el que cura proporcionan

1. Taylor, 176.

una nueva vida a la comunidad, esto, sin embargo, es bueno en tanto en cuanto que ellos saben (no sólo intelectualmente, sino también vitalmente) que otros dones de Dios no son en modo alguno inferiores o menos espirituales: por ejemplo, el don de una madre que, sin que nadie se preocupe de ella, soporta fielmente a un marido alcohólico o a una multitud de niños capaces de destrozar los nervios de cualquiera o el de un hombre que, sin mostrar su fe hacia fuera, desempeña un servicio difícil en un cargo «civil o mundano» de gran responsabilidad. Así el *Espíritu es el enemigo de todo conformismo*, ya se camufle de una manera mundana o espiritual, pero también *el enemigo de una interpretación del Espíritu puramente dinámica*, en la que el hombre de Espíritu se considera a sí mismo tan importante que se hagan imposibles la ordenación y la institución<sup>2</sup>. Una comunidad que no diera lugar a las manifestaciones extrañas del Espíritu, como por ejemplo las que se manifiestan en la glosolalia o en la curación por la oración, ciertamente no estaría guiada por el Espíritu santo. Pero una piadosa élite, que declarara explícitamente o pensara en secreto que uno que tuviera precisamente esos dones no pertenecería ciertamente a la comunidad, tampoco estaría guiada por ese mismo Espíritu. Así el Espíritu tiende como un puente entre los abismos que se dan entre nosotros.

Y esto no sólo vale en el interior de la comunidad. Los dones del Espíritu, que afloran en la comunidad y que sirven a cada miembro, emergen, en Rom 12,14-15, indudablemente *como dones que superan los límites entre la comunidad y el mundo*. No se puede olvidar que el Espíritu recayó al principio sobre paganos y que lanzó a piadosos israelitas contra su voluntad al «mundo» (Hech 10,19-20,44). La «casa espiritual», el sacerdocio común de todos los creyentes consta, según 1 Pe 2,5.9; 2,11-3,6, esencialmente de esclavos y mujeres, que sin decir una palabra ayudan con toda su vida a sus amos no cristianos o a sus maridos.

Pablo entiende incluso, en una ocasión, que la comunidad de Jesús debía estar sensibilizada con toda la creación y con todo el sufrimiento que hay en ella (Rom 8,18-23). El Apocalipsis ve al Espíritu santo en acción contra todos los poderes del maligno.

Así, pues, el Espíritu crea siempre y de una manera necesaria «la comunicación del Espíritu» (2 Cor 13,13) en medio de la comunidad y más allá de sus límites con los no cristianos e incluso, finalmente, con toda la creación de Dios. Esto debe repercutir incluso en las decisiones económicas, técnicas, sociales y políticas. Sin tales experiencias concretas, tampoco podríamos nosotros creer efectivamente en la actuación futura y definitiva de Dios.

### La dirección

Pero nosotros debemos estar atentos a *no permanecer indiferentes al Espíritu de Dios*. Juan el Bautista esperaba al Juez que había de venir a Israel con fuego y Espíritu (o con torbellino), en cuya raíz ya está puesta el hacha (Mt 3,10-12). Cuando los discípulos de Jesús relacionaron esto con el Espíritu santo que les había de otorgar Jesús, entendían que era Jesús el que deseaba venir y juzgarlos, con una inversión de todos los valores. De repente, las posesiones o riquezas mayores o menores, para las cuales se había trabajado durante décadas, o la absoluta rectitud por la que uno se había esforzado bajo una severa ley moral, no valían para nada ni importaban nada. Pero era importante el vagabundear con uno que pronto acabaría en la cruz y, junto a él, tener los corazones abiertos para los mendigos, ciegos o las prostitutas conocidas en toda la ciudad. Juan describe así la misión del Espíritu: él hará sentar la cabeza al mundo y le mostrará de una manera totalmente nueva cuál es el pecado auténtico, cuál el derecho real y cuál es juicio efectivo (Jn 16,8-11). Pero no es tan sencillo que el Espíritu haya de ser sólo el juez del mundo de forma que ese juicio se viva, a lo sumo una sola vez, en la conversión. Así como Pablo, según refieren los Hechos de los apóstoles, ve los pensamientos del mago pagano, así Pedro penetra las intenciones de los dos miembros de la comunidad que pretendían vanagloriarse de su piedad ante Dios y ante la comunidad (Hech 13,8s; 5,1s). En la comunidad de los corintios, actúa el Espíritu de Dios, el cual conoce los pensamientos e incluso tal vez la muerte corporal de un pecador (1 Cor 5,1s). También las cartas que se hallan al principio del Apocalipsis son el juicio del Espíritu sobre las siete iglesias, cuya alabanza o admonición se

2. Sauter, 70-84; asimismo Kasper, 37-38.

comunica. «El que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las comunidades», termina cada una de esas misivas (Ap 2,7). Donde vive el Espíritu, allí permanece un hombre flexible y abierto.

Debe estar dispuesto *a dejar que le muestren lo nuevo* (¡aun cuando proceda de la generación más joven!) *y a revisar los puntos de vista a los que más afecto se muestra* (¡incluso cuando el partido de la oposición fuera también de esta opinión!). Y así puede experimentar en todas las cuestiones prácticas una información. Es todo ojos para lo que Dios le trata de otorgar y todo oídos para lo que Dios espera de él. Él aprende a decidir y juzgar en los problemas prácticos y a encontrar decisiones concretas sin con ello abusar de los demás. También esto puede ocurrir de muy diversas maneras. Felipe sabe que él debe acudir a un determinado lugar; Pablo considera tal vez una enfermedad que le ha sobrevenido como un aviso de Dios para que modifique sus planes (Hech 8,26.29; 16,6). Según Juan 16,13, el Espíritu mostrará el futuro, de forma que los hombres escuchen con atención lo que ha de ser esencial no para hoy o para mañana, sino para pasado mañana, para los próximos períodos de la vida y para las generaciones venideras. Según 1 Tim 4,1, el Espíritu no nos permite permanecer estancados en nuestras ilusiones, sino que conoce exactamente los peligros que existen también en la piedad de una comunidad. De un modo semejante, afirma 1 Jn 4,1-6: «El Espíritu de la verdad está y estará con vosotros para siempre» (Jn 14,17).

#### *Permanecer abiertos para Dios y a su futuro*

Ya en el antiguo testamento y mucho más en el nuevo, nos vemos impulsados cada vez más hacia *la vinculación de Espíritu y palabra*. El Espíritu preserva a la palabra de convertirse en la simple repetición del pasado. Él nos hace ver las necesidades de los hombres actuales y de ahí nos impulsa a preguntarnos qué es lo que la antigua palabra trata de decirnos de nuevo hoy. Esto nos alerta para escuchar lo que, por ejemplo, descubren los análisis sociológicos y lo que proyectan los programas sociales, aun cuando ellos proceden de sectores muy distintos de los de la

iglesia. Y, al revés, la palabra salvaguarda al Espíritu para que no sea sólo una fuerza difusa e indeterminada. Ella define ciertas líneas fundamentales imprescindibles de la voluntad divina y, al mismo tiempo, nos recuerda los límites de los planes y posibilidades humanas. Así, pues, el Espíritu suministra la fuerza creativa para el futuro, que la palabra hace que se haga viva de una manera nueva e insospechada; y así también, por el contrario, la palabra proporciona al Espíritu la claridad, que nos recuerda la voluntad de Dios y nuestros límites y nos preserva de la peligrosa media-verdad de la utopía.

El Espíritu santo, en el nuevo testamento, se halla estrechamente asociado con la oración. Sin embargo, la oración no es sólo algo que se realiza acá o allá con mayor o menor alegría. No es un hablar que se puede realizar en frases que sólo conoce el iniciado (como ocurre algunas veces en las iglesias, donde se debería hablar a Dios como un niño habla a su padre pero se impide que así sea debido al lenguaje litúrgico). *Orar es una actitud de vida*, un abrirse a Dios, lo cual a menudo no hace que se tenga a disposición unas frases correctas, y sólo confía uno en que el Espíritu de Dios entienda lo que nosotros propiamente queremos. De esta actitud de vida procede aquella disposición hacia el futuro que es una cosa totalmente distinta de la resignación. Sin duda que tal vez pensamos que es tremendamente poco lo que nosotros podemos aportar efectivamente. Pero donde actúa el Espíritu, aprendemos a confiar en Dios también para el futuro y, según eso, a saber que merece la pena esforzarnos, si Dios mismo se presta a ello y trata de completar lo que nosotros sólo podemos realizar fragmentariamente. El Espíritu nos enseña a desnudarnos o despojarnos como Abrahán, para aprender *a esperar*, porque él nos apunta hacia *el futuro* en el cual alguna vez Dios resolverá todos los enigmas.

El servicio singular de la comunidad de Jesús consiste, tal vez, según eso, por una parte, en que ella recuerda el amor incesante de Dios al individuo, en especial al débil y al lisiado, y a partir de ahí, se atreve incluso a lo que humanamente es imposible; y, por otra parte, vigila al mismo tiempo de un modo crítico para que ningún programa absolutizado, conservador o progresista, se convierta en totalitario, pues destruiría al individuo, sobre todo al débil y oprimido a quienes habría que servir. Pre-

cisamente en la comunidad se da, por tanto, necesariamente la unidad en la dirección fundamental hacia la meta final y, al mismo tiempo, la pluralidad de los caminos concretos que conducen a ella. Según el nuevo testamento, no es ciertamente el Espíritu santo el que aporta esa plenitud final. Él es, por el contrario, la presencia de Dios para este tiempo limitado en la tierra. Pero sin duda él apunta (o es como las «arras») a la compleción o plenitud final.

Todo esto lo resume Pablo en Rom 8,14-28: En realidad *el* milagro del Espíritu consiste en que nosotros podemos y aprendemos a llamar a Dios «Padre», y en que, por tanto, podemos contar con aquello *que nunca tenemos a la mano*. Este es el espíritu de filiación o adopción que nos *libera* de toda esclavitud, esto es, de toda vinculación a aquello que los demás o que nosotros mismos piensan o pensamos sobre nosotros mismos y, con ello, también de toda manera de actuar *como si...*, de las costumbres y ataduras. Así, el Espíritu nos otorga aquella última *comunión*, incluso con las criaturas que gimen y sufren. Ahí aprendemos nosotros del Espíritu a orar, incluso cuando nuestras palabras no nos salen y nos faltan las frases adecuadas. Luego podemos abrirnos a Dios y a su *dirección*, puesto que sabemos que «a los que aman a Dios, todo coopera al bien». Y ahí es todo, según Pablo, una especie de *anticipo* para aquello que será un día Dios en la plenitud.

Y de esta manera volvemos a aquello que decíamos al principio acerca de Jesús. En él vive toda la historia del Israel veterotestamentario, con todas sus tentativas de entender el Espíritu de Dios. Ahora se realiza y se cumple esto. Toda la vida de Jesús y, sobre todo su muerte, no es otra cosa que un permanente contar con Dios, del cual, sin embargo, *nunca dispone* él arbitrariamente. Y esto le proporciona aquella inaudita *libertad* que hace que los publicanos y las prostitutas se hallen en su sociedad. Esto eliminó los límites que se hallaban establecidos entre él y aquellos, y estableció la *comunidad* de mesa, que, en la última cena, se hizo más evidente que en ninguna otra parte. Esto se mostró como *dirección* de Dios, que le condujo a la cruz contra todos los deseos y los planes humanos. Él no eliminó nada de la cruz sino que pudo exclamar: «¿Por qué me has abandonado?», pero también afirmó a Dios mientras oraba: «¡Dios mío, Dios

mío!». Él, en su actuación terrena, habló en muchas *parábolas* del reino de Dios que vendría, e incluso se entregó en sus manos cuando, al parecer, no quedaba ya ningún futuro para él mismo y para el movimiento que trataba de desarrollar. Así experimentó él que el *futuro* pertenece a Aquél que le resucitó de entre los muertos y, con ello, le hizo Señor de todos aquellos a los que ha de seguir llamando el Espíritu.

## INDICE GENERAL

|     |  |    |
|-----|--|----|
| I.  | ¿QUÉ ES EL ESPÍRITU SANTO? ... ..                        | 9  |
|     | 1. La situación en el mundo occidental ... ..            | 11 |
|     | 2. El Espíritu santo en el ministerio eclesial .. ..     | 12 |
|     | 3. El Espíritu santo en la sagrada Escritura ... ..      | 13 |
|     | 4. El Espíritu santo en el interior del hombre ... ..    | 15 |
|     | 5. ¿Qué significa esto? ... ..                           | 18 |
| II. | EL TESTIMONIO DEL ANTIGUO TESTAMENTO . . . . .           | 21 |
|     | 1. La singularidad del Espíritu de Dios ... ..           | 23 |
|     | La palabra de Dios ... ..                                | 23 |
|     | El poder de Dios .. ..                                   | 25 |
|     | ¿Qué significa esto? ... ..                              | 26 |
|     | 2. El Espíritu santo en la creación . . . . .            | 28 |
|     | El Espíritu santo en el viento de la tormenta . . . . .  | 28 |
|     | El Espíritu de Dios como poder creador ... ..            | 29 |
|     | El Espíritu santo como fuerza vital del hombre ... ..    | 30 |
|     | ¿Qué significa esto? ... ..                              | 31 |
|     | 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento ... .. | 33 |
|     | Espíritu y carne ... ..                                  | 33 |
|     | El don de la inteligencia .. ..                          | 34 |
|     | Espíritu y palabra . . . . .                             | 35 |
|     | Así, pues, ¿qué significa esto? ... ..                   | 37 |
|     | 4. El Espíritu santo en la plenitud futura . . . . .     | 38 |
|     | El Espíritu como creador de un mundo nuevo ... ..        | 38 |
|     | El Espíritu como creador de un hombre nuevo ... ..       | 40 |
|     | ¿Qué significa esto? ... ..                              | 41 |

|  |    |
|--|----|
| III. EL JUDAÍSMO EN LA ÉPOCA ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO                             |    |
| TESTAMENTO   | 43 |
| El influjo del pensamiento griego  | 45 |
| 1. El Espíritu santo como el extraño: el problema de la experiencia profética        | 46 |
| La Escritura   | 46 |
| La inspiración   | 48 |
| El mal   | 49 |
| Enjuiciamiento   | 51 |
| 2. El Espíritu santo en la creación: el problema de la presencia de Dios en el mundo | 52 |
| 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento: el problema del espíritu humano   | 54 |
| La interpretación de las afirmaciones bíblicas sobre el Espíritu                     | 54 |
| Espíritu y carne   | 55 |
| Enjuiciamiento   | 57 |
| 4. El Espíritu santo en la plenitud futura: el problema de la resurrección           | 59 |
| El Mesías  | 59 |
| ¿Un alma inmortal?   | 59 |
| La resurrección  | 61 |
| 5. ¿Qué significa todo esto?   | 61 |
| IV. EL ESPÍRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO   | 65 |
| 1. El Espíritu santo como el extraño   | 67 |
| Jesús  | 67 |
| Las fuentes  | 67 |
| Dios más allá de nuestro control: el Mesías  | 68 |
| Dios más allá de nuestro control: el Espíritu  | 69 |
| Las afirmaciones de la comunidad acerca de Jesús                                     | 72 |
| Jesús como el portador del Espíritu  | 72 |
| Jesús como juez y el que bautiza en el Espíritu                                      | 73 |
| El nacimiento virginal   | 74 |
| El Espíritu como fuerza de la resurrección de Jesús                                  | 76 |
| El significado de estos pasajes  | 77 |
| El Espíritu «extraño» en la vida de la comunidad                                     | 79 |
| Los tres primeros evangelios   | 79 |
| Los Hechos de los apóstoles: acciones milagrosas                                     | 80 |
| Los Hechos de los apóstoles: la glosolalia y la profecía                             | 82 |
| Los Hechos de los apóstoles: bautismo en el Espíritu                                 | 84 |
| Las cartas del nuevo testamento y Juan   | 87 |
| ¿Qué significa esto?   | 88 |

|   |     |
|---|-----|
| 2. El Espíritu de Dios en la creación y en la nueva creación      | 89  |
| Las afirmaciones sobre la creación                                | 89  |
| La nueva creación por el Espíritu: Pablo                          | 91  |
| La nueva creación a través del Espíritu: Juan                     | 93  |
| ¿Qué significa el nuevo nacimiento?                               | 94  |
| 3. El Espíritu santo como origen del conocimiento de Dios         | 96  |
| El Espíritu se otorga a todos los creyentes                       | 96  |
| El Espíritu como ayuda para la predicación: Lucas                 | 97  |
| El Espíritu santo como el revelador del Crucificado: Pablo        | 101 |
| Espíritu y carne: Pablo   | 103 |
| El Espíritu de Dios en la vida de la comunidad: Pablo             | 108 |
| La multiplicidad de los dones del Espíritu: Pablo                 | 113 |
| ¿Qué significa esto?  | 117 |
| El Espíritu santo como revelador del Crucificado: Juan            | 121 |
| Espíritu y carne: Juan  | 123 |
| El Espíritu santo en la vida de la comunidad: Juan                | 125 |
| El Espíritu santo como el único don de Dios: Juan                 | 129 |
| ¿Qué significa esto?  | 132 |
| 4. El Espíritu santo en la plenitud futura                        | 134 |
| El mundo nuevo  | 134 |
| El hombre nuevo   | 136 |
| ¿Qué es lo que sobrevive a la muerte? El «alma» (Lucas)           | 137 |
| Cristo y su vida en nosotros (Pablo)                              | 138 |
| Cristo en el que ha nacido de nuevo (Juan)                        | 141 |
| 5. Las respuestas neotestamentarias a las preguntas sin respuesta | 143 |
| V. ¿QUÉ ES, POR TANTO, EL ESPÍRITU SANTO?                         | 151 |
| 1. Los diversos acentos en el nuevo testamento                    | 153 |
| 2. Las notas distintivas del Espíritu santo                       | 154 |
| Fidelidad a Jesús   | 154 |
| Dios, aquel del que no se puede disponer                          | 155 |
| Libertad  | 156 |
| Comunidad o comunión  | 157 |
| La dirección  | 159 |
| Permanecer abiertos para Dios y su futuro                         | 160 |

La naturaleza y significado del Espíritu santo ha llegado a ser tema central en la reflexión teológica actual. Los diversos grupos carismáticos remiten al Espíritu santo. En dogmática, el tercer artículo del credo está en el centro de la discusión teológica. Ante esta realidad, ¿cómo hay que entender el testimonio bíblico?

Schweizer responde a esta pregunta haciendo un repaso exhaustivo al material bíblico. Investiga las funciones del Espíritu santo en el antiguo testamento, en la literatura intertestamentaria y en el nuevo testamento. A partir de estos textos, identifica muchos aspectos de la presencia del Espíritu santo: relación con Jesús y el Padre, libertad, comunidad, dirección y apertura a Dios y al futuro.

Schweizer relaciona la evidencia bíblica del Espíritu santo a temas de gran interés: Jesús y el Espíritu, bautismo de fuego y de agua, glosolalia, don de profecía, inmortalidad y resurrección, guía del Espíritu y «renacer». En cada caso, considera también las implicaciones teológicas para la vida de la iglesia.